



Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada
Seccion 4.ª—Historia.

TRADICIONES ESPAÑOLAS

CÓRDOBA

Y SU PROVINCIA

POR

D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7

Madrid 1883.—Tip de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

Á LA SOCIEDAD

ECONÓMICA MATRITENSE

DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

AL LECTOR

La historia de Córdoba, accidentada y dramática por excelencia, exuberante de grandes episodios y de sangrientas convulsiones desde los tiempos más remotos, no puede ménos de excitar el ánimo del que pise aquellas calles henchidas de grandes recuerdos, ó visite aquellos monumentos que revelan la pompa y el esplendor de su pasado.

Mucho se ha escrito sobre la historia de aquella ciudad, y no son pocas las páginas que se han llenado con las tradiciones ó leyendas que se derivan de aquélla, y con más ó ménos exactitud se han presentado con nuevas galas y atavíos, pero siempre con el sombrío aspecto de su dramático orígen.

Quizás no sea esta la última vez que nos ocupemos de desentrañar esta historia, verdadero arsenal de hechos y sucesos extraordinarios, para poner de relieve otros de los episodios que más han contribuido á darle el interés que despierta, y que hemos procurado conservar en las *Tradiciones* que constituyen la esencia de este libro.

Las *Tradiciones* de Córdoba están relacionadas con las de los pueblos que dependen de ella, que casi siempre sufrieron la suerte de la capital; como ella, cayeron el siglo VIII bajo la dominacion árabe, y con ella se levantaron en el XIII á la voz de San Fernando. Esto hace que sean unas mismas sus historias, unos mismos sus acontecimientos, y casi unos mismos sus personajes. Por eso se verá en estas *Tradiciones* un enlace constante entre los tiempos, los hechos, las personas y las circunstancias.

En nuestro libro titulado *Flores del Guadalquivir*, hemos comprendido otras leyen-

das escritas en verso, tomadas tambien de la misma historia, que pueden atestiguar cuanto venimos diciendo sobre este punto; además de llamar sobre ellas la atencion del lector, ya que no han podido ocupar un lugar entre las presentes por la índole especial de este trabajo.

No pretendemos una gran originalidad en el fondo de este libro, porque la historia y la tradicion siempre tienen un mismo fondo, pero la forma es enteramente nuestra, y áun algunos de los episodios ó documentos que hemos logrado extraer del polvo de los archivos, y si la especialidad de la obra lo hubiera permitido, acaso serían muchos los nuevos incidentes y noticias interesantes que diéramos á luz en este caso, que tenemos dedicado á la obra que con el título de *Celebridades europeas* estamos preparando, cuyas biografías han de ser las más completas que se han publicado.

Por lo demás, este libro no es una ver-

dadera historia, si bien resaltan en las *Tradiciones* algunos grandes hechos, de cuya autenticidad no puede dudarse, y que están reconocidos como legítimos en nuestras crónicas; hay otros que sólo han llegado á nosotros por la tradicion, ó por la credulidad de escritores modernos. En realidad, son historias envueltas en el ropaje de las exageraciones legendarias, ó más bien la verdad oculta tras el crespon de la mentira, aunque, como dice Alfredo Musset, «no hay más verdad, que el esqueleto humano.»

A. ALCALDE.

CÓRDOBA Y SU PROVINCIA

PRISION DEL GRAN CAPITAN.

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO PINTOR

D. FRANCISCO JOVER.

I.

Santaella es una villa que se destaca á unos treinta kilómetros de Córdoba, de escasa importancia hoy, pero de bastante ascendiente en el siglo XV, durante las contiendas y enemistades de D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, y de su primo D. Alonso de Aguilar, apellidado el *caballero sin miedo*.

Por temor á un golpe de mano, D. Alonso, que era dueño de ella, la tenía convertida en una plaza fuerte, y su castillo, perfectamente guarnecido, lo tenía dado al capitan en que más confiaba, mayormente cuando estaba situada cerca de Baena, donde residia su primo el conde, que le habia jurado vengarse de los insultos recibidos en otras ocasiones de D. Alonso.

No léjos Santaella de las fronteras de Granada, cuyo reino permanecia en poder de los mo-

ros, estaba tambien expuesta á una correría de éstos, á los que acaso no opondria resistencia el conde de Cabra, con tal de ver humillado á don Alonso, pues á tanto llegaba el odio entre estos dos parientes, que se trataban como los mayores enemigos.

Las murallas de Santaella, si no eran de una fortaleza extremada, estaban bien defendidas y vigiladas, y el capitan que mandaba la guarnicion, áun cuando muy jóven, era de un valor á toda prueba, y de una intrepidez asombrosa; razon por qué D. Alonso estaba descuidado y no pensaba en que nadie atentara contra la villa.

Sobre doscientos soldados habia siempre repartidos sobre los muros en constante vigilancia, y más de otros tantos guardaban el castillo, y estaban repartidos por los puntos estratégicos de la poblacion.

El capitan, sin desceñirse la espada, velaba toda la noche, y de vez en cuando se paseaba por las murallas, para convencerse de que sus gentes no estaban dormidas y vivian preparadas para cualquier evento.

Dos piezas de artillería colocadas en el castillo, eran una garantía para sus defensores, que provistos de toda clase de armas arrojadizas y materias combustibles, esperaban la ocasion de ostentar su acreditado valor y su pujanza.

II.

El castillo tenía una sala espaciosa, con una mesa en medio y varios cojines y divanes á la usanza morisca, cuyas costumbres no se habian podido desterrar.

Una lámpara de bronce, de tres mecheros, pendia de la media naranja.

Un jóven que apénas le apuntaba el bozo, se paseaba por la sala pensativo, acariciando el puño de su espada.

Abrióse una de las puertas laterales, y apareció una mujer hermosa: su tez morena, sus grandes ojos, negros, rasgados, y sus diminutos piés eran seductores.

Su vestido, de tafetan encarnado, dejaba ver sus torneadas piernas engarzadas en bellísimas ajorcas.

Cuando vió que se encontraba sola con el jóven, alzóse el cambuj, y enseñó una cara como un cielo; sus formas exuberantes de belleza, revelaban una juventud lozana. Su edad sería de diez y seis á diez y siete años.

El capitan la hizo señas de que se sentase, y ella obedeció.

—Y bien, Gonzalo, dijo ella, ¿has pensado sobre lo que hablamos anoche?

—Sí; contestó el jóven capitan.

—¿Y te resuelves á venirte á Granada?

—Yo no puedo hacer traicion, ni á mi Dios ni á mi rey.

—Entónces, ¿me estás engañando?

—No, Zoraida; yo te he dicho que te adoro, y mi corazon no se vuelve atrás, ni en el cariño ni en el combate.

—Me dijiste que te vendrias á Granada.

—Iré á conquistarla: ya ves si iré.

—Pero me juraste por tu Dios, que ese amor sería mio, y mal puede serlo si no te vienes conmigo.

—Te juré que mi amor sería tuyo, y no me arrepiento, porque yo no puedo dejar de amarte ni vivir sin tí.

—¿Y cómo va á ser eso si no te vienes?

—¿No estás tú aquí cautiva, y yo cautivo de tí? pues nada más natural que abjures tu religion, y así seremos dichosos.

—¡Insensato! ¿no sabes que soy una princesa en mi país, que tengo padres á los que adoro, que tengo una religion en la que nací, y una fortuna inmensa que heredar? ¿No sabes que todo eso lo perderia? ¿Sabes tú lo que es tener una madre y perderla? ¡Oh, mi madre, la guardadora de mi honra, el espejo de mis virtudes...!

—Todo eso lo tendrás cuando yo entre allí en son de conquista. Ni tus padres ni tus intereses sufrirán nada.

—Vente, y todo eso será tuyo: ¿ves esa luna melancólica que nos alumbra? ella tenderá su blanco velo sobre nuestro lecho de flores, será la antorcha que ilumine nuestros amores.... ¡No sabes qué hermosa es Granada!

—Si yo me fuera contigo, perderia mi honra y mi porvenir.

—Entonces, cuando me hiciste prisionera en Sierra-Yeguas, ¿por qué no me sacrificaste á tu orgullo y tu vanidad? Si tú no puedes hacerme feliz; si tu corazon es como la nieve de Sierra-Nevada, deja que vaya á buscar mi prometido, el secretario de mi rey, Almanzor Leon, cuyas bodas debian celebrarse el dia despues de la batalla, si hubiesen triunfado los mios. Sé que no olvidaré el amor que me has inspirado; que no podré ser feliz sin tí ya en la tierra, pero convertiré los brazos de mi esposo en tumba de mis amores, y si puedo, del olvido.

—Iremos juntos á Granada, pero sin mí no te vas.

—Vente conmigo y allí me haré cristiana. Mira que me mata esta lucha entre mi amor y mi madre.

—Yo no puedo entrar en Granada más que

como dueño. Házte cristiana y yo te llevaré con tu madre.

—Quieres llevarme á su tumba: cristiano, eres un traidor.

—Zoraida, soy un caballero.

—Los caballeros se ven en el campo, Gonzalo, y no entre cuatro paredes con cautivas.

—En el campo has visto lo que soy, y en el campo quiero que vuelvas á verlo.

—¿Conque no hay esperanza? Déjame salir.

—Imposible: sólo conmigo.

Zoraida quiso echar mano de un puñal que llevaba en la cintura, cuando asaltada por nueva idea, se detuvo diciendo:

—Cristiano, tú no sabes lo que es amar; no sabes lo que es la desesperacion por amor, lo que son celos; pues bien, guárdate de mi venganza... Alá te guarde.

Zoraida desapareció, y el capitan volvió á quedarse pensativo.

III.

El castillo de Baena era una fortaleza inexpugnable en el siglo XV; completamente aspillerado, estaba defendido por catorce torres de cantería, que casi se conservan hoy, á pesar del

abandono en que está y del desden con que se le mira (1).

Alrededor del castillo se retorcia una doble muralla cortada por más de cincüenta magníficas torres, quedando dentro encerrada la poblacion, á la que sólo se entraba por seis puertas de hierro colocadas dentro de otros tantos arcos de doce piés de espesor.

Era preciso, para asaltar el castillo, dominar la doble muralla y hacerse dueño de la poblacion, lo cual era ménos que imposible; así es, que el rey Muhamad II, de Granada, que llegó en 1300 á sorprender la puerta del Albaicin, no pudo pasar de las primeras casas, teniendo que retirarse desordenadamente aquel poderoso ejército.

La torre de las Arqueras, ó del Homenaje, de forma cuadrada y esquinas de sillares, es tan esbelta como hermosa; sus almenas se pierden en las nubes, y su plataforma ofrece una perspectiva encantadora.

En un precioso ajimez que tiene á la parte de Poniente, estaba asomado D. Diego Hernandez de Córdoba, conde de Cabra, contemplando sus soldados que se ejercitaban en el manejo de

(1) Hasta se ha sacado á la subasta para su venta. *Sic transit gloria mundi.*

la espada y la lanza en la plaza de Armas, cuando le avisaron que un negro á caballo acababa de llegar y le buscaba con urgencia.

Don Diego abandonó el ajimez, y fué á ver al negro, al que mandó entrar en el castillo por la puerta del Poniente.

El negro, despues de hacer unas cuantas reverencias, le entregó una carta escrita, que dijo era de su ama.

El conde leyó rápidamente aquel pliego, y un rayo de alegría se dibujó en sus ojos.

Mandó aposentar al negro, despues de hacerle varias preguntas en relacion con la carta.

—¿Qué gente hay allí? le preguntó.

—Sobre quinientos soldados.

—¿Buenos?

—Escogidos.

—¿Cuantos necesitaré para vencerlos?

—Sobre mil, si es gente de confianza.

—No necesito más: lo demás lo dice esta carta.

—¿Cuándo vamos á partir?

—Esta noche: no hay tiempo que perder, vete y descansa.

El negro desapareció, y el conde mandó llamar á su alcaide, Pedro Fernandez de la Membrilla.

IV.

Serian las nueve de la noche del dia 24 de Marzo de 1474, cuando las trompetas y añafiles de guerra despertaban al vecindario de Baena, que no sabia á qué obedecian aquellas señales. La Almedina, que era donde estaba enclavado el castillo, se hallaba toda invadida por los soldados que iban á reunirse en la plaza de Armas, que era lo que hoy se llama llano de las Monjas. Confundidos los peones y los caballeros, esperaban las órdenes del conde para formar las batallas.

A poco presentóse éste en un brioso caballo tordo, y mandó distribuir la gente en tres pelotones.

El primero, que era la vanguardia, se componia de cincuenta lanzas y doscientos hómbres de á pié, al mando de Pedro Fernandez de la Membrilla, y el hermano del conde Gonzalo de Córdoba.

En el centro iba D. Diego, llevando á su lado al alcaide del alcázar, Pedro de Torreblanca; á Juan Perez de Valenzuela, llamado el *Valiente*, y á los capitanes Diego de Clavijo, Pedro Cueto y otros. Este se componia de seiscientos peones y ciento cincuenta caballos.

El tercer peloton, ó sea la retaguardia, compuesto de doscientos peones y cincuenta caballos, iba al mando del Alguacil mayor, Diego de Pineda, del jurado Luis de Valenzuela, del capitan Luis de Manos-albas y el camarero del conde, Diego Bernal.

Luégo que estuvieron cada uno bajo sus banderas, se miraban asombrados, como los que no saben á dónde van ni qué ocurria.

La Membrilla, al romper la marcha, preguntó:

—¿A dónde vamos, conde?

—Adelante, respondió éste.

El secreto no podia ser más estrecho.

Cuando salieron de Baena, el conde se adelantó y habló en voz baja con su hermano y la Membrilla.

Entónces se vió á la vanguardia tomar hácia el lado de la campiña.

Serian las diez de la noche, y á eso de las cuatro de la mañana, aquel pequeño ejército se encontraba á las puertas de Santaella, despues de una marcha forzada, cuya poblacion cercó con el mayor sigilo.

Todos comprendieron ya el objeto de la jornada. Se trataba de una sorpresa, á lo que era muy dado el conde.

Entónces éste sacó la carta misteriosa que decia:

«Mañana, ántes de amanecer, estad sobre Santaella; penetrad por la puerta que dá frente al castillo, que ya la tengo ganada á fuerza de oro; yo os ayudaré á lo demás, que Alá vela por todos; el negro Ismael, mi criado, os guiará.—*Zoraida.*»

En efecto; el negro se puso al lado de la Membrilla y lo llevó á la puerta designada, por donde entraron sin dificultad, pero apénas se esparcieron por la poblacion, los soldados de D. Alonso, sobreponiéndose á la sorpresa, emprendieron una lucha á muerte, llevando al frente al jóven gobernador que peleaba como una fiera. Los soldados del conde peleaban lo mismo y abrian las demás puertas para inundar la villa.

V.

Tres horas duraba la lucha sin que por ninguna parte se notara ventaja, pues si bien el conde por un lado hacía prodigios de valor, éstos eran contrarestados por el jóven capitan de D. Alonso, que se encontraba en todas partes.

En medio del estruendo se veia á una hermosa mora agitando una bandera roja y alentando á los del conde desde el castillo.

Cerca de las cuatro de la tarde, y cuando llevaban medio dia de combate, una circuns-

tancia favorable al conde vino á agravar la situacion de los contrarios.

Fernandez de la Membrilla y Gonzalo de Córdoba, que peleaban contra un peloton de doscientos soldados, lograron, tras una sangrienta lucha, encerrarlos en la iglesia, á la que trataron de prender fuego, en vista de lo cual, y quizás mirando por la suerte del templo, aquel puñado de héroes se rindió.

La noticia corrió como un rayo, pero no hizo desmayar al jóven capitan, que esperaba socorro de D. Alonso, sin saber que los emisarios que habia mandado á pedirlo habian sido presos por las gentes del conde.

En esta creencia redoblaba sus esfuerzos y caian los enemigos á sus piés, como las mieses cortadas por la hoz del segador. Sus fuerzas, sin embargo, se iban agotando, y sus soldados, en menor número, cayendo bajo los golpes de los del conde. Por eso, cuando vió llegada la noche y la falta de sus mejores soldados, empezó á hacer una retirada hácia el castillo, en el que logró encerrarse con los restos de sus huestes, á pesar de las intenciones de los del conde, que trataron de cortarle.

Con la ligereza de veinte años ganó las puertas del castillo, que no permitió cerrar hasta que entró el último de sus soldados. Una vez

en la torre, renovó el combate con más encarnizamiento, arrojando piedras, maderas ardiendo y toda clase de combustibles sobre los sitiadores. Estos, parapetados en las casas, contestaban con igual vigor con sus certeras saetas y algunos arcabuces.

De esta manera les amaneció, sin que cedieran los unos ni los otros. Al jóven capitan se le veia incesantemente entre las almenas, peleando como un héroe y esperando con ánsia el socorro deseado.

Los del conde asaltaron el castillo dos ó tres veces y fueron rechazados con grandes pérdidas.

En vista de esto mandó hacer alto y recurrió á otros medios.

La lucha parecia de titanes.

VI.

Cuando el jóven capitan entró en el castillo, se encontró frente á frente con Zoraida.

—No te escaparás ahora, le dijo.

—Pero sabré morir entre estos escombros.

La mora se estremeció, y una nube de dolor cruzó por sus ojos.

—Ríndete, y así te librarás de la muerte, Gonzalo.

—Yo no sé rendirme: mi hermano me socorrerá.

—Es imposible: tus emisarios están en poder del conde, que yo los he delatado.

—¿Qué has hecho, infeliz?

—Y yo he traido al conde y le he facilitado la entrada.

—¡Ah! ¿Qué dices?

—Me he vengado.

—¿Y si yo me vengo ahora?

—Eso quiero: has matado mi alma, mata mi cuerpo.

—¡Oh, estoy desesperado! me has vendido, me has hecho traicion, me has deshonrado.

—Es verdad: pues mátame; sí, yo buscaba eso; buscaba la muerte, que es lo único que me compensa la pérdida de tu amor.

—Quítate, mujer, no me precipites.

—Mátame ó te mato yo, porque te entrego á tus enemigos.

—Ya te he dicho que soy caballero.

—Y qué, ¿los caballeros no vengan sus injurias?

—Sí las vengan; así.

Dió una voz y acudió Figueroa, alcaide del castillo, al cual le dijo:

—Llévate esta mora y entrégala al conde de Cabra, su protector.

—¡Infame! dijo ella, he de aventar tus cenizas y he de maldecir tu espíritu: te aborrezco.

—Y yo te amo, Zoraida, y te respeto.

La mora salió llorando, no sin volver la vista atrás, contemplando la noble apostura del capitan, cuya figura era interesante.

Gonzalo se sintió enternecido.

Zoraida arrojó á sus piés el turbante de oro y grana que llevaba, y le dijo al marcharse:

—Pisa esa media luna, como yo pisaré tu cadáver.

VII.

Cuando Gonzalo volvió á la torre, vió salir á Zoraida del castillo enjugándose las lágrimas, y mirando aquellas almenas que dejaba para siempre, y en las que habia perdido su felicidad, su ventura, sus ilusiones y su corazon.

El jóven la miró alejarse con dolor, y acaso sintió un remordimiento; pero interiormente se dijo:

—Yo la recibí como un ángel y como un ángel la dejo ir. Ni las nubes que empañan el sol han empañado su honra.

Cuando la vió perderse entre las gentes del conde, volvió á emprender el combate con doble actividad.

Peleaba como un desesperado, como el que busca la muerte para vengarse de sí mismo.

Los soldados del conde peleaban detrás de los parapetos.

Los gritos atronaban el aire.

De pronto sonó una trompeta de parlamento.

El combate se suspendió.

Adelantáronse el hermano del conde y la Membrilla, y rogaron al capitan que se rindiese y entregase el castillo.

Para convencerle de que el socorro que esperaba no podia llegar, llevaban delante presos á los emisarios que él habia enviado á D. Alonso de Aguilar.

Al verlos con sus ojos, dijo para sí:

—Zoraida no me engañó; la venta ha sido completa.

A pesar de eso, él no perdia la esperanza; le costaba trabajo rendirse, porque no era hombre que se doblegaba fácilmente á la adversidad, ni se convencia de que habia peligros en la vida.

—¿Qué resolveis? le preguntaron los del conde.

—Que moriré entre los escombros de este castillo, porque yo no sé rendirme, ni quiero.

—Es una temeridad, y lo conseguireis.

—Prefiero la muerte á la deshonra.

—Habeis peleado como un héroe, y nadie duda de vuestro valor.

—Deseo el combate: no veo porvenir más que en la muerte.

—¿Quereis un plazo?

El capitan se quedó pensativo; luégo dijo:

—¿Qué plazo es ese?

—Veinticuatro horas; si pasadas éstas no habeis recibido socorro, os rendireis.

—Lo acepto, pero siga el combate.

Cada cual volvióse á su puesto, y se renovó la pelea; pero los del conde, á cubierto de los tiros de su contrario, sólo esperaban pasase el tiempo.

Los del castillo redoblaron sus esfuerzos, y gastaron cuantas municiones, armas y materias inflamables tenian.

Tres horas ántes de cumplirse el plazo, ya no combatian, porque ni armas les quedaban para ello. En su odio y su desesperacion, hasta las espadas habian arrojado á sus enemigos.

El castillo parecia un cementerio.

VIII.

Pasadas las veinticuatro horas, se presentaron los del conde á reclamar la rendicion.

Gonzalo giró la vista en su alrededor, y no

vió más que muertos, heridos, estenuados y hombres desarmados.

Entónces, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

—Que venga el conde de Cabra.

A poco se presentó el conde sobre su brioso caballo tordo, que Gonzalo reconoció desde la torre.

Entónces sacó del cinto el puñal, única arma que le quedaba, y la arrojó al campo desde su altura, diciendo:

—Ya que yo siga la suerte de la guerra, no quiero deshonrarte: quédate tú en libertad.

Despues hizo girones el estandarte que flotaba sobre las almenas del castillo, y bajó lentamente su escalera.

Los soldados le siguieron mudos y cabizbajos.

El campo del conde estaba silencioso.

Pero era aquello una escena de dolor.

La puerta del castillo se abrió, y apareció Gonzalo, sereno, tranquilo, y con la dignidad retratada en el semblante.

El conde de Cabra se apeó del caballo y lo abrazó.

Al verlo bañado en sudor y en sangre, empolvado y todo desgarrado, le dijo el mariscal:

—«Primo, primo mio, así prendo yo á los

valientes, en el campo de batalla y con armas iguales; pero no en los cabildos y en los convites, desarmados» (1).

El jóven se encogió de hombros y calló.

El conde aludia al hecho que tuvo lugar cinco años ántes, cuando D. Alonso de Aguilar lo prendió á él en un convite que dió el Ayuntamiento de Córdoba.

Hecha la entrega de cuanto de valor habia en el castillo, D. Diego regresó á Baena cargado de botin y prisioneros, entre los cuales iba aquel jóven á quien llamó su primo.

Al lado del conde iba Zoraida, llorando y diciendo en su interior:

—En lugar de matarle le abraza; si yo hubiera sabido esto...

D. Alonso de Aguilar sintió en extremo la prision de su hermano Gonzalo, á quien el conde tuvo preso tres años y medio, porque conocia sus relevantes prendas, y temia volverse á ver en las batallas con él.

La Reina Católica escribió una carta al conde para que lo pusiese en libertad, el cual obedeció al momento; y aquel jóven, que pocos años ántes se habia señalado por su valor y bi-

(1) Abad de Rute, *Historia de la casa de Córdoba*; M. S.

zarría en la batalla de Sierra de Yeguas, y ahora habia peleado en Santaella con tal heroicidad, fué conocido algunos años despues en todo el mundo bajo el nombre del Gran Capitan.

IX.

Al dia siguiente de llegar á Baena, los mejores caballeros del conde con cien jinetes iban camino de Alcalá.

En medio de ellos iba una mora hermosa, que de vez en cuando se enjugaba las lágrimas.

Ni ella ni su caballo parecia que querian seguir adelante, como si una fuerza superior los quisiese volver atrás.

Así llegaron hasta las puertas de Granada, donde ellos se despidieron con el mayor dolor.

Zoraida, que habia rehusado toda clase de dádivas del conde, sólo aceptó una cruz de oro. para recuerdo de su martirio.

Al despedirse, dijo á Gonzalo el hermano del conde:

—Creo que nunca sereis feliz con vuestro primo Gonzalo, pero decidle que le perdono, y

lo juro por esta cruz que tanto venerais y beso con cariño (1).

La mora repartió sus anillos riquísimos entre los capitanes, para que los conservasen como un recuerdo suyo, y una gran cantidad de dinero entre los soldados.

Ya hemos dicho que era una princesa muy rica.

A poco de llegar á Granada, se casó con su prometido Almanzor Leon, secretario del rey, y cuentan que fueron muy felices.

Pero todos los dias besaba la cruz que le dió el conde, y una cadena con un relicario que conservaba de Gonzalo.

A pesar de esto, todos los dias subia á las torres de la Alhambra, para mirar el camino de Baena.

Al anochecer, cuando ya no le veia, suspiraba y se alejaba con el corazon comprimido. A solas corria su llanto, pero nunca turbó la paz de Almanzor, que siempre la quiso con delirio.

Si ella sufrió, como cuentan las historias, los dolores los ahogó en su corazon, y nunca supo su esposo que el llanto de su mujer corria en silencio por otro hombre, que, despues de todo,

(1) El hermano del conde murió en la derrota de Moclin, en 1485.

como dice Herrera (1) «no lo habia más perfecto en alma y en cuerpo.»

El conde de Cabra, que contaba entonces treinta y cuatro años, era un jóven apuesto y bizarro, cuyos hechos refieren las historias encomiando su valor y su bizarría, como lo prueban las muchas hazañas que llevó á cabo hasta la derrota y prision del rey Boabdil en los campos de Lucena (2).

Esto, unido al gran cariño que tenía á su primo Gonzalo de Córdoba y el temor de que don Alonso lo lanzara otra vez contra él rompiendo la armonía que ya reinaba entre ellos, hacia que lo retuviese en su poder, pero viviendo en su mismo palacio y teniendo toda la libertad que quería; en una palabra, el conde le trataba como á un hermano y no como á un prisionero.

La Reina Católica, que poco antes habia reunido los reinos de Castilla y Aragon bajo sus dominios, comprendió desde luégo lo que Gonzalo valia, y puso término á su prision y al

(1) Francisco Herrera, *Sumario de las hazañas del Gran Capitan*; M. S.

(2) Tenemos escrita la biografía de este conde, no publicada hasta hoy, para la obra titulada *Celebridades europeas.*

egoismo del conde, escribiéndole á éste la siguiente carta, además de haberle hablado de ello á D. Martin de Córdoba, hijo del conde, á quien éste mandó con una comision cerca de los reyes Católicos.

Hé aquí la carta:

«La Reina, etc. Conde pariente (1): Ví vuestra letra é oy lo que Martin vuestro hijo, de vuestra parte fabló, é en servicio de vos tengo lo que ya habeis fecho é faceis assi en el recibimiento del Mariscal por mi co regidor de Baeza como en las otras cosas de mi servicio é tal confianza he tenido é tengo yo en vos, porque siempre he conocido vuestro deseo é obras están mucho conformes para las cosas de mi servicio é ofreciendolo el caso vos sereis de ello remunerádo cerca de lo que é de la deliberacion de Gonzalo Fernandez yo fablé de él á don Martin é le mande que de mi parte os escribiese, yo de vos ruego é mando deis fé á lo que vos escribiese é en todo caso fagais esto del dicho Gonzalo Fernandez porque assi conviene é allende de esto me fareis en ello mucho é mas señalado servicio de quanto pensar podeis. De la ciudad de Sevilla á 30 de Setiembre de 1477.

(1) Los condes de Cabra descendian de los reyes de Aragon; ó más bien éstos de aquéllos.

Yo la Reina. Por mandado de la Reina, *Fernando Alvarez.*»

Cuando el conde recibió esta carta llamó á Gonzalo, se la leyó, y dándole un abrazo lo despidió verdaderamente enternecido. Gonzalo no quiso partir sin abrazar tambien á su prima, la condesa doña María de Mendoza, que sintió en extremo su partida.

Al dia siguiente iba Gonzalo de Córdoba camino de Sevilla, á dar las gracias á los reyes (1).

EPÍLOGO.

Gonzalo y el conde de Cabra, cuyo valor corria parejas en aquellos tiempos, se encontraron muchas veces peleando contra los moros bajo la misma bandera, y ambos dieron muestras de lo que valian para la guerra. Gonzalo pudo más tarde dejar un nombre imperecedero en la historia, y lo mismo el conde, á pesar de que le sorprendió la muerte en 1487, cuando sólo contaba cuarenta y nueve años.

---

(1) Esta carta inédita está tomada de la *Historia de la Casa de Córdoba*, del abate de Rute; M. S. de la *Biblioteca Nacional*.

LA TORRE DE LA MALMUERTA

Á MI QUERIDO AMIGO Y PAISANO

D. ANTONIO GONZALEZ UDELL.

I.

El país de las tradiciones es Córdoba.

Sin duda el haber tenido en ella gran preponderancia la raza árabe, y haber sido el emporio de su grandeza, ha contribuido á ello; siendo aquella raza tan propensa á consejas, cuentos y tradiciones, aquellas imaginaciones meridionales no podrian vivir sin extender de esa manera el vuelo de sus fogosas fantasías.

Por eso la historia de Córdoba es un arsenal completo de leyendas é historias maravillosas; muchas de ellas dramáticas y henchidas de un interés tan vivo como palpitante.

Salid por la puerta llamada del Osario, de dicha ciudad, y os encontrareis con una magnífica esplanada á manera de una extensa plaza

rodeada de casas y murallas y salpicada hoy de árboles frondosos; á la izquierda se encuentra el Hospicio, que ocupa el convento que fué de la Merced, edificio de sólida y bella construccion, que llena casi todo el ángulo de la izquierda: al frente de dicha puerta se levanta una antigua torre, esbelta y almenada, por entre cuyas grietas brotan plantas y arbustos, semejando algunas veces en las tardes primaverales un tiesto de albahaca. El campo de la Merced, llamado así por el convento que hemos dicho, se destaca en uno de sus costados; ofrece en la estacion de los encantos un golpe de vista delicioso, cuando sus álamos, sus acacias y sus naranjos se visten de flores y verdura, y á través de su ramaje se dibujan las sinuosidades de Sierra-Morena, salpicadas de huertas y jardines, entre los que blanquean centenares de casas de recreo que, como hermosas palomas, parece que vuelan por la espesura aspirando los aromas de sus limoneros, que embalsaman hasta los ámbitos de la ciudad.

La *Torre de la Malmuerta*, que se levanta negruzca y majestuosa al Este de dicho campo, es de figura octógona, apoyándose en un arco que corta la muralla que va á descansar en la puerta nombrada del Rincon. Hasta la altura del arco está maciza, pero luégo aparece

hueca en su interior, formando una media naranja primorosamente labrada de sillaretes, y con una puerta en uno de sus lados que dá paso á una escalera que conduce á su plataforma, desde la que se divisa un hermoso panorama á través de sus almenas.

Bajo el arco forma un recuadro, en el que aparecen las armas reales y una inscripcion casi borrada, que dice así:

«En el nombre de Dios: porque los buenos »fechos de los Reyes no se olviden, esta torre »mandó facer el muy poderoso Rey Don Enri»que, é comenzó el cimiento el Doctor Pedro »Sanchez, Corregidor de esta Cibdad, é comen»zóse á sentar en el año de Nuestro Señor Jesu »Cristo de MCCCCVI años é sendo Obispo Don »Fernando Deza, é oficiales por el Rey, Diego »Fernandez, Mariscal, Alguacil Mayor, el Doc»tor Luis Sanchez, Corregidor, é Regidores »Fernando Diaz de Cabrera, é Ruy Gutierre... »é Ruy Fernandez de Castillejo, é Alfonso... de »Albolafia, é Fernan Gomez, é acabóse en el »año de MCCCCVIII años.»

En el archivo municipal de Córdoba existe un privilegio de 1405, en que D. Enrique manda destinar á esta obra el producto de multas á los thaures y garitos.

Esta es la historia de la *Torre de la Mal-*

muerta; pero como lo extraño de su nombre ha dado que pensar al vulgo, siempre propenso á forjar novelas sobre lo que no comprende, de ahí las leyendas que corren sobre el orígen de esta torre y el misterio de su nombre.

Creen algunos, como tradicion, que si alguno pasase sobre un caballo á escape bajo el arco, y leyese la inscripcion citada, seria feliz, porque la torre se hundiria con horroroso estrépito, apareciendo entre sus ruinas un inmenso tesoro que sería entregado al que tal cosa llegase á lograr.

II.

Era una noche de Enero de 1405.

La lluvia caia á torrentes y el campo de la Merced era de vez en cuando iluminado por la siniestra luz de los relámpagos que brotaban de aquella preñada atmósfera, como si fuera una boca del infierno.

El estampido del trueno que rodaba sin cesar, apénas dejaba oir la plegaria que al son del órgano elevaban á Dios los atemorizados frailes en el convento.

Este permanecia cerrado, pero por las rendijas de las puertas de la iglesia se veia que ésta se hallaba iluminada.

El viento, ó más bien el huracan, hacía su

nar las campanas que parecian vibrar ecos lastimeros.

El campo de la Merced, ménos habitado entonces que ahora, y ménos accesible al tránsito de las gentes, aparecia en medio de aquella solitaria oscuridad con un aspecto lúgubre y aterrador.

El vendabal silbaba en las almenas de un vetusto palacio que se alzaba en el lugar que hoy ocupa la *Torre de la Malmuerta*, como si quisiese arrancarlo de sus cimientos para vengar algun ultraje, ó castigar algun crímen cometido dentro de sus muros.

Eran más de las doce de la noche, y nadie se atrevia á pasar por aquel campo, donde reinaba la oscuridad más medrosa. Ni los rondadores nocturnos, tan dados á toda clase de aventuras, se atrevian á cruzar aquel desierto, ni á arrostrar aquel peligro, sobre el que parecia se cernian la desolacion, la muerte, la soledad y el exterminio.

El huracan que azotaba el palacio, lanzó de pronto un horrible y ronco silbido: el palacio pareció estremecerse hasta en sus fundamentos, y una de sus ventanas abrióse con estridente estrépito.

Las puertas de ella crujieron, y arrancadas de sus goznes volaron en alas del aquilon.

como si éste quisiera poner de manifiesto la escena espantosa y de terror que dentro tenía lugar.

En efecto, divisóse á lo léjos un lecho, y sobre él un bulto inmóvil como si fuera una víctima de la muerte.

Cuatro hachones encendidos dejaron comprender aquel triste espectáculo por un instante, pues otra ráfaga de viento, que penetró por la ventana, apagó las luces, quedando la habitacion en las tinieblas como la boca del sepulcro.

Ni una voz, ni un grito, ni el más ligero rumor se oyó dentro del palacio, y su cóncavo salon permaneció sin luz y silencioso.

¿Qué pasaba dentro de aquel palacio encantado? ¿Qué misterio se obraba en él? Empezaremos por el comienzo de la leyenda, para llegar al fin, que es sin duda el que estamos viendo.

La tradicion es demasiado drámatica, pero el vulgo la cuenta así y es preciso atenerse á su relato, por más que hayamos adoptado una forma más en armonía con las exigencias de las modernas costumbres.

III.

Apénas desaparecieron los últimos rayos del sol, una sombra oscura se extendió sobre la vieja Córdoba, como un velo de crespon.

En la ciudad se oia el alboroto y la algazara naturales en la noche en que se celebra la Pascua de Reyes.

Miéntras el populacho se divertia entre el júbilo y el contento en los barrios de la ciudad, el palacio de la Merced permanecia mudo y silencioso.

En el salon del expresado palacio se hallaba una jóven enlutada escribiendo.

—Hace más de quince dias que Ruy Gutierrez se fué á la guerra, y no me ha escrito, á pesar del delirio que tenía por mí; se dijo la jóven enjugándose las lágrimas.

Aquella mujer, triste y abatida, era alta, esbelta, de ojos negros, grandes y rasgados; el pelo á ondas, como si estuviera hecho de sortijas.

No habia concluido de escribir la carta, cuando entró un criado y anunció:

—El señor Corregidor.

Antes que doña Luz se pusiera en pié, porque aquella jóven de singular belleza se llamaba

doña Luz de Cabrera, apareció D. Luis Sanchez, Corregidor á la sazon de Córdoba.

—¿No habeis recibido mis cartas, doña Luz? preguntó.

—Ayer recibí la última y ahora la estaba concluyendo de contestar.

—¿Y me ha dejado todo ese tiempo en el martirio?

—Serán muchos los dias que tendreis que pasar en él.

—Señora, ¿habíais de obrar con tal ingratitud.

—¿No sabeis que pertenezco á Ruy Gutierre y no puedo pertenecer á nadie?

—Es verdad: Ruy Gutierre es más jóven que yo y más afortunado, pero yo soy más poderoso que él y que toda su descendencia.

El doctor D. Luis Sanchez frisaba en los cuarenta años; su figura era varonil, su estatura mediana, su boca grande, y lo mismo sus ojos, que parecian entónces dos áscuas.

—Decidme, añadió, ¿mi corazon nada vale para vos, señora? ¿No hay en vuestra alma ni una fibra que se estremezca y vibre á la voz de mi cariño?

—Mi alma no oye más voz que la del deber.

—Pues yo no tengo deberes que cumplir: no tengo amigos ni familia; siento por vos una pa-

sion devoradora, y necesito que corresponda á ella por encima de todas las consideraciones y los deberes del mundo.

Y sus ojos brillaban como dos globos de fuego.

Doña Luz, que se habia sentado, se levantó airada y le dijo:

—Acabemos, señor Corregidor, no puedo ni escucharle.

Y volvió á sentarse con la dignidad de la mujer honrada.

—Tres cartas os he escrito, y á ninguna de ellas me habeis contestado.

—Aquí teneis la contestacion á todas; tomadla.

D. Luis la arrebató, la leyó con rapidez, y arrugándola y estrujándola convulsivamente, la arrojó al suelo diciendo:

—Guardadla.

—Ya veis que se hace tarde, y no es hora que esteis en mi casa.

—¡Me arrojais tambien de ella! ¿Y si no quisiera marcharme?

—Me iria yo y os quedaríais con mis criados.

—No, yo no quiero nada de esa suerte; si soy merecedor de su cariño, si el delirio que siento por vos y el amor que palpita en mi co-

razon hantocado su alma, espero una sola palabra de consuelo.

—¡Imposible! ¿No conoceis á Ruy Gutierre? ¿No comprendeis lo que le adoro? ¿No sabeis que la virtud de la mujer como yo es invencible?

—Yo sé vencer imposibles.

—Pero no á mujeres honradas: si conociéseis á Ruy Gutierre...

—Es muy amigo mio.

—¡Mentís! ¿Sois su amigo y le haceis traicion? ¿Le estimais para deshonrarlo? ¿Conque sois su amigo y venís á atropellar su casa y su honra?

—El amor no conoce la amistad.

—Salid, por Dios, de mi casa, que se empaña mi virtud con vuestro lenguaje.

—Sin llevar una esperanza, imposible; mi vida está pendiente de sus lábios.

—D. Luis, sed caballero al ménos.

—Doña Luz, sed al ménos compasiva.

—Salid ó doy un escándalo.

Doña Luz le volvió la espalda, circunstancia que aprovechó él para sacar un puñal que, despues de vacilar un instante, colocó rápidamente en un cajon de la mesa que habia en medio de la habitacion.

—¿Estais ahí todavía? dijo ella volviéndose, bien, yo saldré de mi casa.

—Os empeñais en matarme y en mataros.

—Me he empeñado en continuar siendo honrada y en haceros caballero.

—La última palabra.

—Mi última palabra es el desprecio.

Y doña Luz llamó á los criados, que acudieron al momento, á los cuales dijo al entrarse en su alcoba:

—Acompañad á ese caballero.

D. Luis le arrojó una mirada de ira y de fuego, murmuró una blasfemia y salió con los criados que le acompañaban.

IV.

Pasaron ocho dias despues de la anterior escena, y el palacio de la Merced se veia vigilado por alguaciles que no hacian otra cosa sino observar lo que pasaba en él.

Una noche, despues de las once, doña Luz estaba acostada, aunque sin poder dormirse con la pena de no saber de su esposo. La noche la iba pasando entre rezos y sollozos.

Los criados, á la parte de afuera de la antesala, estaban entretenidos jugando sobre un tablero á los dados.

—Muchas doblas sacas de tu bolsillo, dijo uno al otro, que por lo visto perdia.

—Me parece que tú, Fortun, tienes otro bolsillo igual que contiene igual suma.

—¿Sabes que el Corregidor estuvo franco y generoso?

—Y eso que parecia iba dado á los diablos.

—Es muy caballero y buena persona.

—Dios quiera que nos haga á menudo visitas como estas.

—Me parece que no hará muchas; iba tembloroso, y en mi concepto desesperado.

—A mí me dijo: toma..... y silencio.

—Y lo mismo á mí; pero te aseguro que en diez años no ganamos lo que hemos ganado en una noche.

—Sí; pero veo que tú te has empeñado en llevarte lo de los dos.

—El juego favorece hoy á unos y mañana á otros; es tan inconstante como las mujeres.

—Pues estoy por el Corregidor, que nos favorece á todos por igual.

—¿Si traeria miras.....?

—Cá, dijo el otro comprendiéndolo, vendria equivocado.

—No dudes que algo hubo.

—¿Por qué?

—Porque la doncella dice que la señora lloraba luego.

—Será por la ausencia de D. Gutierre. Lle-

van dos años casados y están en la luna de miel.

—Podrá ser, pero sospecho...

En aquel momento oyeron ruido de armas y espuelas por la escalera.

Los criados se levantaron corriendo para salir al encuentro.

Antes que lo verificaran se abrió la puerta de la antesala de par en par, y entró un hombre blandiendo la espada.

—¡Don Gutierre! exclamaron los criados.

—¡Silencio..... miserables!

Ni un grito, ni una voz se oyó más en la casa: decimos mal, un grito horroroso se oyó casi al mismo tiempo en el aposento de doña Luz.

Despues sucedió un silencio sepulcral. Los criados, con el cabello erizado, temblando de miedo, ni se miraban siquiera.

V.

Ruy Gutierre era un jóven como de treinta años, perteneciente á aquella nobleza antigua que no transigia ni con la sombra del deshonor. Era de alta estatura, de ojos grandes, azules, pelo que tiraba á rubio, así como la barba, tez blanca, nariz mediana, boca casi pequeña.

Era un capitan valiente, y como tal habia ido

á la guerra, llamado por Enrique III que conocia sus prendas personales, á pesar de estar perdidamente enamorado de su esposa doña Luz, que á su vez le queria con delirio.

Él era caballero, ante todo, y sabía cumplir como quien era.

Los moros de Granada habian sitiado á Baeza, y Ruy Gutierre corrió con otros caballeros de Córdoba á unirse á Pedro Manrique, frontero de aquella parte, y al mariscal Juan de Herrera. Esto era en los últimos dias de Diciembre de 1405, y Ruy Gutierre se encontraba en Baeza curándose de una leve herida que habia recibido en la batalla de Collejares, que si bien quedó indecisa, tuvo que hacer prodigios de valor para contener á los moros, envalentonados con la muerte del mariscal Juan de Herrera, y los caballeros de tanta cuenta como Alonso Dávalos, Martin Sanchez de Rojas y García Alvarez Osorio, que murieron en dicha batalla, pero vendiendo caras sus vidas.

Ruy Gutierre, que habia hecho morder la tierra á muchos moros, sacó una pequeña herida en la cabeza, que siquiera le obligó á guardar cama y sí sólo á precaverse.

Dotado de una fuerza atlética, se entretenia á la sazon en el ejercicio de las armas y en hacer prodigios sobre el caballo.

Era el 5 de Enero de 1406, cuando recibió en Baeza una carta misteriosa que; despues de abierta, se expresaba en los siguientes términos:

«Un apuesto doncel visita de noche á vuestra mujer doña Luz con beneplácito de ella; si quereis sorprenderlos, venid una noche á vuestro palacio despues de las once: en el cajon de la mesa de la sala encontrareis un puñal que él deja siempre allí escondido para cualquier evento, y los criados os enseñarán el precio de la confianza en dos bolsillos iguales repletos de oro que él les ha entregado.»

Esta carta, sin firma, ya se comprende que era hija del despecho del Corregidor, que acaso no la meditó en su ceguedad.

Creemos, sin embargo, que él se figuró que el miedo á su autoridad y el silencio que habia impuesto á los criados bastaria para no descubrirle.

El Corregidor no contaba con la fatalidad.

Entonces su autoridad era incontrastable; un Corregidor era un poder supremo; su nombre solo infundia miedo y terror. Hasta los reyes los respetaban.

Ruy Gutierre, herido en su honra, ofendido en su amor propio, burlado en sus esperanzas, aguijoneado por los celos y llevando delante el

horror de la traicion de doña Luz como un espectro provocador, como una sombra insultante, abandonó á Baeza, cruzando en quince horas, como una tempestad, las diez y seis leguas que le separaban de Córdoba.

Llegó á su palacio, airado, loco, frenético, desencajado, convulsivo, ciego, como el que sólo desea sangre para lavar su deshonra y satisfacer su apetito, su sed devoradora.

Nada detuvo sus pasos, ni la reflexion tuvo entrada en su atolondrado y delirante espíritu. Impelido por el ódio y el rencor, sediento de venganza y esterminio, subió las escaleras de su palacio y llegó hasta la alcoba de doña Luz, como acometido de un vértigo.

Antes supo hacerse de las pruebas que buscaba, como veremos.

VI.

Cuando D. Gutierre subió á la hábitacion en que estaban los criados, fueron éstos sorprendidos de tal manera, que no tuvieron tiempo de esconder los bolsillos que tenian sobre el tablero para el juego.

Don Gutierre vió todo aquello al entrar, y se convenció de la verdad de la carta.

Para cerciorarse por completo, fué rápida-

mente á la mesa, abrió el cajon y sacó de él el puñal que buscaba.

Un grito ronco y ahogado resonó en su corazon.

Era el rujido de la pantera herida.

En medio del frio que congelaba la atmósfera, se vió el sudor correr por su frente.

—¡Infame! gritó, mi afrenta lavaré con tu sangre. Y como impulsado por un diabólico instinto, se precipitó en el cuarto de doña Luz.

Un grito horrible resonó en la alcoba, que se confundió con un trueno espantoso que rodaba por los espacios.

Don Gutierre salió del cuarto con el puñal ensangrentado, presa de una convulsion nerviosa.

Una risa sardónica brotó de sus lábios, á la vez que el sudor empañaba sus ojos.

Sobre su lívida frente llevaba las señales de la muerte.

Aquella risa histérica y nerviosa parecia la risa de los réprobos.

Los criados se estremecieron de terror al verle en aquel ademan.

La segunda venganza no se hizo esperar.

Arrojó el puñal al suelo con horror y cogió á los criados como si fueran dos ovillos y los tiró por la ventana.

Ya hemos dicho que Ruy Gutierre tenía una fuerza hercúlea y un valor proverbial.

—¡Estoy vengado! exclamó, y tomó asiento en un sillon.

En aquel momento una nueva idea le atormentó: otro pensamiento cruel pasó por su mente.

—¿Quién es el autor de mi deshonra? ¿Cómo he de vivir sin hacerle el alma pedazos? ¡Es imposible! Si no lo sé, pondré en las esquinas un cartel de desafío llamándole ladron y cobarde. Yo he de acabar con los bandidos de honras. Hoy mismo lo buscaré por todas partes... ¡Ah! esos criados me darán luz; ellos lo saben todo.

Don Gutierre bajó á la llanura y los encontró cadáveres.

—¡Maldicion! gritó: entónces su desesperacion llegó al último extremo.

Volvió á subir la escalera, y en su calenturiento delirio fué á coger el puñal que ántes habia arrojado, para herirse, cuando vió un papel arrugado cerca de él. Convulso y tembloroso arrebató aquel papel que lo desdobló, y leyó con ánsia su encabezamiento, que decia:

«Sr. D. Luis Sanchez: He recibido sus tres cartas, y sólo contesto á la última para decirle que no insista más en sus pretensiones: que no espere jamás que falte á mi marido, á mi honor

ni á mi deber: que mi honra es la de Ruy Gutierre, á quien adoro, y por nada ni por nadie en el mundo le hará traicion mi cariño. Si vuelve á importunarme, tendré necesidad de avisarle de lo que pasa.

LUZ DE CABRERA.»

—¡Cielos! ¿qué he leido? Si la habré matado malamente. ¡Ella! ¡Ella! ¡Alma de mi alma! ¡Guardadora de mi honor! Has muerto cuando más mirabas por él.

Una sospecha concibió Ruy Gutierre; entonces sacó la carta de Baeza, la cotejó con la que habia dentro de la de doña Luz, á que ella contestaba, y vió, desesperado, que era la misma letra.

—¡Villano! ¡Infame! exclamó; lo he comprendido todo, aunque tarde: ha sido una venganza vil y traidora y te has vengado de su desprecio: pero yo me vengaré de tí y la vengaré á ella. Señor Corregidor de Córdoba, en el reloj de tu vida ha sonado la última hora. El infierno va ser estrecho para encerrar tus maldades. Y tú, ángel de mi vida, perdóname; yo te lo pido de rodillas, mientras á Dios tambien le ruego por mi salvacion.

Y aquel hombre cayó de rodillas mirando al cielo. El instinto religioso no se habia extin-

guido en su corazon, ni en medio de las procelosas borrascas de su vida.

De pronto volvió á cruzar la idea de la venganza por su cabeza, y se levantó como un relámpago, diciendo:

—Quiero hartarme de sangre, y la última que beberé será la de ese villano, la de ese hombre bárbaro y ruin que ha atentado contra mi honor, sembrando la desolacion en mi familia; sí, la beberé con placer, con ódio, con ánsia, con sed abrasadora. Hasta que la beba, no podré respirar.

Y arrojando una mirada satánica sobre aquel palacio, teatro de sus crímenes, salió á la calle con la rabia y la desesperacion dibujados en su semblante, con la mirada torva y blasfemando.

Mientras se alejaba del palacio, el huracan y los granizos lo azotaban y hacian volar las desvencijadas puertas de sus ventanas.

Ruy Gutierre siguió como un fantasma vengador, por medio de la oscuridad y entre los truenos y los relámpagos, y como si lo hubiera vomitado el furor de la tormenta.

Así entró por la puerta del Osario, recorrió la calle del mismo nombre y pasó por delante de la iglesia de San Miguel.

VII.

Eran las tres de la mañana cuando dos hombres, embozados para resguardarse del agua, cruzaban el histórico puente de Julio César sobre el Guadalquivir, pasando á la otra orilla á riesgo de ser arrastrados por el vendabal. Corrieron algun trecho hácia una alameda que se estendia por la mencionada orilla, donde uno de los embozados, el más bajo, se detuvo diciendo:

—Decidme lo que tengais que decir, que yo no paso de aquí.

—Voy á mataros.

—Primero necesito saber las razones.

—La primera razon, es que vengo á mataros y os mataré. La segunda razon, ésta:

Y le arrojó á la cara las cartas hechas un lio.

La espada de D. Gutierre brilló en seguida desenvainada á la luz de un relámpago que iluminó su rostro de fiera. Sus manos, crispadas, pedian una víctima.

—No me batiré si no me explicais...

—¡Villano! Y le puso la espada en el pecho, escupiéndole en el rostro.

D. Luis Sanchez tiró de la espada y se puso en guardia: aquella afrenta era imposible tole-

rarla. Un rayo de alegría irradió de los ojos de Ruy Gutierre; veia llegada su venganza.

Apénas cruzaron las espadas, el Corregidor se detuvo diciendo:

—No puedo combatir; el viento y el granizo me dan en la cara y sería buscar una muerte segura.

—Poneos en mi sitio: os darán de espaldas y á mí de cara, lo cual no importa, porque yo con los ojos cerrados buscaré vuestro corazon.

Cambiaron, en efecto, de posicion.

El combate fué breve.

Ruy Gutierre, hombre de gran agilidad y de fuerzas gigantescas, cuya estatura dominaba la del Corregidor, se quitó la primera estocada de su contrario, y á la vez le dió una con tanto acierto que le atrevesó el corazon, saliendo la punta de la espada por la espalda.

—¡Válgame Dios! murmuró escupiendo sangre D. Luis.

—El demonio te valdrá, no Dios.

—¡Ay! ¡Ay! Confesion...

—Ahí tienes esas cartas, confiésate con ellas.

—¡Perdon! murmuró con voz ahogada, y espiró.

Ruy Gutierre repasó el puente seguido de algunos alguaciles, que no se atrevieron á molestarle.

Sabian que todos juntos no valian nada para aquel hombre irresistible.

Cuando llegó á su casa mandó preparar dos caballos, y miéntras, penetró en el cuarto de doña Luz, se arrodilló delante del cadáver, lo besó en la frente y exclamó, no llorando, porque no sabía llorar, sino arrepentido:

—Perdóname, mártir de mi amor, víctima de mis celos: una infamia de un hombre depravado te ha costado la vida; pero ya te he vengado y he vengado su infamia: pídele á Dios me perdone, porque yo sé que estás en el cielo y que me perdonas.

Volvió á besar aquel rostro cárdeno y amoratado como el lirio, rezó una plegaria y salió como loco.

VIII.

Ruy Gutierre, como vasallo leal y buen caballero, se presentó al rey Enrique III.

Antes que hablase, le dijo el rey:

—«Hánme dicho, D. Gutierre, y público nos es por la voz de las gentes y el testimonio de mis justicias, que habeis dado á vuestra mujer mala y excomulgada muerte. Que os oiga, habeisme pedido; hablad, pues, y que Dios ponga la verdad en vuestros labios, como yo pondré

la cuchilla en vuestra garganta si os cae una sola gota de sangre criminal.»

»Esto decia el bueno y desdichado rey Enrique III, y al decirlo tornábanse sombríos sus ojos y hosco su ademan» (1).

El caballero, sin perder su serenidad ni su aplomo, y no desmintiendo el valor acreditado en cien combates, refirió al rey el drama de su casa sin omitir ningun detalle, sin equivocarse en ningun extremo, sin faltar á su voz la sinceridad y la buena fe de su caballerosidad, la conviccion de su espíritu levantado.

Cuando el rey escuchó aquella tremenda historia con todos sus horrores, y comprendió la franqueza, la ingenuidad y la honradez con que hablaba, que habia sido precipitado por impulso enemigo y aviesa intencion, y que habia sido arrebatado por la cólera de los celos y por el prestigio de la honra mancillada, le dijo:

—«Ruy Gutierre, habeis cumplido como bueno y como caballero: habeis lavado la mancha que empañaba vuestra honra: habeis vengado vuestro honor con largueza; el Corregidor ha sido bien muerto cara á cara; doña Luz ha sido *malmuerta*. En castigo de esta culpa, y para que sea un pregon de vuestros hechos en los si-

(1) Heliodoro del Busto.

glos futuros, derribareis vuestro palacio, y sobre sus escombros levantareis una hermosa torre que se llamará *La Torre de la Malmuerta.*»

Y vedla allí que se levanta, segun dice el malogrado escritor citado, «triste, negra, solitaria, como el recuerdo de un crímen, como la sombra de una aspiracion» (1).

---

(1) Vaca de Alfaro, en su *Historia de Córdoba*, dice: «Esta torre se llama de la *Malmuerta*, porque un caballero mató á su mujer sin culpa, arrebatado de celos; y el rey, hecha la comun prueba, mandó por condenacion que á su costa se hiciese esta torre.» Este es el fundamento de la tradicion.

EL VADO DEL MORO

(Tradicion Egabrense)

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTIGUIDO POETA

D. LUIS HERRERA Y ROBLES

Director del Instituto de Cabra

I.

Pocas poblaciones hay en España donde pueda detenerse el viajero, con verdadera admiracion, bendiciendo el poder de Dios y la sublimidad de la naturaleza, como ante la villa antigua de Cabra, situada al pié del monte *Simblia*, como llamaba el moro Rasís al elevado pico sobre el que se levanta el santuario de la Vírgen de la Sierra, de singular veneracion, no sólo en aquel pueblo, que la tiene por patrona, sino entre los que constituyen aquella rica y feraz comarca. Elevada Cabra á ciudad en 1849, parece como que desde entónces todas las municipalidades que la han gobernado, han queri-

do rivalizar para hermosearla y convertirla en una de las más deliciosas poblaciones de España. Es verdad que la abundancia de aguas y aquella exuberante vegetacion, parece que han conspirado tambien á su engrandecimiento, secundando el espíritu reformador que inspira á sus habitantes.

Si dijéramos que aquella ciudad, con sus cristalinos rios, sus innumerables fuentes, sus pintorescos jardines, sus frondosas huertas, sus frescos y lozanos olivares, sus verdes viñedos, su templado clima y sus hermosas mujeres, era un paraiso, no habríamos hecho sino escribir la historia. Oid lo que dice Valera en una de sus novelas de ella, y tendreis una idea de la feracidad y encanto de aquel suelo privilegiado, donde aquel escritor ilustre, y el que escribe estas líneas, han pasado los mejores dias de su juventud. Tenemos que advertir que Valera no la nombra; pero está hecho el retrato tan magistralmente, que se conoce hasta de perfil. Dice así:

«Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez á ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de yerbas olorosas y flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran

ramo de violetas. Dan sombra á estas sendas, pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreselva. Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y estas alamedas.»

Pero no nos detengamos en Valera. Ved lo que decia un escritor del siglo XVII (1), hablando de la llegada de la duquesa de Sessa á aquella villa en el último tercio del siglo anterior. Hé aquí sus palabras: «Empezó á extender la vista y á ver la felicidad de aquel lugar y grandezas, la comunicacion y grado de sus vasallos, la holgura de sus márgenes floridas, las corrientes de sus cristalinas fuentes, tanta amenidad y deleite, y tanta hermosura y fragancia en tan diversas plantas y coposos árboles y matizadas frutas; fecundas yerbas, florecientes vegas, aquel rio con el cristal de su corriente, despeñándose entre umbrosas alamedas, que fertiliza y riega los campos esmaltados de pintadas alfombras olorosas, y flores que deleitanla vista y suspenden el sentido; la arpada música de las parleras aves, que con dulce armonía,. brillando entre los floridos pimpollos

(1) Juan Gutierrez de Espejo. *Vida de doña Ana de Córdoba;* M. S. de la Academia de la Historia.

con sus acostumbradas cabriolas, haciendo dulces motetes, convidan á que, suspensos y absortos, oyendo el compás de su capilla, se alabe de todo corazon á quien celebran sus dulces canciones.»

No pocos autores antiguos y modernos se ocupan de esta ciudad con el mismo entusiasmo, por más que sea patria de casi todos ellos.

Unase á lo dicho una poblacion alegre y sonriente, construida á la moderna, embaldosada hasta en sus últimas callejas, con magníficos paseos, abundantes fuentes, magnífico teatro, bellísima plaza de toros, primorosos casinos y una plaza pública, en la que afluyen y la cruzan seis ó siete carreteras de los pueblos limítrofes, además de cuantas reformas de utilidad reconocida ha inventado el gusto del dia, para significar la marcha del progreso y la civilizacion, y se tendrá una idea de lo que es Cabra.

La importancia de este pueblo viene desde el tiempo de los romanos, hallándose en ella vestigios de aquella poderosa dominacion: los godos establecieron en ella, silla episcopal, cuyo primer obispo de quien se tiene noticia se llamó Sinagio: conquistáronla los árabes hácia el año 719, y en la division de España, hecha por el geógrafo árabe Inssuf-el-Fhecri, se la contó entre las primeras poblaciones de Andalucía. El

cronista de la misma raza, Abdalá, la califica de ciudad noble y altamente celebrada de cristianos y musulmanes: así es, que todos pedian tierras ó domicilio en ella. Reconquistada por el rey San Fernando en 1244, pasó por várias dominaciones, hasta que el rey Enrique IV la donó á D. Diego Fernandez de Córdoba, tercer señor de Baena y primer conde de Cabra, por cédula del 2 de Setiembre de 1455.

II.

Al Este de Cabra, junto al camino que se dirige á Carcabuey y Priego, hay un manantial riquísimo de agua que brota entre las grietas de las rocas y grutas naturales formadas por aquéllas, que presenta una perspectiva deliciosa y un golpe de vista encantador y pintoresco, que nos recuerda el Monasterio de Piedra. De este manantial, que apenas dista un kilómetro de la poblacion, se forma el rio Cabra, que riega aquel hermoso parque de huertas, y no hace muchos años que, dividido en acequias, atravesaba las calles de la ciudad para pasar de las huertas de arriba á las de abajo, y que las cruza hoy por artificiales atarjeas oyéndose el agua murmurar bajo el pavimento de la ciudad.

Aunque este rio es una riqueza para ella, no

es caudaloso ni mucho ménos, porque apenas afluye á él más agua que la de su nacimiento; así es, que rara vez sus avenidas son peligrosas, ni causan daños de consideracion. Su mision es regar aquella hermosa vega de huertas, que se asemeja á un frondoso jardin interminable, y alimentar aquellos árboles colosales que cubren sus sendas y caminos, y que, ostentando riquísimas frutas durante la primavera y el estío, presentan una perspectiva encantadora á los que pasean bajo su perpétua sombra en las mañanas deliciosas de Abril y Mayo.

Entre la *Fuente del Rio* y la ciudad, á medio kilómetro escaso de ésta, hay una especie de paso ó sendero para atravesar el riachuelo, que se llama *El vado del Moro*. Excusamos decir que el rio se puede atravesar por todas partes, sin que el agua nos llegue ni á las rodillas. Este *vado* tiene, sin embargo, su origen, y el objeto de este trabajo es refrescar la tradicion y explicar el caso que dió lugar á ese nombre, á pesar de haber pasado cuatrocientos años en que sucedió el hecho que vamos á referir, y hemos encontrado comprobado por varios historiadores

III.

Corria el mes de Abril del año de 1482, y envalentonados los moros con la derrota que pocos dias ántes habian causado al ejército cristiano en la Ajarquía de Málaga, se iban extendiendo por todas partes, saqueando lugares y pueblos, á donde ántes no se atrevian á acercarse. Señalábase por sus atrevidas correrías el viejo moro Aliatar, alcaide de Loja y terror de las comarcas cristianas que estaban á su alcance. Cruel y vengativo como nadie, era el verdadero azote de los cristianos, que sólo descansaron cuando un año despues sucumbió en la batalla de Lucena á mano de las gentes del conde de Cabra.

Vivia por entónces en Cabra un noble caballero, llamado D. Pedro Gomez de Aguilar, dotado de grandes fuerzas y de un valor á toda prueba, el cual poseia una quinta ó casa de campo á una legua de la ciudad por la parte del Este y casi en el mismo camino que va á Carcabuey y Priego.

Una mañana, al amanecer, vió entrar azorados y temblorosos á los operarios de la casa de campo que habian dejado ésta enteramente abandonada. Enterado del caso, supo que un

peloton de moros, compuesto de unos cuarenta de á pié y de á caballo, se habian acercado á la quinta, y las gentes aquellas habian huido por ello á Cabra.

Gomez de Aguilar, hombre de gran resolucion y superior esfuerzo, quiso enterarse personalmente de lo que ocurria; y sin decir palabra á sus cuatro hijos, que eran tambien valerosos soldados, montó á caballo armado de todas armas, emprendió el camino de su casa de campo, á la que llegó en poco más de una hora, á pesar de la lluvia torrencial que se desgajaba de las nubes.

Apeóse del caballo, dejó la lanza apoyada en la silla, y la adarga colgando, y se entró en la casa que encontró enteramente sola. Ya iba á renegar de sus criados, cuando la algazara de los moros le hizo ver que estaba cercado y ni podia escapar ni defenderse, puesto que venian veintidos de á caballo y casi otros tantos de á pié: en la imposibilidad de combatir, por estar desmontado, no tuvo más que rendirse á la generosidad de Aliatar, el sanguinario alcaide de Loja, que luego que registró la casa y se convenció que no habia más cristianos en ella, recogió los ganados que pudo, y siguió su correría al pié del Santuario de la Vírgen de la Sierra, buscando el camino de Carcabuey. Este

camino era tan áspero y escabroso, que no tenía más que despeñaderos al uno y otro lado. Aliatar, encantado del buen trato y finura de Gomez de Aguilar, entró en conversacion con él amigablemente, reinando entre ambos una franqueza inusitada, mayormente cuando no pudiendo ir á caballo sin peligro de derrumbarse se apearon todos, marchando los dos juntos, sin armas por supuesto Aguilar, porque las suyas se las habian repartido los moros, dejándole sólo el caballo para que no se quedase atrás en aquella rápida algara, cuidando de llevarlo en medio para precaver cualquier evasiva.

El trayecto que media entre Cabra y Carcabuey, para los que tienen que caminar por sendas estraviadas y vericuetos, es casi intransitable, especialmente en tiempos de lluvias, como sucedia entónces: así es, que marchaban por un contínuo derrumbadero, atravesando la Nava y cerros contiguos, que es como se llama aquella sierra y sus pintorescos valles.

Los caballos transitaban uno á uno y de mala manera: la noche no dejaba ya ver los objetos, y los moros atendian más á su salvacion que á ningun incidente que pudiera turbarlos, cuando se creian seguros y dueños de la presa que iban haciendo en su correría; así, pues, se fueron unos adelantando y otros quedándose

atrás, cosa que fué observando Gomez de Aguilar, á la vez que distraia la atencion del moro con su amena conversacion, para que no advirtiese la falsa posicion y el aislamiento en que se iban quedando.

Aliatar, que era tan valiente como audaz, era por lo mismo confiado, y departia sinceramente con su cautivo, habiendo dejado sus caballos al cuidado de los moros de á pié, para llevar ménos entorpecimiento en la marcha.

Cuando el cristiano se vió solo con el moro, tan léjos de los de atrás como de los de adelante, dióle un fuerte empellon, que le hizo rodar hasta el fondo de un barranco, como quien arroja una piedra, gracias á sus fuerzas extraordinarias: detrás se arrojó él, y se perdieron en la oscuridad.

IV

El agua caia á torrentes: la noche habia cerrado horriblemente, y los relámpagos presentaban aquellas rocas negras ó tapizadas de musgo como gigantes que se desvanecian: no se oia más que el blasfemar de los moros ó el relinchar de los caballos, medrosos cuando perdian de vista á sus dueños; los cautivos cristianos que llevaban, iban rezando y encomendán-

dose á la Virgen de la Sierra, cuyo santuario casi flotaba sobre sus cabezas.

Al mismo tiempo que llegó Aliatar al fondo del barranco, cayó sobre él el forzudo Aguilar, que arrebatándole el alfanje instantáneamente, le amenazó cortarle la cabeza si daba un solo grito. El moro se dejó atar las manos y los piés, renegando de todo y blasfemando ferozmente, hasta que aquél tuvo que obstruirle la boca con un pañuelo.

Los moros, desconfiados y recelosos por instinto, se revolvieron á buscarle cuando lo echaron de ménos, al tiempo que Aguilar lo habia cargado sobre sus hombros, y se escondia con él entre unas malezas algo léjos del teatro de su hazaña.

El agua, que todo el dia se habia estado desgajando sobre ellos, descargaba furiosa al compás de los truenos en aquellos momentos en que, buscando los moros algun abrigo, á la vez que sospechando la verdad, se dirigian al bosquecillo en que se encontraban los fugitivos.

La posicion de Aguilar no podia ser más crítica ni más angustiosa: una vez descubierto, su cabeza habria rodado sin conmiseracion. Afortunadamente para él, las fogatas encendidas en las atalayas, y la alarma que llevaron á Cabra los criados de Aguilar, habian avisado al con-

de de Cabra, D. Diego Fernandez de Córdoba, de que habia moros en sus tierras, el cual reunió los caballeros y escuderos de su casa, más los hijos de Aguilar, y marchó al encuentro de ellos con la celeridad del rayo.

Antes de penetrar los moros en el bosque fueron alcanzados por los veinticinco caballos que llevaba D. Diego. Aquéllos les hicieron cara, á pesar de faltarles el empuje de su jefe, y emprendieron una lucha desesperada en que les ayudaban los de á pié con ventaja, porque herian á los caballos del conde impunemente, escondidos entre las matas.

Viendo éste que era imposible la lucha de aquella manera, mandó echar pié á tierra, y cerrando con los de á pié y á caballo á un tiempo, se dió tan buenas trazas, que en un instante mataron tres, hirieron once y cogieron veinte prisioneros, siendo muy pocos los que escaparon. Tambien libertaron los cautivos que llevaban, poniendo en salvo á Aguilar con el suyo.

El moro, triste y abatido, se lamentaba de su suerte, y el conde le consolaba asegurándole que no temiese por su vida ni su libertad, que él respetaba á los valientes.

El moro decia con sentimiento:

—Cuando mi hija Aixá y mi yerno Boabdil

sepan que he sido vencido, apénas lo creerán, porque yo no he sido vencido jamás en buena lid.

—Era mucha audacia, dijo el conde, entrarse en un país enemigo con tanta libertad.

—Hace quince dias que los cristianos fueron derrotados horriblemente en la Ajarquía, y eso me animó á llevar á cabo esta expedicion.

—Es que en la Ajarquía no fuí yo derrotado, ni mis soldados.

—Pero creí que el desaliento habia cundido por todas partes.

—La confianza pierde á los valientes, y tú eres de éstos.

El moro suspiró, y miró al conde con gratitud.

El conde de Cabra era tambien tan valiente como generoso, así dice Urbina en su *Nobiliario*: «Fué muy ilustre caballero, y gran señor, y muy señalado en la disciplina militar, y caballero de mucha prudencia y autoridad.»

V.

Cuando dieron la vuelta á Cabra, hallaron que con las lluvias habia crecido tanto el rio, que era imposible pasarlo por ninguna parte, sin exponerse á perecer. Detúvose el escua

dron, sin saber qué partido tomar, cuando Aliatar le dijo al conde:

—Si quereis, yo os enseñaré un sitio por donde podemos pasar.

—¿Estás seguro de ello?

—Como que he pasado por él en otras correrías más afortunadas que ésta.

—Tú nos enseñarás, añadió D. Diego.

Caminaron como unos trescientos pasos á la orilla del rio, y al llegar á un sitio, se paró el moro, y dijo:

—Seguidme.

Picó los acicates al caballo, y de tres saltos se plantó á la otra orilla, como si hubiera ido volando.

Los cristianos hicieron lo mismo, y todos se encontraron al otro lado, sin novedad, en un momento, habiendo pasado cada uno un moro á la grupa.

El conde mandó que entrasen en Cabra cada uno con un cautivo delante, como así sucedió, entre el repique de las campanas. Despues que entró en la iglesia Mayor á dar gracias á Dios por aquella victoria, puso en libertad á Aliatar, y mandó canjear á éste aquellos moros por otros cristianos que tenía aquél en Loja cautivos.

A Gomez de Aguilar lo premió el conde dándole un molino y otras tierras, entre ellas, todo

el prado en que estuvo detenido el escuadron antes de pasar el rio. El sitio por donde lo pasaron, se llama desde entónces el *Vado del Moro.*

Hoy, á pesar de haber pasado cuatrocientos años de este hecho singular, conserva aquel nombre, y todo el mundo, al recordarlo, no puede ménos de ver en aquella hazaña, la huella del vencedor de Boabdil, un año despues.

VI

Ya hemos dicho que el *vado del Moro* está en el pago de huertas comprendido entre la *Fuente del Rio* y la ciudad, siendo aquel paraje tan delicioso y encantador, que bien merecia que lo dibujase el pincel de Urgell para presentar un modelo de paisajes.

Un historiador de Cabra, ocupándose del mismo lugar, dice: «Aquel sitio hoy es, y se puede celebrar por el más ameno y deleitoso de árboles frutales y flores que hay en el mundo» (1).

Un poeta de Baena, que floreció á mediados del siglo XVII, le consagró el siguiente soneto que tomamos de un libro de la Biblioteca na-

(1) Vega Murillo. *Historia de Cabra*; M. S. de la B. N.—1668.

cional, escrito por él, y el cual publicamos con mucho gusto: dice así:

«A LA ESTANCIA DEL VADO DEL MORO.

SONETO.

El que carne se hizo y fué palabra
Manifestando al mundo maravillas,
Como puso en el cielo las cabrillas,
Quiso tambien poner el cielo en Cabra.
A un risco que en su seno cristal labra,
Le manda que lo vierta en sus orillas,
Porque la más amena de las villas
Siempre la boca en dar las gracias abra.
Aquí llegué cuando el Autor del oro,
Grande Administrador de lo criado,
Vino y agua aforaba á cada poro.
Al arrimarse al rio celebrado,
Guárdete Alá, le dije, cristal moro,
Que hoy en ti mis fatigas tendrán vado» (1).

En esto puede verse la celebridad adquirida por este lugar, que desde 1482 hasta hoy se conoce por el *Vado del Moro*.

(1) Miguel Colodrero y Villalobos, *Cármenes sagrados* y *Divinos versos*; M. S. de la B. N., soneto 64.

LA CRUZ DEL ARCO DE LA VILLA

(Leyenda tradicional.)

I.

A unos cuarenta kilómetros de Córdoba, poco más ó ménos, por la parte del Mediodía, se destaca una villa antigua y populosa, que á manera de anfiteatro se desparrama por las faldas de un cerro, en cuya cúspide se levanta un castillo morisco que ha jugado un papel principal en las guerras contra la raza árabe, que concluyeron con la toma de Granada, ciudad que dista unos setenta kilómetros de la villa de que nos ocupamos.

Para no extendernos en descripciones, copiaremos lo que dice de ella Amador de los Rios, puesto que es la pátria donde se meció su cuna:

«Sobre una altura escarpada
Cuyo solo aspecto admira,
Por los años respetada,
Una poblacion alzada,

Cual roca del mar se mira.
Jardin de eterna verdura,
Rico en fragancia y colores,
Cerca en torno á aquella altura
Que ramillete figura
Tejido de hermosas flores.
Villa fuerte y fronteriza,
fué espanto y terror del moro:
Y su vega fertiliza
Un rio que se desliza
Por entre arenas de oro.
Denegridos torreones,
Cual marcial corona ostenta:
Como otros tantos pregones,
Con que á las generaciones
Sus timbres de gloria cuenta,» etc.

Nunca podríamos hacer nosotros una descripcion más exacta y elegante, á pesar de haber nacido á pocos pasos de la casa del malogrado escritor.

II.

A fines del siglo XVIII, existia en la parte alta de la poblacion que nos conserva el nombre árabe de Almedina, una casa solariega que pertenecia á uno de los nobles que habian desertado de la villa despues de concluidas las guerras con los moros: porque es de advertir.

que ántes y despues que perteneció su dominio á los condes de Cabra, aquella parte del pueblo estaba habitada por una nobleza numerosa que se distinguia en todas sus campañas, y de cuyos palacios quedan algunas ruinas, y sobre todo las torres que les servian de defensa, á la vez que á las murallas.

La casa de Clavijo, sita en la plazuela del mismo nombre, cuyos muros hemos conocido, áun cuando ya no restan ni vestigios, si se exceptúa la torre del mismo nombre (1), estaba habitada á la sazon por un caballero principal llamado D. Juan Pedro Beltran de Eraso, que vivia acompañado de una criada jóven y bien parecida, y un criado antiguo y de confianza. Entre las gentes del pueblo pasaba dicho señor por hombre rico y avaro, como generalmente sucede á los solterones que pasan de los cincuenta sin casarse.

Era la víspera del *Corpus* del año 1782, cuando á eso de las diez de las noche se veia un hombre embozado en una capa, arrimado á una rejilla baja, pequeña, de la casa de Clavijo.

(1) Con dolor hemos visto que esta hermosa torre árabe que se mantenia intacta contra las injurias del tiempo, se está derribando para emplear sus materiales en obras.

¿Cómo se consiente esta profanacion?

A pesar de que estábamos á fines de Mayo, la noche estaba lluviosa y nadie extrañaba que en aquellos sitios solitarios hubiese un hombre con capa para ocultar la espada que llevaba debajo, y cuya contera reflejaba á la luz de un farol que alumbraba á un Santo incrustado en un nicho de la pared de enfrente. Entónces no existia, como supondrá el lector, alumbrado, y sólo rompia la oscuridad de la noche alguno que otro farolillo agonizante de los que la devocion y la piedad solia colocar en aquellos tiempos delante de las imágenes cristianas, y de los cuales se ven algunos restos en la época presente.

III.

En Andalucía es muy comun que los novios hablen por las rejas ó *pelen la pava*, como allí se dice; así, nadie extrañaba el bulto aquel que esperaba á la diosa de sus pensamientos.

La puerta de la ventana rechinó al girar sobre sus goznes, asomándose á ella una mujer que, aunque no se veia, se conocia por el timbre de su voz.

—¿Estás ahí, Jimenez?

—Sí, Guadalupe; contestó el embozado.

—Creí que con la mala noche y lo expuestos

que son estos sitios, no te atreverias á venir.

Debemos advertir, que por aquella época habia decrecido Baena, que es la poblacion de que hablamos, se habian hundido muchas casas solariegas, y estaba casi convertido en ruinas aquel barrio llamado Almedina, del que dice Amador de los Rios con mucha razon:

«En ella tambien se ve
la encumbrada fortaleza
que en tiempos remotos fué
el emporio de la fé
y el sólio de la nobleza.»

El sólio de la nobleza era un panteon desolares, sobre los que el musgo y el jaramago habian echado raíces, convirtiéndose las calles en espesas laderas, en medrosas sendas escabrosas y en montañas de piedras que parecian fantasmas á través de la oscuridad.

La soledad de aquellos sitios, el terror que infundian cuando la noche desplegaba sus negras alas, y el fanatismo agorero de la época, hacía que nadie se atreviese á pasar por allí, so pena de exponer la capa, el reloj ó el dinero, y a veces la vida.

Esta es la razon por qué Guadalupe dudaba del valor de su amante.

Pero, ¿para qué hombre hay miedos en el mundo, cuando va á ver á la mujer que adora?

IV.

El embozado casi entró la cabeza por entre los hierros que, en forma de cruz, defendian la ventana, y habló muy bajo con la mujer, y como recelándose de que le oyesen.

Guadalupe le dijo ántes de que se marchara:

—Te digo que no le hagais ningun daño.

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Y cuándo nos casamos?

—Lo que tarden en correr las amonestaciones.

—¿Entónces el mes que entra?

—Para el dia de San Juan habrás sido ya mia.

—¿Lo juras, Jimenez?

—Te juro que habrás sido mia, ó de nadie.

Jimenez hizo la cruz con los dedos y la besó.

—Si no fuera por tí, por tu amor, por llamarte mia, ¿arrojaria yo este peso sobre mi conciencia?

—Adios y quiéreme mucho.

—Hasta el altar te quiero.

La ventana se cerró, y el embozado se perdió en las tinieblas.

Los vientos y las aguas arreciaban, y recrujian sobre los cristales de la casa como si fueran granizos.

V.

Al anochecer del dia siguiente, despues de rezar el señor de Beltran con sus dos criados la oracion de la tarde, se disponia á salir, segun su costumbre, ántes de lo cual le dijo á su criado:

—Juan, puesto que es noche del *Corpus*, vete á pasarla con tu familia hasta las once.

—Si V. me necesita, yo no tengo empeño.

—No; Guadalupe, que ha salido esta tarde, se quedará hasta las diez, que yo vuelva, sola: atrancando bien la puerta, no puede ocurrir nada, porque esta noche, fuera de algun alumno de Baco, nadie se mete con nadie.

El criado salió alegre y contento, y Guadalupe dijo á su amo:

—¿Ha recogido V. todas las llaves de las gabetas y los armarios?

—Pues qué, ¿no eres tú de fiar? añadió don Juan Pedro.

—Eso V. lo sabrá.

—Sí, sí; yo me fio de tí; ya lo sabes tú, dijo el amo sonriéndose.

La criada le entregó el sombrero, el espadin y el paraguas, diciéndole:

—Que no venga V. despues de las diez; que no quiero que esté V. tarde en la calle.

—Mucho te cuidas de mí.

—Como que no es V. un niño, y hace una noche de agua y viento que espanta.

—Aquí en la Almedina suena doble el viento que en toda la poblacion.

El señor de Beltran echó una mirada furtiva á la doncella, que estaba ataviada como cuando salió á paseo por la tarde, pareciendo como que decia para sus adentros:

No es mal bocado para un pícaro.

Don Juan Pedro salió, y oyóse á la criada correr los cerrojos, arrastrar la cadena y encajar la tranca.

VI.

El reloj de la iglesia Mayor de Baena daba las diez, y á continuacion la campana de la queda anunciaba al vecindario que era la hora de recogerse.

Don Juan Pedro Beltran, obedeciendo á la consigna, subia por la calle de la Carrera, entraba en la de la Tela, hoy llamada de Amador de los Rios, porque este eminente escritor

nació en la casa que lleva el número 23 en dicha calle, y ya iba á acercarse al arco de la Villa.

Ya hemos dicho que Baena estaba cercada por una fuerte muralla de piedra tosca, por más de cincuenta torres, y rota por unos cuantos arcos, que conservaban otras veces puertas de hierro, de las que restan sólo las argollas en que giraban.

De estos arcos se conservan todavía los llamados Marina Alba, Santa Bárbara, Consolacion, Oscuro y la Villa. Eran las únicas entradas que habia para la Almedina, que, una vez cerradas, se convertia en una fortaleza inexpugnable en aquel tiempo.

El arco de la villa era el que daba acceso á las calles que tenía que recorrer D. Juan Pedro Beltran para llegar á su casa, sita, como hemos dicho, en la plazuela de Clavijo.

A este objeto entró en la calle de la Tela en su último extremo para ganar el arco, alrededor del cual habia entónces un despoblado y una ladera pendiente que iba á parar al sitio llamado la Cava, hoy despoblado como entónces. Cerca del arco se han construido despues algunas casas de tapia, tan mezquinas como raquíticas.

Don Juan Pedro subia cubierto con su paraguas, mediante lo cual y la oscuridad intensa

que reinaba, no pudo ver tres bultos, que quizás yendo con cuidado tampoco hubiera visto, que estaban apostados en la ladera.

Antes de ganar el arco, oyó una voz que le dijo:

—¿D. Juan Pedro Beltran?

—Sí; ¿qué quereis?

Apénas pronunció estas palabras, cuando los tres bultos se arrojaron sobre él como fieras, lo sujetaron y lo ataron.

Don Juan, revolviéndose como pudo, arrancó á uno el antifaz, que todos llevaban, y al reconocerle dijo:

—Jimenez, no me mateis.

Un grito espantoso, y el ruido de un cuerpo que rodaba por la ladera, sucedió al ruego de D. Juan.

VII.

Un cuarto de hora despues, los tres bultos entraban en la casa de la plaza de Clavijo, cuyas llaves llevaban á prevencion.

Guadalupe les salió á recibir y les preguntó:

—¿Y mi amo?

—Allí queda, la contestó Jimenez, el cual añadió, dirigiéndose á otro de los compañeros:

—Tú, hermano, toma esas llaves y limpia

aquellos arcones: yo pasaré revista á los baules.

Cuando Guadalupe les vió extraer el oro, la plata, pedrería, monedas, joyas y alhajas, se dirigió á su novio y le dijo:

—Mira, Jimenez, que me voy contigo.

—Me parece, dijo él, que preferirás quedarte con tu amo, que no te iba mal con él.

Ella conoció la intencion de estas palabras, y le contestó:

—Tú has venido á engañarme.

—No seas tonta, que todo se arreglará.

—¿Tienes la llave de este armario? preguntó el hermano.

—No: sin duda se quedó trasconejada en el bolsilio de D. Beltran.

Y diciendo esto sacó un puñal para descerrajar el armario.

Al ver el puñal manchado de sangre hasta el puño, exclamó Guadalupe:

—¡Infame! ¿Qué has hecho de mi amo?

—Esto, le contestó Jimenez clavándole el puñal.

Un grito de horror sucedió á estas últimas palabras, y despues un silencio sepulcral reinó en toda la casa.

VIII.

A la mañana siguiente, los corrillos de curiosos que se reunian en el Coso comentaban las anteriores escenas de mil modos. Uno que parecia más enterado que los demás, y en efecto lo estaba, contó que el cadáver de don Juan Pedro Beltrán lo habian echado á rodar por una ladera á la Cava, despues de haberle robado las llaves de la casa y los baules, mediante lo cual entraron en ella, asesinaron á la criada para que no declarase, puesto que debió conocerlos, habiéndose llevado cuanto dinero y alhajas encontraron, que seria bastante, porque D. Juan era muy rico.

El criado declaró que, al llegar él, salian tres embozados que no conoció por la oscuridad de la noche, y aunque dió voces, no acudió nadie en aquella soledad.

IX.

Los parientes del finado colocaron entónces, en el sitio que sucedió la catástrofe de D. Juan, una cruz de piedra de cerca de dos metros de altura, en cuyos brazos se lee la siguiente inscripcion: *Aquí mataron á D. Juan Pedro Beltran de Eraso, año de 1782.*

Cuando se edificaron, hace más de cincuenta años, las casillas que hoy existen al borde de la ladera, colocaron la cruz algo más arriba, donde hoy se conserva, descansando sobre el Arco de la Villa.

Esta es la historia de la *Cruz del Arco*.

HISTORIA DE UNA MONJA MILAGRERA.

I.

Allá por los años de 1489, una señora virtuosa y respetable, y de una piedad que rayaba en fanatismo, fundó en la ciudad de Córdoba un beaterio destinado al retiro de viudas y mujeres que siempre hubiesen observado una vida ejemplar en cuanto á virtud y honradez; la misma señora constituyó en sus casas, sitas en la calle de Valderrama, el expresado beaterio, donde ella era la primera que con las demás elegidas para el caso, observaba la regla tercera de San Francisco.

Dos años despues de dicha fundacion, la señora doña Marina de Villaseca, viuda del noble y valiente caballero García de Montemayor, autora de tan loable pensamiento, quiso ensancharlo grandemente, y para conseguir su objeto, aumentó las rentas del beaterio, fundando en su lugar un nuevo convento, que le fué au-

torizado por Bula de Inocencio VIII, fecha 6 de Enero de 1491, y el cual estableció en la ermita de la Visitacion de Nuestra Señora que se encontraba en la parroquia de Santa Marina.

Este convento, que es el conocido bajo la advocacion de Santa Isabel de los Angeles, y del que eran patronos los señores de Villaseca, gozó siempre gran reputacion por la severa austeridad de sus religiosas, y la rigidez de su disciplina. Muchas monjas pudiéramos citar de este convento, que fueron modelo de virtud y santidad, desde sor María de Jesús, que murió en opinion de Santa en 1512, hasta doña Francisca Lopez de Haro, que con otras siete hermanas suyas fueron de ejemplar honradez, y dejaron una gran reputacion durante todo el siglo XVII.

Por último, sólo diremos en honra de este Monasterio, que se tenía en tanto su severidad y su rigidez, que en 1520 fué encargada la hermana menor de la fundadora, llamada tambien sor Marina de Villaseca, de fundar con doce religiosas del mismo convento, el de Santa Maria de Jesús de Sevilla, del que fué priora hasta su muerte.

Además de ser notable por su numerosa comunidad, que casi siempre pasaba de cincuenta monjas, era objeto de gran veneracion por par-

te de los cordobeses, á causa de la solemnidad de las fiestas religiosas que celebraba en su visitada iglesia, cuanto por las cristianas y santas reliquias que conservaba, debidas á la piedad y veneracion de muchos y poderosos devotos. Allí, dentro de preciosas urnas, guardaban cuidadosamente: un pedazo del *Lignum Crucis*, una *Espina* de la corona del Señor, la cabeza de San Gedeon, otra de Santa Hosima, martirizada con Santa Ursula; un dedo de la Magdalena, una canilla de San Sebastian, una reliquia de San Diego, y un pedazo del báculo de San Francisco, á cuya Orden pertenecian aquellas benditas madres.

Entre las imágenes de gran devocion que se encuentran en este convento, hay una cabeza del Señor, coronada de espinas, hecha de una materia desconocida: sólo se sabe que el valiente caballero D. Diego Lopez de Haro, de la casa de los marqueses del Carpio, en uno de sus viajes la halló flotando milagrosamente en el mar, y recogida que fué, la donó á este convento, así como tambien la de San Juan Bautista, que habian llevado los cristianos en la batalla de las Navas de Tolosa.

La fama de este Monasterio contribuyó á que bien pronto sus claustros se poblasen de jóvenes religiosas, que iban á enterrar la flor

de su juventud bajo las bóvedas sombrías de aquella santa casa, donde las esperaba una vejez prematura, pero tranquila y sosegada, como el que tiene consagrado su espíritu solamente al rezo y á la meditacion.

Sería el año de 1505, poco más ó ménos. cuando entró de novicia en este convento una niña que apénas tenía trece años, pero que asombraba por su desarrollo y su devocion, y la cual tomó el hábito á los quince apénas cumplidos. Esta niña se llamaba Magdalena de la Cruz, sin que se supiese otra cosa de su vida, su nacimiento ni su familia.

Entónces era, como hemos dicho, enteramente una niña, y nadie la conceptuó más que como una flor naciente que iba á perfumar el Monasterio con su inocencia y su candor.

La niña, sin embargo, llegó á ser mujer, recibió por esposo á Jesucristo, por medio de un solemne voto, y así como creció en años fué creciendo en santidad y en virtudes, hasta el extremo de que nadie dudaba de su futura canonizacion. Pocas monjas se habian visto hasta entónces de vida tan ejemplar, y de santidad tan reconocida.

La fama de sus virtudes se extendió de pueblo en pueblo y de convento en convento, de tal manera, que eran infinitas y cuantiosas las

limosnas que recibia de todas partes, las cuales siquiera penetraban en el silencio de su celda, sino que tan pronto como llegaban al Monasterio, eran repartidas entre los pobres y menesterosos, que bendecian á cada instante aquella pródiga mano que socorria sus necesidades.

Al mismo tiempo que se hablaba de su caridad y nobles sentimientos, y que todos se hacian lenguas de ella por su esplendidez y desprendimiento, empezó á correr el rumor de su santidad, unido al de los milagros que hacía desde el rincon de su claustro solitario.

Segun dice la historia manuscrita de donde hemos tomado estos apuntes, era visitada y considerada en extremo por cuantas personas tenian conocimiento de sus virtudes, y habian oido las exageraciones de sus portentosos milagros. El vulgo, propenso siempre á las escentricidades del fanatismo, la miraba en vida como una Vírgen sagrada; la nobleza, tambien sencilla y dada á las supersticiones, conservaba como reliquias todos sus pequeños dones y hasta sus cartas, llegando á tanto el aprecio y la santidad en que se tenía, que el mismo emperador Cárlos V, segun cuenta la expresada crónica, le remitia las mantillas de sus hijos para que las bendijese.

Excusado es decir, que tan relevantes cuali-

dades le conquistaron bien pronto el puesto de abadesa del convento de Santa Isabel de los Angeles, sin que ella mostrase deseos de obtenerlo, y á pesar de las aspiraciones de otras monjas de la primera nobleza, que no tuvieron más que disimular su sentimiento y mostrar la más aparente tranquilidad ante el favor que disfrutaba Magdalena.

Entre los muchos milagros que se contaban de ella, de los cuales hemos visto algunos, citados por una religiosa compañera suya de convento, testigo ocular de ellos, vamos á exponer algunos con la misma sencillez con que los refiere la expresada monja, para que se vea que no tiene nada de extraño que en aquellas circunstancias y en aquellos tiempos de espíritus fanatizados, llegase á tanto grado la mistificacion y supersticion de la época, cuando más de tres siglos despues, y en medio del descreimiento y el desórden de la edad moderna, casi hemos presenciado idénticas escenas de fanatismo.

Cuéntase que un dia, y cuando más gozaba de fama y popularidad, al bajar una escalera cayó desgraciadamente, fracturándose una pierna, y quedando de este modo por mucho tiempo imposibilitada en el lecho del dolor, á merced de los severos procedimientos de la ciencia

médica. En medio de esta imposibilidad de moverse en que se encontraba, llegó la *Octava del Corpus*, en que llamó su atencion los clamores de las campanas y cánticos religiosos que se oian á lo léjos, Las monjas todas acudieron á sus miradores para ver á través de sus celosías desfilar aquella suntuosa procesion. Magdalena de la Cruz, que se hallaba imposibilitada de moverse, como hemos dicho, viendo en su fervor que no podia acudir al lugar en que estaban sus compañeras, por su obstinada postracion, cruzó las manos con trabajo, murmuró una oracion, y al eco de su última palabra abrióse la pared de su celda, y estuvo de este modo viendo desde el lecho pasar la procesion, cerrándose de nuevo el muro luégo que pasó la Custodia y concluyó la ceremonia. Este milagro lo refiere la monja de quien tomamos algunos de estos hechos, y era referido con asombro en el convento y fuera de él, contribuyendo á acreditar su fama y su santidad.

Algunos dias despues de esto, no habia hecho el médico más que reconocerla y pronosticar la amputacion de la pierna ó un fin desastroso, cuando se levantó y salió andando sana y buena.

Otra vez, ya curada de aquella penosa enfermedad, asistia á la comunion diaria que reci-

bian las monjas, segun el rito de la religion, y sus hermanas en Cristo quedaron sorprendidas y enteramente pasmadas cuando vieron que la Divina Forma, volando de las manos del sacerdote que les daba la Eucaristía, á manera de una palomita blanca, fué á posarse en la boca de Magdalena, que la recibió orando de rodillas.

Las monjas, que á pesar de todo participaban de la envidia y de la curiosidad, además de que se iban cansando de verla objeto de todas las atenciones y favores, empezaron á observarla y á seguirla á todas partes, sin perder sus más pequeños movimientos ni sus más insignificantes acciones.

Como este eterno espionaje llegó á ejercerse á todas horas, observaron una noche que entraban en la celda y se montaban en el lecho de la Magdalena, infinidad de hermosos carneros negros. Interrogada al dia siguiente por las compañeras, sobre la aparicion extraña de aquellos animales, les contestó que eran ánimas del Purgatorio que iban á buscarla en demanda de rezos y limosnas.

Otra noche se encontraba rezando sus cotidianas oraciones con una de las religiosas á quien tenía particular afecto, cuando se les apareció un hombre, negro como el terciopelo, que

ella recibió con la mayor amabilidad, miéntras la compañera, aterrada, empezó á gritar, tratando de huir de aquella espantosa y súbita vision, que más parecia del diablo que de otra cosa.

Entónces Magdalena la contuvo, calmándola la sorpresa con estas palabras:

—No tengas cuidado, que este es mi serafincito, que no se mete con nadie, ni hace mal á persona alguna.

La compañera se calló por el pronto, pero al dia siguiente contó á todas la aparicion del serafincito; las otras monjas contaron otros milagros de este jaez, se formaron corrillos en las celdas, se hicieron grandes comentarios, y, por último, se extendieron tanto las ocurrencias y visiones de Magdalena, que llegaron á oidos del Provincial de la Orden, que lo era á la sazon el Rdo. P. D. Pedro Vergara.

Este, que por lo visto no entendia mucho de asombros ni de apariciones, se presentó en el convento, y sin otros antecedentes ni averiguacion del fundamento de aquellos milagros, encerró á la monja en un calabozo hasta que se dispusiese otra cosa.

La prision de Magdalena produjo un verdadero escándalo entre las gentes meticulosas y sencillas, que habian admirado con religiosa fé

sus milagros, y esperaban verla pronto colocada en un rincon del calendario.

La nobleza, que tanto habia ponderado sus virtudes y con tanta esplendidez pagado su caridad, sufrió un verdadero pesar con aquel golpe *ab irato*, y trató de buscar los medios de resolver el problema lo más favorable posible á aquella mujer, que en su concepto era una verdadera santa.

Por último, las monjas, unas sintieron sinceramente aquella rigurosa medida, y otras aparentaron un sentimiento que era todo lo contrario de lo que les exigia la envidia.

El Provincial, hombre sagaz y astuto, empezó á obrar reservadamente y á poner los medios necesarios para el descubrimiento de aquel enojoso enredo, logrando en parte poner en claro los milagros y los misterios de aquella mujer, que tenía embaucadas á todas las gentes de aquel tiempo, y á la que desde el pechero hasta el rey habian rendido párias y prestado gran favor y consideracion por sus mistificaciones.

El Provincial, segun se cree, tuvo algunas sospechas ó revelaciones secretas que le confirmaron las espías de que la cercó, por lo visto, y de ahí nació aquella rigurosa medida, que fué una verdadera profanacion para las almas cristianas.

Algunos hasta creyeron que iba á caer un castigo del cielo por aquel atentado inaudito, mucho más cuando nada se habia hecho ni probado en público que justificase la culpabilidad de aquella mujer, que vivia, segun todos opinaban, en olor de santidad.

II.

«Llegó ésta á gozar tal fama de santidad, dice una de las Crónicas de que tomamos esta tradicion, que todos la conocian por la monja milagrera: á ella acudian en demanda del alivio de sus males: los nobles le consultaban los asuntos más árduos, y todos creian que, despues de muerta, sería colocada en los altares.»

Encerrada é incomunicada Magdalena, dentro de la cárcel, continuó haciendo sus milagros, que casi puede decirse se multiplicaban, al paso que aumentaban los rigores para con ella; hasta el punto que todo el mundo se quedaba admirado, y sus compañeras, asombradas y estremecidas contemplaban enteramente pasmadas la rara y extraña conducta de aquella mujer misteriosa.

Cuentan al efecto las Crónicas, que en esta época en que se hallaba imposibilitada en el lecho del dolor á causa de unas llagas mortales

que se le habian abierto en la cadera, una de las veces que las monjas fueron al coro, se la encontraron allí de rodillas, visto lo cual, volaron á la cárcel y la vieron que estaba tranquilamente en la cama, de donde dijo no se habia movido, molestada por sus dolencias.

Esta simultánea aparicion fué, sin embargo, la conversacion de muchos dias, dando tanto qué hablar á las benditas madres, que al fin fueron á contar el caso al confesor, que era la única persona, despues del médico, que tenía permiso para entrar en la cárcel del convento donde se encontraba y podia conversar libremente con ella en aquella triste situacion.

La gravedad que supo imprimirle á su enfermedad con sus artes y amaños, y la debilidad y desfallecimiento que fingia á cada momento, hicieron creer al médico por lo pronto en el inminente peligro en que se encontraba Magdalena, que empezó á aplicarla los últimos recursos de la ciencia, desesperando al fin de su curacion y desahuciándola.

Esto, unido á las noticias de las monjas que oian sus delirios nocturnos y observaban síntomas alarmantes de agonía, obligó al confesor á tomar sérias medidas respecto á la enferma, empezando por prepararla para que recibiese los últimos auxilios espirituales, en vista de la

proximidad de su fin. Tres dias seguidos estuvo entrando y casi pasando las veinticuatro horas á la cabecera de la cama, sin lograr su sagrado objeto, por escusarse la enferma so pretexto de una fuerte calentura que de ninguna manera cedia por más que la abrigaban y le aplicaban todos los remedios que previene la ciencia para estos casos.

En vista de la obstinacion de aquella fiebre, y conociendo ya que aquellas interminables dilaciones obedecian á un plan sin duda preconcebido por la monja, y en el que pensaba persistir contra todos los recursos de la higiene, concibieron una idea, que, aunque demasiado rigurosa, les dió el efecto apetecido, luégo que inmediatamente la pusieron en práctica.

Una de las veces que vieron á Magdalena rendida al sueño, le ataron las manos fuertemente por los pulgares, y luégo se las sujetaron al cuerpo, con lo cual quedó enteramente inmóvil. Despues mandaron salir á todas las demás monjas, y les prohibieron la entrada en la cárcel, bajo pena de excomunion. Algunas de éstas sintieron aquella medida, bien porque estaban de acuerdo con ella, ó bien porque deseaban ver el fin de aquellas escenas verdaderamente asombrosas.

Luégo que el confesor se quedó sólo, cogió

el hisopo y empezó á conjurar los diablos que debia tener dentro del cuerpo, por medio del más riguroso exorcismo.

Apénas empezó las primeras oraciones, cuando oyóse una voz dentro de ella que decia: «yo soy el diablo, yo soy un serafin de los que fueron desterrados del Paraiso por Dios; tengo bajo mi poder muchas legiones de demonios, y con otro de los mios acompaño constantemente á esta pecadora hace años, á la cual no dejaré que se me escape, porque tengo que llevármela, en razon á que su alma me pertenece.»

El confesor llamó entónces á todas las monjas, y despues de colocarlas alrededor del lecho, preguntó á Magdalena: ¿Qué castigo mereceis, Madre, por vuestros pecados y tantos males como hay en vos?

Magdalena perdió entónces su serenidad, se confundió ostensiblemente, fingió el temblor que ataca á la mujer que es cogida en un delito, y casi sin pensar en ello, dijo en medio de su azoramiento: «Padre, desde edad de trece años, estoy en relaciones con esos dos serafines, uno de los cuales va siempre á mi lado, miéntras el otro, que es el que toma mi figura, va publicando mi santidad. Yo los he tenido por dos verdaderos ángeles, á lo cual obedece que no haya puesto nunca los medios para librarme

de su poder misterioso ni de su influjo fatal.»

Hecha esta declaracion delante de toda la Comunidad, en 23 de Diciembre de 1544, y comprendiendo, tanto el confesor como el Provincial, que era preciso poner un enérgico correctivo á las embaucaciones y mistificaciones de aquella mujer extraordinaria, lo puso en conocimiento de la Inquisicion, que á las pocas horas se presentó solemnemente en la cárcel, precedida del padre provincial, D. Pedro Vergara, que nunca habia creido en tales brujerías.

Cuando la antigua abadesa de Santa Isabel se vió frente á frente con las insignias del Santo Tribunal, quiso arrepentirse del paso que habia dado, pero era ya tarde para todo; el convento y áun mucha gente de afuera estaba al cabo de cuanto habia sucedido, y ya no le quedaba más remedio que ratificarse en todo lo que habia dicho ántes, ó empeorar la causa declarando cosas contrarias que pusiesen de manifiesto sus enredos y hechicerías.

Efectivamente ella insistió en su negativa, pero acosada y convencida por el confesor, al fin se convino en firmar la declaracion hecha el dia anterior, que repitió ante él mismo y varios testigos ocultos al efecto, á fin de que no pudiese retractarse como solia hacer. Este paso, grave en el fondo y en la forma, fué de gran tras-

cendencia para su porvenir y casi puede decir se fué la causa de su perdicion.

Al dia siguiente, que era el 24 de Diciembre, vlspera de Navidad, volvió á presentarse la Inquisicion, y convicta y confesa hizo ante el Santo Tribunal una ámplia declaracion que asombra por lo descabellada y estupenda: hé aquí lo que dijo con la mayor serenidad, segun copiamos de un manuscrito de aquella época:

«Declaro y confieso, que desde edad de cinco años conozco á este ángel ó diablo; á los doce hice pacto y connivencia con él, mediante lo cual me prometió favorecerme y sustentarme en grandes honras, para lo que me trajo y puso en contacto con otro diablillo negro, de gran travesura, induciéndome á que tuviese deleites sensuales con él. Yo, asustada de su fealdad y de sus estravíos, huí de él y su familia toda, pero seducida al fin por los ruegos, promesas y halagos de mi ángel, caí en el lazo y accedí á sus groseros deseos.

»Conozco yo, Magdalena de la Cruz, y confieso, que he engañado á Dios y al mundo, pues todas las veces que me arrobaba ó caia en éxtasis profundo, era un fingimiento criminal: y el grito que daba cuando comulgaba, lo hacía para llamar la atencion de las gentes. Igualmente mentia cuando hacía alarde de un constante y

perpétuo ayuno, que á todos admiraba y me compadecian, en razon á que en los rincones y escondites de mi celda, guardaba ricos y abundantes manjares, de los que comia opíparamente así que me quedaba sola. El mayor delito que podia cometer una persona, era no creer en mi santidad ó mostrarse rebelde á mis milagros, y cuya duda era su sentencia de muerte, que yo le preparaba de un modo oculto é incomprensible. Sé que voy á morir muy pronto, pero protesto de corazon, que si Dios me da salud y vida, me confesaré todos los dias con conviccion y arrepentimiento, firmando bajo juramento esta mi declaraciou y protesta» (1).

Una vez concluida la confesion y hechas las anteriores declaraciones, mandaron entrar á la abadesa con toda la comunidad de monjas, á fin de que Magdalena les pidiese perdon por las ofensas que las hubiese hecho é injurias que hubiese podido inferirles, mayormente cuando iba á recibir el Santo Sacramento de la Eucaristía, despues de limpia su alma de las huellas del pecado, y no queria llevar ni el más pequeño remordimiento.

(1) Todo esto está tomado de los *Casos raros de Córdoba*, obra manuscrita de la Academia de la Historia.

Apénas vió entrar en la habitacion á sus antiguas compañeras, sus ojos se arrasaron de lágrimas, y arrodillándose en el lecho hasta donde las fuerzas de sus dolores la permitian, pidió humildemente perdon á todas, diciéndolas con acento de pesar: «Ojála nunca os aparteis del camino de la virtud, y si alguna vez, por desgracia vuestra, encontrais una senda extraviada en vuestra vida, Dios os conceda un dia para el arrepentimiento. Si Judas en vez de buscar su castigo en una horca, se hubiese arrepentido é impetrado de Jesucristo el perdon de su horrendo pecado, Judas se habria salvado, como se salvan todas las almas que tienen fe y confianza en Dios. Por eso yo, entre la desesperacion y el arrepentimiento, no he dudado de la eleccion.»

El confesor le dió entonces la confesion para que la firmase, pero al tomar la pluma, un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo, seguido de grandes y nerviosos sacudimientos que la hicieron detenerse, caer desplomada en el lecho, y exclamar horrorizada:

—No puedo, padre; no puedo.

—Firmad pronto y bien; ¿qué, aún teneis el demonio en el cuerpo?

A la tercera vez que repitió el confesor estas palabras, resonó un ahullido dentro de la cama.

Todos se miraron asombrados, y muchas monjas se estremecieron.

El confesor hizo la cruz, y reino un silencio profundo.

III.

La fama de los milagros ó hechizos de Magdalena de la Cruz se habia extendido por todas partes de tal manera, que de todos los puntos de España acudian gentes á Córdoba á conocer á aquella portentosa mujer, atraidas por la curiosidad de presenciar sus milagros, ó conocer respecto de ella cuanto su fama habia divulgado y era el tema de todas las controversias. Aumentados, desconocidos y exagerados, corrian aquellos hechos, llegando á algunos puntos como la bola de nieve despues de descender de altas montañas.

Todos divagaban, se confundian, disputaban; y apénas habia dos personas enteramente conformes en la manera de apreciar los hechos. Cada cual discurria sobre ellos segun su flaqueza ó su temperamento más ó ménos nervioso, ó lo miraba por distinto prisma; de manera, que lo que unos calificaban de milagroso, otros lo atribuian á hechicerías.

Esto aumentaba la confusion, agriaba los

ánimos en diversos sentidos, acaloraba las discusiones y daba al asunto unas proporciones gigantescas, que con razon llamaba la atencion de los contemporáneos, que acudian en tropel á convencerse por sus mismos ojos de cuanto veian, pasaba y se referia de corrillo en corrillo, y de pueblo en pueblo, todo abultado extraordinariamente con las medidas de rigor que se tomaban con la monja que muchos las tenian por profanaciones, y algunos querian contarla ya entre los mártires de la religion; sin embargo, nadie se atrevia á levantar la voz por miedo á la Inquisicion.

En tanto, Magdalena de la Cruz seguia en la cárcel aliviándose de sus llagas, que por lo visto no eran tan peligrosas como se creyeron al principio, ni presentaban síntomas rebeldes á su curacion.

Le restaba, á pesar de todo, que hacer el último esfuerzo para probar que tenía el demonio en el cuerpo, así como hubiera probado hoy que era una sonámbula de primer órden.

Cuando el confesor oyó el ahullido, que hemos visto anteriormente, dentro de la cama de la monja, que parecia salir de su cuerpo enteramente, se echó la estola al cuello, volvió á coger el hisopo, y esclamó entre la ira y la

mansedumbre, en tanto que volvia á empezar la conjuracion.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy Serafincito, y pertenezco á la órden de los Serafines.

—Pronuncia el nombre de Jesus y María, añadió el sacerdote regando la cama con sus asperjios.

Serafin tartamudeó.

Entonces el Padre presentó un Santo Cristo y dijo:

—Esta es la imágen del Redentor del mundo; este es el cuerpo del que te arrojó ignominiosamente del Paraiso; bendícelo y huye de aquí.

Serafin enmudeció.

En este momento, y cuando creyeron que el diablo habia desaparecido, el Provincial, el confesor y los frailes que habian acudido con la Inquisicion á la solemnidad del acto, entonaron la antífona que empieza: *Cuare Pacificus*, y mientras todos presenciaban horrorizados aquella imponente ceremonia, Magdalena, fria y tranquilamente, se quitaba la toca, el velo y el hábito, pues la habian vestido para el acto del exorcismo, y tendida en la cama como estaba, se encomendaba á Dios fervorosamente.

Los frailes recogieron estas prendas inme-

diatamente, y despues de hacerlas pedazos mandaron á los alguaciles de la Inquisicion que las quemasen. Magdalena, vestida á la sazon con un saco negro, se incorporó trabajosamente en el lecho, y dirigiéndose á sus antiguas compañeras, las dijo con el mayor sentimiento:

—¿Quereis abrazarme, hermanas, por última vez?

A pesar de haber sido abadesa seis años, y de haber vivido más de treinta entre ellas colmada de atenciones, las monjas retrocedieron espantadas. Por fin, viendo que el castigo se le venia encima, arrepintióse sinceramente de todas sus culpas y pecados, y haciendo una nueva confesion general á la Inquisicion, en la que, segun cuenta una monja de las que lo presenciaron, «confesó cosas que espantaron á todo el mundo,» se entregó á la conmiseracion de aquélla, para que vengasen á Dios y á la religion de sus ultrajes; la Inquisicion, despues de un maduro exámen, la condenó como hereje.

Despues de la confesion, recibió los Santos Sacramentos tranquilamente, y sin dar el grito que acostumbraba otras veces; sólo dirigiéndose á una monja que estaba á su lado, exclamó: «¡Bendito sea Dios, que ya he comulgado como una de vosotras!.. ¡Oh, si me salvase!..»

—Si limpiais vuestra conciencia, Dios es misericordioso, contestó la compañera.

Pidió de nuevo perdon á las monjas, á las cuales reveló que ella descendia de unos padres pobres y oscuros, secreto que hasta entónces no habia descubierto á nadie, tal vez para que no averiguasen su vida.

Por último, pidió de comer en razon á encontrarse casi buena de todos sus padecimientos, y con grandes deseos de vivir para consagrarse á la penitencia todo el resto de su vida.

Al dia siguiente, por en medio de la muchedumbre apiñada en las calles, salió escoltada por los inquisidores y alguaciles, para recibir del Santo Tribunal el justo castigo que merecian sus muchos errores y sus enormes delitos. Ya hemos dicho que la Inquisicion la condenó por hereje, pero esta vez el Santo Tribunal estuvo ménos severo é inexorable que otras veces, sin duda por las grandes y poderosas influencias que mediaron en favor de la desdichada monja, que aún conservaba su ascendiente sobre el pueblo.

Declaró el Santo Oficio «que aceptaba el arrepentimiento de sus pecados y su penitencia, considerando que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»

Fundado en estas caritativas y cristianas ra-

zones, el Santo Oficio usó con ella un acto laudable de piedad, ajeno casi siempre á su conducta é institucion. Le impuso por castigo, sin embargo, el cual fué cumplido inmediatamente, el que saliese en un Auto de Fé que tuvo lugar por los años de 1555, con un hábito penitente, descalza, llevando una soga gruesa al cuello y una vela amarilla en la mano.

«La gente que concurrió á este acto, dice uno de los manuscritos de donde hemos tomado esta historia, no se puede decir con palabras: al fin leyóse su confesion, y todos sus pecados que fueron enormes y feos, y puso admiracion á los presentes, viendo que una mujer de corto entendimiento, supiese fingir tantos embustes y marañas, trayendo con ellos engañada á toda España.»

Despues de este vergonzoso castigo, que ella sufrió con la mayor paciencia y resignacion, fué desterrada al convento de la Trinidad de la ciudad de Andújar, donde pasó el resto de su vida llorando y entregada enteramente á la penitencia, á la oracion y al cilicio.

Mas no se crea que en este convento permaneció tranquila y entregada sólo á la contemplacion, ni que gozó jamás de las prerogativas ni consideraciones de las demás monjas. Por la misma sentencia del Tribunal, fué condenada á

servir siempre en la cocina del Monasterio, sin velo ni voto, y sin comulgar más que una vez al año por Páscua de Resurreccion, y en medio de esto, amenazada de muerte en caso de reincidencia.

Por último, la Inquisicion le impuso otro castigo duro y severo, que sufrió constantemente hasta su muerte, y que fué acaso el más penoso de aquella sentencia. Fué tambien condenada á tenderse delante de la puerta del refectorio, siempre que la campana llamase á las monjas, las cuales, al entrar en él, pasarian sobre ella en ademan de pisarla.

Magdalena, en medio de tantos sinsabores, vivió arrepentida de todo corazon, hasta el punto de que volvió á recobrar su antigua forma de buena religiosa. Segun dicen sus cronistas, debió morir hácia el año de 1564, consagrada cristianamente á Dios, embebecida en las santas católicas doctrinas, y llorando siempre con lágrimas de sangre, sus pasados culpables estravíos, que dieron por resultado el castigo que estaba mereciendo.

«Por eso, dice un escritor, la misericordia de Dios debió recogerla en su seno.»

DOÑA ANA DE CÓRDOBA

(Leyenda tradicional)

PARTE PRIMERA

FIESTAS ANTIGUAS EN CABRA

I.

El dia 3 de Diciembre de 1578 falleció en Odon D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, nieto del Gran Capitan y heredero de sus títulos, despues de una vida llena de glorias y fatigas en que gastó gran parte de su fortuna, hasta el punto de que tuvo que vender el ducado de Sessa, que luégo volvió á adquirir su sobrino D. Antonio. Dejó por heredera usufructuaria á su mujer doña María Sarmiento, y en propiedad, á su hermana mayor doña Francisca de Córdoba, marquesa de Gibraleon, condesa de Belalcázar, puesto que murió sin hijos.

Los Estados de Baena y Cabra, que constituian en primer lugar la grandeza del duque,

recibieron con el mayor sentimiento la noticia de su muerte, que fué recompensada poco despues con otra que les colmó de júbilo y alegría.

Doña Francisca de Córdoba, que habia enviudado pocos años ántes del fallecimiento de su hermano, se fué á pasar una temporada á Cabra «lugar y castillo tan ameno y regalado cuanto el que más en Andalucía,» segun dice el abad de Rute (1).

Prendada de la belleza de la poblacion y de sus naturales encantos, no olvidó nunca doña Francisca aquel grato recuerdo, que dejó en su alma una impresion indeleble que duró toda su vida. A fin de no vivir sola en su retiro de Belalcázar, se trajo una sobrina suya llamada Ana de Toledo, hija de D. Fernando Folch de Córdoba, gran almirante de Nápoles, marqués de Palamós y conde del Olivito, y de su hermana doña Beatriz de Córdoba, los cuales se encontraban en Cataluña, que aquél estaba gobernando.

Desde Belpuche, donde habia nacido y se criaba, fué llevada la niña Ana, qúe á la sazon contaba ocho años, con su tia Francisca á Belalcázar, donde supo granjearse el cariño de aquélla, que, como no tenía hijos, la adoptó co-

(1) *Historia de la casa de Córdoba.* M. S.

mo tal. Las virtudes y severidad de costumbres de doña Francisca contribuyeron á darla una educacion tan cristiana como santa y esmerada.

Apénas pasaron los primeros meses de la muerte del duque, resolvió doña Francisca trasladarse á Cabra para tomar posesion de los Estados y darse á conocer á sus vasallos como dueña y señora de los mismos, y presentar á la niña, que ya contaba quince años, como futura heredera de aquellos bienes, porque habia hecho juicio de nombrarla su sucesora, excepto el ducado de Sessa, que habia revindicado su sobrino D. Antonio, por lo que D. Gonzalo le cedió aquel título á su muerte.

En 1579 resolvieron pasar á Cabra, avisando de antemano al pueblo para que las recibieran con los honores de costumbre, aumentados ahora con la fama de virtud y santidad que precedia á la ilustre dama en quien habia recaido aquella cuantiosa fortuna, si bien algo mermada por los despilfarros de su hermano D. Gonzalo, acaso no menores que los suyos en lo pasado y en lo sucesivo; así es, que diciéndole una vez Felipe II al duque, que no habia conocido un hombre más disipador que él, el duque le contestó, que él habia conocido á su hermana doña Francisca.

II.

Corria la primavera de 1579.

Un sol resplandeciente, como el que siempre alumbra en Andalucía, esparcia sobre la encantadora vega de Cabra sus rubios y ardientes rayos.

Doña Francisca de Córdoba, y su sobrina doña Ana, despues de descansar en Córdoba unos dias, cruzaron el célebre puente que corta el Guadalquivir, frente la histórica Catedral, y se dirigieron á la villa de sus dominios, contentas y alegres, como presintiendo la recepcion que las esperaba.

Al llegar á Cabra, dice un historiador, «que fué mucha la alegria que recibió al ver en su lugar tal riqueza y tal recreo, pues no le faltaba de todas las cosechas en gran abundancia» (1).

En efecto, Cabra, entónces como ahora, era un paraiso de delicias; así, no extrañamos que el mismo historiador diga que la duquesa quedó sorprendida cuando «empezó á extender la vista y á ver la felicidad del lugar y grandezas, la comunicacion y grado de sus vasallos, la hol-

(1) Juan Gutierrez de Espejo; *Vida de doña Ana de Córdoba*: M. S.

gura de sus márgenes y huertas; las corrientes de sus cristalinas fuentes, tanta amenidad y deleite, tanta hermosura y fragancia en tan diversas plantas y coposos árboles y matizadas frutas, fecundas yerbas, floridas vegas, y su rio con el cristal de sus corrientes, despeñándose entre sombrosas alamedas» (1).

No le admiró, sin embargo, tanto esto, como el recibimiento que mereció á aquellos leales habitantes, que todo les pareció poco para obsequiar á tan ilustre señora. Desde que se divisó la comitiva, á media legua de Cabra, echaron las campanas á vuelo, y los cohetes y voladores atronaron los aires, saliendo á caballo toda la nobleza de la villa, que luégo entró mezclada con el séquito de la duquesa. La gente del pueblo salió tambien hasta una legua de la poblacion, prorumpiendo en vivas que no cesaron en los tres dias que duraron los festejos.

Fuera prolijo enumerar en todos sus detalles las fiestas que tuvieron lugar en aquellos dias, y que la duquesa, acompañada de su sobrina, presenció desde los miradores de su palacio.

Era justamente la primavera de 1579, como hemos dicho, por lo que las flores reinaban por

(1) Juan Gutierrez de Espejo. *Vida de doña Ana de Córdoba*. M. S.

todas partes, y era de ver los primores que el pueblo habia amontonado en todo el tránsito que tenian que recorrer. Las calles estaban completamente tapizadas de ellas, los arcos triunfales ostentaban las coronas y atributos de la casa, y de todos los balcones llovian flores y palomas sobre las viajeras, que eran á la vez saludadas por las damas, que hacian flotar en el aire sus pañuelos blancos en señal de contento y alegría.

Durante tres dias se verificaron grandes corridas de toros, torneos, bailes, máscaras, fuegos artificiales y magníficas funciones de Iglesia, en que apareció la iglesia mayor decorada suntuosamente é iluminada hasta las últimas cornisas. La duquesa estaba admirada de tantos obsequios y regocijos, no sabiendo con qué pagar aquellas muestras de simpatía y entusiasmo con que sus vasallos celebraban su presencia y rendian culto á sus acrisoladas virtudes.

Pasados aquellos dias de fervor y de júbilo, decidióse á satisfacer aquella deuda de gratitud con la magnificencia que ella hacía sus cosas y le trajo gran menoscabo en sus intereses, justificando así la opinion de su hermano D. Gonzalo.

Bondadosa por carácter y caritativa por tem-

peramento, empezó á usar de su liberalidad, premiando á unos y honrando á otros, socorriendo á los necesitados y dando cuantiosas limosnas á las casas de Beneficencia y á los conventos, especialmente al de San Martin, por el que tenía singular predileccion. No hubo un pobre en la villa que no sintiese el bien de su munificencia, ni una familia necesitada que no se viese socorrida con la prodigalidad que ella usaba con todo el que sufria escaseces en su presencia.

Cumplióse el año de la muerte del duque, á quien doña Francisca debia aquella envidiable posicion, y cuyo recuerdo era sagrado para ella, y ya pensó en dar estado á su sobrina, que era pretendida por más de un grande de la época, gracias á su incomparable belleza, sus excelentes cualidades y la risueña perspectiva de la futura herencia.

III.

Era el dia de Navidad de 1579.

La jóven Ana se levantó temprano, y pasó á las habitaciones de su tia, para darle las Páscuas.

Esta estaba levantada y escribiendo.

Cuando entró doña Ana y la saludó, la dijo aquélla:

—Tambien tengo yo que darte las Páscuas, y espero hacerte un regalo que aceptarás.

Las dos se sonrieron.

—¿Y cuál es ese regalo?

—Te voy á regalar un marido.

—Cuando vos, tia, lo habeis elegido, yo no puedo oponerme, porque sé quereis lo mejor para mí.

—Eso no debes dudarlo.

—¿Y quién es, tia?

—Mira esta carta; ya le recordarás tu: estuvo en Belalcázar hace seis ó siete años á hacerme una visita, y dice que esperaba que la niña fuera mujer, para tratar esa union.

—¿Conque desde niña me queria?

—Lee su carta, es expresiva; pero queria contar con mi voluntad al mismo tiempo que la tuya.

Doña Ana leyó con avidez, viéndose la alegría reflejarse en su semblante; luego añadió:

—Sí, aquí al final dice: «Comprendí que era una hermosa flor naciente, que era un ángel, y que á su lado estaria como en el cielo; y aquella impresion, que no se ha podido borrar en siete años, me ha ido pintando á esa mujer ó angel cada dia más celestial, más divino, hasta

que ya mi corazon ha comprendido que puedo gozar á su lado un paraiso.—*Juan de Gusman.*»

—¿Y quién es éste? No recuerdo ....

—Es el conde de Teba y marqués de Hardales.

—¿Aquel que me compraba dulces todas las tardes cuando íbamos á la fuente de la salida del pueblo?

—¿Ves cómo te acuerdas?

—Por eso de Teba; pero el nombre no recordaba.

—¿Y qué le contesto? ¿Tú quieres?....

—Yo tia, lo que vos querais.

Y doña Ana se puso encendida como la grana.

—Tú dirás qué le contesto, porque le estoy escribiendo.

—Decidle, que si consiste su paraiso en mi cariño, que desde luego será ese paraiso para los dos.

Doña Ana volvió á ruborizarse al decir eso con la sencillez de su alma.

—Si tú eres contenta, yo lo soy más.

—Casi lo queria yo; le tenía simpatía desde que me compraba los dulces.

—Entónces tenía veinte años; hoy tiene veintisiete, y su figura es arrogante: tu tienes diez y seis, de modo que es una boda igual.

—Vos disponeis de mí, y casi dispongo yo, al recordar lo que ese jóven me queria cuando niña.

—Pues ese amor ha crecido con el tiempo, y se ha hecho gigante.

—Yo lo querré tanto como él á mí.

—Firma esta carta.

La jóven firmó sin vacilar la carta que su tia la presentaba.

—Este es el compromiso formal; luego vendrán los contratos matrimoniales.

—Sólo deseo tu felicidad, y creo la conseguiré.

Doña Ana besó con efusion á su tia.

IV.

Eran los últimos dias del mes de Enero de 1580.

En el palacio de Cabra se veia más animacion que nunca, y en la torre que daba sobre el puente del Junquillo se veía á doña Francisca y á su sobrina, mirando hácia el camino de Córdoba como si esperasen á alguien.

En efecto, á eso de las tres de la tarde se divisó un grupo de caballos que pronto cruzaba por el referido puente.

Era D. Juan de Guzman, conde de Teba y marqués de Hardarles, con su lujoso acompa-

ñamiento, el cual abandonó el caballo al llegar á la puerta del palacio.

Doña Francisca lo recibió con el mayor contento, y al decirle: ésta es vuestra futura, don Juan se quedó asombrado, diciendo:

—Ya me figuraba yo que sería un ángel; pero hásta ahora no habia podido comprender lo que era la hermosura de un ángel.

La jóven bajó los ojos y se sonrió.

Pero desde luego se adivinaba que la bizarría y apostura del mancebo le habian prendado.

Una mirada furtiva y un suspiro, fué la señal inequívoca de que su tia habia acertado en la eleccion.

—Ahora lo que falta saber, dijo él, es si os habeis arrepentido al verme, ó si vuestra palabra está en pié. Yo hace siete años que pienso sólo en vos, y que mis sueños han sido poseer ese corazon que ha sido toda mi esperanza. Yo he nacido para quereros, y no he podido vencer esta idea. ¿Y vos?

—Mi tia os ha dicho ya.....

—Pero necesito que vos lo digais.

—Os lo escribí.

—¿Pero no habeis variado al verme?

—Vos necesitábais un ángel para vuestro paraiso: si mi cariño es ese paraiso, ya lo teneis, pero os falta el ángel.

—Si tengo vuestro cariño, tengo mi ángel y mi paraiso.

—Y yo tendré todo lo que deseo, que es mi felicidad.

Doña Francisca se echó á llorar, lo cual enterneció á su sobrina, que se arrojó en sus brazos tambien llorando.

Don Juan decia entre tanto:

—No me engañaba, es el ángel de la pureza y el candor: he encontrado el hermoso eden que soñaba.

V.

Apénas pasaron quince dias, cuando el palacio de Cabra apareció lujosamente adornado, notándose en todo su interior un movimiento inusitado.

Las gentes se agolpaban á sus puertas, donde se repartian cuantiosas limosnas.

De todas partes acudian elegantes damas y apuestos caballeros.

Reinaba la alegría por todas partes, y el contento se veia pintado en todos los semblantes.

¿Qué pasaba en aquel palacio, tan silencioso hacía poco?

Era el dia 15 de Febrero, señalado para las bodas de doña Ana de Toledo y D. Juan de

Guzman, las cuales se celebraron con gran regocijo, repitiéndose los festejos acaso con más lucimiento que año y medio ántes, porque el pueblo, agradecido á los contínuos favores de la duquesa, no omitió medio para que las fiestas fuesen todo lo esplendorosas y brillantes que lo habian sido anteriormente.

A fin de que los recien casados gozasen aquellos dias con toda la libertad y el encanto que el caso requeria, la duquesa se retiró á Baena, que dista tres leguas de Cabra y era cabeza de sus Estados; villa, segun dice su historiador «no ménos noble ni ménos rica ni suntuosa que la villa de Cabra, y en la cual tiene y han tenido los duques de Sessa siempre un palacio, «al cual trataron de irse más tarde ellos cuando doña Ana, pasado algun tiempo, advirtió los primeros síntomas que le anunciaban iban á ser madre» (1).

La duquesa, en tanto, visitó los Estados de Baena, donde fué recibida con el mismo júbilo y entusiasmo que en Cabra, y donde repitió las mismas limosnas, esmerándose con el convento de Madre de Dios, que era, segun un cronista, de la Orden «célebre en Andalucía por la santidad, nobleza y observancia de las monjas que

(1) Vega Murillo; *Historia de Cabra*; M. S.

lo han poblado desde su fundacion primera» (1).

Pocos meses despues llegaron los marqueses, con objeto que doña Ana diese á luz al lado de su tia, á quien habia agradado sobremanera aquella villa, donde, desde el primer dia, se granjeó las mayores simpatías.

Ella se alegró mucho de tener consigo á su sobrina, á la que tanto queria, y cuya felicidad habia procurado, áun cuando no llegó á serlo completamente, como tendremos lugar de ver más adelante.

PARTE SEGUNDA.

AMOR DIVINO Y AMOR MUNDANO.

I.

Doña Ana de Córdoba, que ese nombre pusieron á la hija de los marqueses de Teba y Hardales, nació, segun unos biógrafos, en Baena, y segun otros en Cabra, en el dia 13 de Marzo de 1581, en que celebra la iglesia á San Rodrigo, uno de los santos naturales de esta ciudad, por lo que el nacimiento de doña Ana en tal

(1) Sigüenza; *Historia de la Órden de Santo Domingo.*

dia, lo atribuye un biógrafo á decreto providencial (1). Ello es, que la niña se educó en Baena al lado de su tia doña Francisca, que la llamaba su nieta, y de su madre, que se miraba en ella, contribuyendo las dos á criarla con todo el esmero que ella merecia por la capacidad é inteligencia que revelaba desde sus más tiernos años. La niña reunia, á una disposicion superior, un corazon henchido de sentimiento y una santidad de creencias que armonizaba con su religioso ardor y su virtud inmaculada.

A los ocho años leia y escribia correctamente en latin, y á los diez se encontraba hecha una doctora en humanidades, y tan versada en las Sagradas Escrituras como un padre de la Iglesia. Las vidas de los santos las sabía de memoria hasta en sus menores incidentes, ostentando una erudicion maravillosa, de tal modo, que no era posible encontrar á sus cortos años, persona más entendida que ella en asuntos de historia y de religion, siendo atinadísimas las observaciones que hacía sobre los pasajes más difíciles de ésta; así es, que conocia y explicaba magistralmente todos sus misterios, y no habia libro sagrado ni de historia que no conociese á fondo, manifestando unos conoci-

(1) Gutierrez de Espejo.

mientos en todo lo que trataba, que pasmaba á sus oyentes.

En medio del asombro que causaba aquella precoz inteligencia, una mañana, cuando apénas contaba doce años, dejó admirados á sus padres y su tia, cuando presentándose á ellos les dijo:

—He resuelto irme al convento de San Martin de Cabra á consagrarme á Dios.

—Hija mia, la dijo su madre, mira que no tenemos más hija que tú.

—Eres jóven, madre, y sabe Dios.

—No, no, hija mia; eres la esperanza de tu tia, que no tiene más heredera que tú.

—Me sobran con los bienes del cielo.

—Es imposible, dijo su tia, mis Estados te esperan. .

—No quiero más Estados que los de la religion.

—¿Pero no me quieres tanto, no me llamas tu abuelita?

—Y os llamaré siempre, y á Dios pediré por vos y por mis padres en mis oraciones.

—Yo te necesito, no puedo pasar sin tí, tu espíritu me alienta, me vivifica...

—Madre, yo no os olvidaré, seré vuestra hija agradecida, mi pensamiento no se apartará de aquí, y cuando llore en la soledad del claustro,

mis lágrimas las partiré entre Dios y mi familia.

—¡Por Dios te lo pido! ¿Sabes que tu padre sale para Oran de gobernador? ¿Sabes que tendré que partir con él? Pues bien, yo no me separo de tí; sería abrir una herida en mi alma para precipitar mi muerte.

—Partid sin mí, yo seré quien pida á Dios desde mi retiro por vuestra felicidad; seré intermediaria para el cielo, que oirá mis ruegos y bendecirá mis lágrimas.

—¡Hija de mi corazon!

—¡Madre mia!

Y las dos se abrazaron y mezclaron sus lágrimas como se mezclan dos gotas de agua.

Una de las doncellas de doña Ana se abrazó tambien á ella, diciéndola:

—Yo viviré y moriré con vos; yo no puedo separarme de vos; dormiré á vuestros piés y los humedeceré con mi llanto.

Doña Francisca no podia hablar, ahogada por los sollozos.

La casa reflejaba la lobreguez y el sombrío aspecto de un duelo.

II.

En vista de aquella vocacion, verdaderamente prodigiosa, y de aquella severidad de doctri-

nas, capaz de purificar el alma ménos susceptible al sentimiento de Dios, su tia y su madre no quisieron contrariar su invariable resolucion de consagrarse á Dios, esperando cambiase ésta cuando tuviese más conocimiento del mundo, y acordaron enviarla á Cabra para que tomase el hábito de novicia en el convento de San Martin, al que profesaba entrañable cariño.

Naturalmente, su tia, que pensaba nombrarla heredera de aquellos pingües Estados, no se decidia á que resueltamente abrazase la suerte del convento, sino á ganar tiempo, á fin de que cuando fuese mayor, concibiese otras inclinaciones. Doce años tenía cuando ingresó en el convento de San Martin, en medio del más estremado contento, mayormente cuando al entrar supo arrastrar un alma de las que más le querian, que no tuvo valor para separarse de ella. Las dos jóvenes se abrazaron llorando, y de este modo traspasaron los umbrales de aquella santa casa, de la que no restan ni ruinas. Doña Ana de Castro, su doncella, fué aquel alma generosa que quiso seguir su suerte y no permitió que la hablasen en contrario. Anegada en llanto, abrazada á su niña, y con un Crucifijo en la otra mano, que regaba con sus lágrimas, se apartó de las glorias mundanas para vivir y morir al lado de doña Ana. Semejante

abnegacion asombró á todos los circunstantes, y doña Francisca se encargó del dote de la doncella, á la que tambien queria entrañablemente.

En este estado las cosas, ocho dias despues de la entrevista con su madre, salia una larga y brillante comitiva por el camino que se dirige á Cabra. En ella iban el marqués de Teba y su mujer, la niña Ana y su doncella, además de un numeroso séquito de caballeros y escuderos que iban por respetos á los marqueses.

Cuando subian á la cúspide de la sierra, que dá vista á Baena, veian ondear un pañuelo blanco desde la torre de las Arqueras.

Era doña Francisca, que despedia á su sobrina con aquella demostracion de cariño.

Tres horas despues daban vista á los muros de Cabra, que la pobre niña vió aparecer entre la mayor alegría.

Apénas llegaron á las puertas del convento, el marqués y la marquesa la abrazaron y la dijeron:

—Estamos á la puerta de San Martin; ¿insistes en tu intento?

—Estoy resuelta á entrar, para no salir.

La marquesa vaciló, pero cedió á una seña del marqués.

—¡Adios, alma mia, y no quiera Dios te arrepientas!

—Siempre me quedan tus brazos, madre.

—Sí, hija mia, y mi corazon.

El padre besó á la hija y separó á la marquesa, cuyos labios parecian incrustados en los de su hija.

Un momento despues, doña Ana y su doncella penetraban en el convento, cuyas puertas se cerraron como la losa del sepulcro.

Los marqueses, pensativos, tristes, y como si llevaran una lápida de plomo en el alma, regresaron á Baena al dia siguiente, sin volver á ver á su hija.

El marqués conocia que aquella separacion mataba á su mujer, y quiso librarla de nuevas y dolorosas impresonies.

III

Pronto doña Ana se granjeó las simpatías de toda la comunidad, que no sólo por su elevada alcurnia, sino por su alta inteligencia, la respetaban y admiraban envidiando aquel celo divino, aquel carácter bondadoso y aquella acrisolada virtud.

Al año de estar allí, la fama de su santidad cundió por todas partes, y era tanto lo que se decia de sus creencias y de su bondad en el claustro, que las gentes de Baena iban en ro-

mería á Cabra, para cerciorarse de la verdad. La niña, conforme crecia en años, iba creciendo en amor á Cristo, deseando por momentos pronunciar el juramento que habia de unirla á él para siempre.

Desde el primer instante trabó íntima amistad con otra jóven monja, natural de Lucena, Francisca Cortés, á la que queria como hermana, porque profesaba un amor infinito á la virtud y una adoracion idólatra á la santidad, como ella.

Como algunas monjas tratasen alguna vez de recordarle sus títulos ó la nombrasen por ellos, ella las contestaba que no la diesen más título que el de *Ana del Espíritu Santo*; Ana, porque significaba gracia, y Espíritu Santo, porque era el nombre de su esposo.

Una mañana, despues de oir misa, se acercó Francisca Cortés á Ana, y la dijo:

—¿Me quieres, Ana?

—Sí; mucho, mucho.

—Y yo te quiero tanto, que no podria vivir sin tí.

—¿Y por qué me dices hoy eso, si lo sabes?

—Porque tengo que darte una noticia.

—¿Es mala? ¿Alguna desgracia?

—Tengo carta de tus padres.

—¿Y qué les pasa?

El blanco semblante de la niña tomó una palidez mate extraordinaria.

—No les pasa nada, sino que ayer han salido de Baena.

—¡Ingratos! sin venir á verme.

—No ha querido tu padre, para evitar sufrimientos á la marquesa.

—¡Pobre madre mia!

—¿Quieres leer la carta?

—Sí; la leeré y la besaré.

—Es una despedida tierna, llena de melancolía.

Y las lágrimas de Francisca asomaron á sus ojos, porque aunque era una niña de diez y seis años, poseia un sentimiento verdaderamente cristiano.

—Ana tomó la carta temblando; cuando la iba á abrir, dijo á la otra como asaltada por una ida.

—¿Vienes al coro?

—¿Qué vamos á hacer ahora allí?

—A rogar á Dios para que los lleve con bien.

Y aquellas dos almas inocentes se fueron al coro, como se van los ángeles al cielo.

IV

El rey Felipe II habia nombrado al marqués gobernador de Oran, para donde en efecto sa-

lió acompañado de su mujer, que no permitió separarse de él, por lo mucho que le queria.

Antes de partir le escribió una carta á su hija, enteramente de despedida, y demostrándola ambos esposos, la pena que les afligia el separarse de ella, único consuelo que les quedaba en la tierra.

Ana les habia escrito hablándoles de su profesion cuando cumpliese el año de clausura, y ellos nada la contestaban á esto.

Aunque el marqués tenía un año de licencia para hacer sus preparativos y arreglar sus negocios, no quiso usar de ella, y salió precipitadamente para Orán.

Algunos creyeron que aquella repentina resolucion del marqués tenía por objeto prorogar aquella ceremonia, y ver si de este modo podia disuadirla de tales inclinaciones, que ellos habian alimentado en vez de desvanecerlas, porque la habian consentido en ello, y no podian ya volverse atrás sin causarla un sério disgusto.

Pasaron diez meses, y la niña, viendo que se acercaba el plazo deseado, volvió á escribir á sus padres á Orán, para que hiciesen los preparativos con objeto de que todo estuviese corriente cuando se cumpliese el año,

Sus padres volvieron á escribirle y á desentenderse de su peticion.

Esto la hubiera desesperado, á no estar tan arraigada la resignacion en su alma.

Pedia á Dios en sus ruegos que la librase de un mal pensamiento, y se mostraba conforme, pero tornando á escribir á sus padres.

Estos volvieron á guardar silencio sobre el particular.

La niña lloraba en su celda, y comunicaba sus tristes impresiones á la Cortés y á su doncella.

Estas la consolaban y la hacian creer que Dios atenderia sus plegarias.

—¿No ves qué abandono? La decia á Francisca.

—Será que tus padres van á venir.

—Entonces lo dirian.

—Confia en Dios, que es grande y misericordioso.

—Confio en él, y le pido de todas veras me saque de esta situacion aflictiva.

Mira, anoche, despues de rezarle, le escribí estos versos, pidiéndole me amparase en mi desconsuelo.

Hay que advertir que la jóven era poetisa religiosa, como lo prueban estos versos, que con otros varios que veremos más adelante, demuestran lo vasto de su talento y lo brillante de su imaginacion.

Las tres jóvenes siguieron en estos comentarios, encaminados siempre á consolarse mútuamente y disuadir á doña Ana del olvido de sus padres.

En estas dudas y estas cavilaciones pasáronse otros dos meses; cumpliéndose el año de haber entrado doña Ana en el convento: entónces llamó á sus compañeras y las dijo:

—¿Qué hago abandonada así? ¡Aconsejadme!

—Que esperes, la dijeron, ¡Dios te ayudará.

—Teneis razon; el Salmo dice: «Por la misericordia de los pobres y los gemidos de los necesitados, me levantaré.» Dios se levantará por mí, puesto que lo necesito.

—Mira, la dijo Francisca, todas venimos á sufrir al mundo.

—Por eso Senéca dice: «Que la vida es un largo tormento de muerte.»

—Pero allí está la recompensa, dijo Francisca señalando al cielo.

—Sí, pero dice San Agustin: «La pobreza es el camino del cielo,» y yo, dicen, soy rica.

—Ya sabes tú que San Bernardo bajó á buscar la pobreza á la tierra desde el cielo; tú bajarás tambien desde allí á buscarla.

—¿Y bajarás tú conmigo?

—Yo iré contigo á todas partes: viviré á tu lado, y moriré cuando tú mueras.

—¡Bendita seas! Eres una santa.

En aquel momento llamaron á la puerta de la celda, y una lega le anunció que su tia doña Francisca de Córdoba la esperaba en el locutorio.

La sorpresa fué general.

V.

Doña Ana pasaba ya de los trece años, y empezaba á desarrollarse de una manera prodigiosa; esto tal vez, que habia llegado á noticias de sus padres, era la causa de su silencio, porque no veian en el convento porvenir para su hija.

Esta se resentia de aquel desvío, y no sabía qué pensar de la conducta de sus padres, que la habian contrariado sobremanera.

¿Qué sucedia á aquellos en Orán? ¿Por qué tanto desden hácia sus peticiones?

Mas no fué ésta la sola contrariedad que le surgió por entónces la que más amargó sus dias, sino que poco despues tuvo que sufrir otra, que la llenó de dolcr y la sumió en la más profunda melancolía.

Cuando la dijeron que su tia la esperaba en el locutorio, corrió á él creyendo encontrar el enigma que no sabia descifrar.

El enigma se complicó, y ella se quedó absorta.

Despues de abrazar y besar á su tia, le preguntó:

—¿Qué quereis, tia?

—Vengo por tí.

—Imposible: esta es mi tumba, y de ella no salgo sin que Dios me lo mande, que es el único que abre los sepulcros.

—Lo mandan tus padres: ¿te niegas á la obediencia? ¿Lo manda eso Dios en las reglas de este convento?

La niña vaciló, y con los ojos arrasados en lágrimas, la preguntó:

—¿Y á dónde vamos?

—Al convento de Madre de Dios, de Baena.

Esto la reanimó un poco, pero dudando en su interior, añadió:

—Iré, si se va conmigo Francisca Cortés.

—Se pedirá licencia al Prelado, porque es profesa.

—Pedidla, y saldré del convento llevándome á ella y á mi doncella Ana de Castro.

—Esa se irá desde luégo.

—Avisadme, tia, cuándo podemos salir las tres, porque sin Francisca no me voy.

—Ni yo me quedo sin tí, dijo ésta que la escuchaba.

—Sí, tia; me ha dicho: viviré á tu lado y moriré cuando tú mueras.

—Ahora mismo saldrá un propio para Córdoba por la licencia, que el Obispo D. Pedro de Portocarrero es muy amigo mio.

—Cuando venga saldremos las tres, si es para el convento de Baena y si profeso en él.

—Eso corre de cuenta de tus padres.

—¿Cuánto tardará el propio?

—Cuatro dias.

—Disponed de mí para entónces.

VI.

Doña Francisca, á fin de tenerla más cerca, una vez que se habia quedado sola, ó más bien por consejos de sus padres, con objeto de irla poco á poco desilusionando, la sacó del convento de San Martin de Cabra, que ella regó con lágrimas ántes de salir, y la llevó al de Madre de Dios, de Baena, que habia sido fundado por su familia cien años ántes, cuando el tercer conde de Cabra resolvió establecerlo para que sirviera de asilo á sus cinco hijas y de enterramiento tambien á su familia.

En medio de su pena y desventura, tuvo un consuelo doña Ana, y es, que le acompañasen á Baena su doncella y su monja querida, Francis-

ca Cortés, que entraron en aquel convento para servirle de apoyo y de sosten en medio de sus amarguras.

Ellas la besaban y consolaban como dos tiernas hermanas consagradas á quererse con lo más íntimo del corazon.

Ella tambien buscaba desahogo en sus cuitas por medio de sus oraciones y escribiendo versos religiosos, como hemos dicho, porque hay que advertir, que así como su inteligencia precoz le permitia profundizase los arcanos de la religion, su fecunda imaginacion tendia el vuelo por los campos de la poesía, pero siempre consagrando á Dios sus inspiraciones y cantando su magnificencia y sus bondades.

Pero no eran estas solas las angustias que la esperaban; otra más grande y más dolorosa le restaba que sufrir, que no sabemos hasta qué punto pudo resistir, pero que desde luégo provocó la ultima crísis de su vida, tan funesta como perentoria, tan triste como inmerecida.

La jóven se habia desarrollado de una manera admirable; acababa de cumplir quince años y su belleza rayaba en lo ideal: era alta, esbelta cono la palmera, blanca como el copo de la nieve, las mejillas sonrosadas como el capullo á medio abrir, sus ojos azules como el cielo, su boca como las amapolas y sus dientes como el

armiño, sus trenzas como el sol caian sobre su espalda como una lluvia de oro, su gracia encantaba y su talento seducia.

Todo el que veia aquella prodigiosa hermosura, cercada de un porvenir risueño, envidiaba la suerte del convento, poseedor de aquel inapreciable tesoro.

Algunos hubo que dijeron, que era una esposa digna de Dios, que habia sabido escoger Madre y esposa.

Ello es, que doña Ana se consumia, que todos los dias escribia á sus padres, les demostraba sus deseos irrevocables, y les hacía presente, que su resolucion no podian ya contrastarla consejos ni advertencias, y que si no le contestaban, como era su deber, adoptaria las medidas que tenía ya consultadas con su confesor fray Juan Bautista.

La contestacion de sus padres fué más pronta que ella se habia creido.

Tal vez no la creyó tan amarga para ella, pero la verdad es, que al dia siguiente supo todo lo triste, lo angustioso, lo terrible de su situacion.

Un rayo no la hubiese herido de muerte tanto como la noticia.

VII

La marquesa habia llegado á Baena, procedente de Orán, con órdenes expresas del marqués.

Aquella misma noche fué al convento.

La escena entre la madre y la hija fué conmovedora: renunciamos á describirla.

La madre, mientras la besaba, no pudo ménos de exclamar:

—¡Nunca la imaginé tan hermosa!

—Madre, dijo la hija lo primero, ¿vienes á mi profesion?

—¡Pobre niña, se dijo la madre, cuántas ilusiones vas á perder!

—¿Lo traes todo arreglado?

—Sí, ya viene arreglado todo.

—¿Y mi padre, viene?

—Vendrá á su tiempo.

—Entonces, ¿vienes sola?

—Viene conmigo una persona que te quiere mucho.

—¿Que me quiere?

—Sí: es tu futuro esposo.

—¡Madre, madre mia!

—Tu padre me envia á eso, y él vendrá cuando se concierte el dia de tu boda.

—Ya estoy casada.

—¡Ilusiones!

—Jesucristo es mi esposo y no puedo romper el lazo.

—Se romperá, porque serás obediente, puesto que Jesucristo condena la desobediencia.

—Obedeceré como los mártires, resignándome á morir.....

—No, no: tú vivirás para tus padres.

—Mis padres me condenan á muerte.

—¿Vas á matarme tú? Ya está tratado entre las dos familias.

—Será inútil todo.

—El hijo del duque de Arcos, hoy marqués de Zahara, jóven de relevantes prendas y de una figura interesante, es el esposo que te destinamos. Tiene veinticinco años, y es un rayo en la guerra. Sus conquistas le han dado un nombre famoso ya en las historias.

—Madre, es tarde; yo no puedo volverme atrás, ni tengo corazon más que para Dios.

—Tampoco podemos nosotros ceder.

—¿Conque no hay esperanza? ¿Conque es imposible que me consagre á Dios, que siga mis inclinaciones, que vierta en el altar las lágrimas que dedico á Dios y las oraciones de mi alma?

—¡Imposible todo ya! Tu casamiento es necesario, imprescindible.

La niña recibió la noticia como se recibe una losa de plomo en el corazon: cayó desmayada en los brazos de su madre y no pudo hablar: una mirada expresiva que alzó al cielo, dijo más que su boca.

Cuando volvió en sí, su madre se retiró absorta ante aquella inquebrantable resolucion y tembló ante las consecuencias de su determinacion. Doña Ana se fué en brazos de Francisca, que iba aterrada: sus lágrimas corrieron en silencio en el fondo de su celda, y una convulsion nerviosa se apoderó de su cuerpo. Acostumbrada á la obediencia, se resignó, pero hizo el último esfuerzo.

Llamó á su confesor, con el cual tuvo una larga entrevista, y aunque el venerable anciano lloraba al oirla, tuvo valor para aconsejarla, como veremos más adelante.

Cuando se despidió aquél, entró Francisca Cortés y las dos se arrodillaron ante el Crucifijo de la celda, y oraron con la mayor devocion.

VIII.

Al dia siguiente se encontraba doña Ana más repuesta, pero sus grandes ojos azules se habian hundido, y la palidez de su rostro habia borrado sus tintas de rosas.

Despues de salir del coro, estaba leyendo el libro de *Meditaciones de Santa Teresa*, teniendo la cabeza recostada en la falda de Francisca Cortés.

—Oye, le dijo, qué buena era esta mujer: debió ser una santa.

—Ya ves que apenas hace catorce años que murió, y ya hay quien le reza como si estuviera beatificada.

—¡Quién pudiera ser como ella!

—Ya ves que estás lejos de eso, si piensan en casarte.

—¡Oh, no, imposible! ¡Delirio! Seré de Dios, te lo juro.

—¿Y desobedecerás á tus padres?

—¡Entre mis padres y Dios, elijo á Dios!

—Envidio esa resolucion.

—La envidia es pecado: ¿sabes lo que dice San Pedro Celestino? «que la envidia, es el dolor del bien ajeno.»

—Tú te casarás, y yo me moriré.

—Nos moriremos las dos.

—Tú eres muy rica, y eso te llevará al altar.

Doña Ana pensó un momento, y dijo luégo:

—¿Recuerdas lo que dice San Mateo? «Si quieres ser perfecta, ve y vende tu hacienda y repártela á los pobres;» pues bien, yo lo haré

así y ganaré el cielo, mientras pierdo los favores en la tierra.

—¡Qué buena eres, hermana mia!

—El mismo San Isidoro nos dice: «No puede nunca tener paz quien pone su esperanza en el hombre.»

—¿Cómo sabes tanto, hija mia?

—Por eso no quiero nada del mundo; aqui ni hay paz, ni tranquilidad, ni gloria.

—¡Pobre Ana, qué de dolores te esperan!

Y la besó en la frente con el mayor cariño.

—Aquí lo dice Santa Teresa, oye: «¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus afectos del amor del mundo!» Por eso, no quiero más amor que el celestial.

—Ese es el verdadero amor, Ana.

—¿Quién puede separarme de mi esposo? Mira cómo lo expresa Teresa eso: «¿Quién será el que se meta á despartir y matar dos fuegos encendidos? Será trabajo en valde, porque ya se ha tornado en uno.» Si el fuego de su alma se ha confundido con el divino, éste lo absorbe por completo.

—Quisiera tener tu talento y la ilustracion sagrada que posees: ¡cómo sabes tocar los corazones!

—Así y todo, ya ves mi desgracia, y eso que sigo el ejemplo de la Santa, cuando dice: «Yo

no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con ángeles.»

—Dices bien; los ángeles deben vivir con los ángeles: tú eres un ángel, busca á los tuyos.

—Y me separo de tí.

—Eso nunca; somos dos almas gemelas que no pueden vivir la una sin la otra.

—¡Cuánto me alivias tú y este libro: mira qué hermoso es esto, y cómo viene á despejar mi triste situacion! ¡Benditas seas, Teresa! Por tí y contigo, puedo exclamar: «No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quieras» (1).

Las dos niñas se besaron, y mezclaron sus lágrimas.

IX.

Cuando doña Ana llegó al locutorio, se encontró á su madre acompañada de un jóven como de unos veinticinco años, alta estatura, ojos grandes y negros, tez morena, boca pequeña, nariz afilada, y dientes como lluvia de

(1) Todas estas frases están tomadas de las *Meditaciones de Santa Teresa*.

marfil. Sus maneras eran tan elegantes como distinguidas.

—Aquí tienes al marqués de Zahara, la dijo su madre.

Doña Ana hizo un pequeño saludo con la cabeza, bajó los ojos y calló.

—Viene conmigo porque quiere hablarte.

—¡Es un ángel! dijo para sí el marqués.

—Madre, ya os he dicho que es tarde.

—¡Señora, tarde cuando teneis quince años! ¡Tarde, cuando acaso vuestro corazon no ha palpitado; cuando sois una flor que no ha empezado á esparcir su aroma!

—Es tarde, porque para llegar á mí, siempre es tarde.

—Yo no vengo á destruir vuestras creencias, á turbar vuestras inclinaciones, á desarraigar el sentimiento de vuestra alma; vengo á ofreceros un asilo en mi corazon, y un templo en mi casa.

—¿Veis ese Crucifijo que pende de la pared? pues ese me ha dado ya todo eso; me ha dado un asilo, un templo y un corazon; y me dará un paraiso que vos no comprendeis todavía.

—Ese paraiso lo ganareis tambien en mi casa, despues que yo os dé uno en la tierra, y Dios os agradecerá que salgais del mio para entrar en el suyo.

—Para llegar al paraiso, no se puede pasar por la tierra, que todo lo infecta y lo corrompe.

—Vos sois demasiado virtuosa, para corromperos, y si la pureza es vuestro emblema, Dios verá con sumo placer que habeis pasado por la tierra sin contaminaros en ella.

—No os canseis, marqués; la mision que voy á cumplir está léjos de este mundo.

—Es imposible que una mujer tan hermosa como vos se entierre en vida; las flores son para los jardines; las almas, para las almas; yo necesito ese amor puro y santo, y tan puro y santo como venga á mi corazon, irá á Dios cuando os llame á su lado.

—Os agradezco vuestras galanterías, y siento no poder oirlas.

—Hija, dijo su madre, si insistes en esa ceguedad, tu padre y yo recurriremos a otros medios, porque no toleraremos ni la desobediencia ni la falta de respeto. Nuestro cariño quiere lo mejor para tí, por eso hemos tratado este casamiento en que el uno sois digno del otro.

Doña Ana tornó su palidez en rosa, tembló de piés á cabeza, y se echó á llorar.

—Señora, ese llanto es hermoso como vuestra alma; ojála supiera llorar para unir mis lágrimas á las vuestras.

—Si llorais alguna vez, recordad el daño que

me habeis hecho; las lágrimas de mi dolor no las deseeis en vuestra vida.

—Tú padre espera tu contestacion para decidir su venida.

—Decidle que no venga.

—No es posible volverse atrás; dentro de pocos dias saldrás del convento, y ya verás cómo olvidas esta vida que tanto te seduce.

—Y si quereis rezar, en mi casa teneis un templo; allí vivireis tambien con Dios, y le pedireis por los dos.

—Yo le pediré siempre por vos, pero será cuando no os acordeis de mí.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¡Imposible! repitió la marquesa saliendo con el marqués, y añadiendo: preparate para abandonar esta casa.

X.

Apénas salió la marquesa, la jóven entró en su celda sin poder tenerse, hasta que cayó desmayada en brazos de su querida compañera. En medio del desmayo, un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo, y su pecho latia como si quisiera estallar.

Los cuidados de la Cortés, que la roció el rostro con agua fria, la volvieron en sí, pero ¡cómo!

Parecia una rosa ajada por el huracan.

Su frente era una azucena marchita; sus ojos dos soles nublados; su boca un panal sin miel.

La noticia de su casamiento la causó una pena de muerte, y el mismo dia que ella cayó al suelo sin aliento y como herida por un rayo, su padre caia en Orán con una enfermedad terrible que algunos atribuyeron á castigo de la Providencia.

Cuando estuvo enteramente repuesta, pidió a su compañera papel y tintero.

—¿A quién vas á escribir?

—A mi confesor, para que haga lo que tenemos convenido.

—¿Pero sabe él lo que pasa?

—Todo: y sus consejos son los que voy á seguir.

Doña Ana estuvo escribiendo más de una hora, y luego mandó aquellas cartas al confesor con la mayor reserva.

No le quedaba otro recurso.

Visto que todo eran contraríedades y obstáculos para su profesion, y comprendiendo el objeto de aquellas dilatorias, se dirigió por carta á Su Santidad, haciéndole presente su irrevocable vocacion, su fé inquebrantable y el peligro de su vida, si se malograban sus deseos, y pidiéndole á la vez, secretamente, un Breve

para poder profesar en cualquier convento de España.

Lo extraño es, decian algunos, que renunciára al mundo una niña de una posicion tan envidiable, de un porvenir tan lisonjero, y la que, además, como dice un biógrafo, era tan hermosa como santa (1).

Ello es que la niña perdió la calma, el sueño, el reposo, y su corazon afligido reflejaba las angustias que sufria, pintadas en la palidez de su rostro y en la tristeza de sus ojos.

El tiempo era perentorio, y era preciso ver si vencia el velo de desposada, ó el cendal de las vírgenes del Señor.

PARTE TERCERA.

EL ÚLTIMO BESO.

I.

Antes de proseguir el relato de los últimos dias de la ilustre niña, objeto de estos apuntes, queremos manifestar algunos de los rasgos que contribuyeron á estender la fama de sus virtudes y á conquistarle la aureola de santa con que

(1) Gutierrez de Espejo.

le adornaron sus admiradores y se refleja en los hechos meritorios de su vida.

Nada caracteriza aquella sublime abnegacion y aquella generosa alma, digna de toda clase de consideraciones, tanto, como la nobleza de sus sentimientos y la esplendidez de sus bondades. Pudiéramos citar muchos de aquellos rasgos preciosos que consignan las historias y son, como si dijéramos, el blason de su caridad y la excelencia de su levantado espíritu; pero no queremos dar demasiada extension á estas sencillas narraciones, y sólo nos concretaremos á patentizar alguno de ellos.

Como ejemplo de su piedad, citaremos varios hechos llevados á cabo en el locutorio donde la visitaban muchos necesitados en busca de aquella munificencia, á pesar de que ella no apreciaba los intereses mundanos, por lo que se veia desposeida de ellos. Una vez se acercó una pobre viuda á pedirle, y no teniendo qué darle más que unos reales, que le pareció pequeña dádiva, le puso en la mano la basquiña que llevaba debajo del hábito y las sábanas de su cama.

Otro dia se acercó otra infeliz sin amparo, con tres ó cuatro niños, y rebuscando en su cofre, encontró unas monedas envueltas en un papel, que le entregó sin hacer aprecio, diciéndola:

—Tomad; no tengo otra cosa que daros.

Aquel papel encerraba el pequeño dote que habia llevado al convento.

Vino la fiesta del *Corpus*, y los pobres acudieron al convento en busca de la caridad de aquellas santas madres, y no teniendo ella que dar otra cosa, viendo que eran muchos los que le pedian, les dijo:

—Ahí teneis mi rosario, repartiros todas sus medallas, que son de plata y oro.

Un dia estaban oyendo misa desde el coro, y observó que las vinajeras que servian en el Santo Sacrificio eran de plectre, lo cual la entristeció mucho, pero no pudiendo remediar la falta, empezó á discurrir cómo podria hacerlas de plata. Pronto concibió la idea para llevar á cabo su objeto, pero pareciéndole su idea poco santa, mandó llamar á su confesor, el padre fray Juan Bautista.

El anciano no tardó en presentarse.

—Padre mio, le dijo, quiero hacer unas vinajeras para el altar, pero no tengo dinero.

—Yo tengo sólo unos maravedises, contad con ellos.

—No es eso, padre.

—Si yo tuviera, las haria; pero esto apénas dá para comer, y á los setenta años no puedo ganar en otra cosa

—Escuchadme, padre: ¿Puedo quedarme con un plato de plata de esos en que me traen la comida?

—Pedidlo á vuestra madre la marquesa.

—Hoy me lo niega todo, porque desea que me case y me vaya del convento.

—Vos sois la heredera de vuestra casa; todo lo que hay en ella es vuestro, porque no teneis que compartirlo con nadie; así es, que si tomais un plato, tomais una cosa vuestra.

—¿Y no cometeré un pecado?

—No, hija mia, y más cuando es para Dios.

—Basta, padre mio; sois un santo.

Desde que estaba tan enferma, le llevaban la comida desde su casa, en razon á que el convento estaba situado, y aún lo está, frente al castillo que habitaban; la comida se la llevaban en servidumbre de plata, y ella concibió la idea de quedarse con un plato para hacer las vinajeras, lo cual llevó á cabo aconsejada por el confesor, como hemos visto, pero con tan buena suerte, que jamás echaron de ménos el plato en su casa, logrando de esta manera su objeto.

Hubo muchos dias que no tomó más alimento que pan y agua, porque la comida la repartia entre los pobres que acudian á aquella hora á la portería del convento, confiados en su generosidad y buen corazon.

De estos rasgos de su caridad está llena su vida, pero bastan los citados para comprender los quilates de aquella alma superior, que así se engrandecia en medio de sus sufrimientos.

II.

En medio de tantos contratiempos, su salud empeoraba, y crecian sus amarguras contemplando que la realizacion de sus deseos se dilataba, y que sus esperanzas se alejaban cada vez más, sobre todo cuando supo que la resolucion de sus padres era irrevocable, y que su boda estaba decidida á todo trance.

En medio de aquella soledad y aquella desventura, no la quedaba más consuelo que su Francisca Cortés, que no vivia sin ella, y que era su única estrella de salvacion en aquel mar de desdichas.

—Si yo me caso, ella se muere, se decia: no; yo no me puedo casar, por Dios y por ella.

Pero su salud decaia por momentos, su espíritu enflaquecia y su alma se evaporaba.

Una mañana, temprano, se apareció su madre en el convento.

Iba más alegre que de costumbre.

Cuando doña Ana la vió, sintió helarse su

corazon, comprendió que su ida debia ser fatal para ella.

La marquesa iba con unos pliegos en la mano, y la satisfaccion rebosaba en sus ojos.

—Ven, hija mia, la dijo; mira, estos pliegos son las dispensas del Prelado para que se celebre tu casamiento.

—Madre, celebrareis mi boda y mi entierro en un dia.

La marquesa tembló interiormente.

—Mañana saldrás del convento.

—No puede ser, madre; estoy muy mala.

—Por eso, porque vas á morirte aquí.

—Eso quiero, vivir y morir en Dios.

—Mañana vendrás á tu palacio, tu padre llegará dentro de pocos dias y apadrinará las bodas.

—Dejadme que acabe aquí los pocos dias que me restan.

—¡Hasta mañana!

La ira de su madre, pintada en su amarillento rostro, contrajeron las facciones de doña Ana, oprimieron su corazon, crisparon sus miembros de tal suerte, que hubiera caido al suelo, á no aparecerse el confesor, en el cual se apoyó, como apóyase el árbol que nace sobre el carcomido tronco del que muere.

—¿Venís á confesarme?

—Vengo á traeros una buena noticia.

Doña Ana se incorporó un poco, dibujándose en sus lábios una leve sonrisa.

—¿Qué me traeis?

—Las bulas de Su Santidad.

—¿Accede á mi peticion?

—En todo.

—Gracias á Dios, y cayó de rodillas.

Su Santidad, informado de aquella extremada resolucion, no vaciló en acceder á sus deseos, y le envió el Breve. Esto alentó su vida por el momento y le hizo concebir esperanzas que fueron ilusorias, como veremos más adelante.

III.

A la mañana siguiente se presentaron en e convento de Madre de Dios, la marquesa, doña Francisca, el marqués de Zahara, y parte de la servidumbre para llevarse á doña Ana.

Esta no hizo gran resistencia, aconsejada por su confesor, y á causa de la debilidad que sentia en todo su cuerpo.

—Vengo por tí, la dijo su madre.

—Haré lo que vos querais; me iré con vos y Dios sabrá lo que va á hacer conmigo.

—Necesitas los cuidados de tu madre y tu familia para que recuperes la salud perdida.

—Al Señor le pido que me ponga buena para bien de la religion y de mis padres.

—Y de tu esposo futuro, que está presente, y desea tanto como tú esa felicidad.

—Sí, cuando me ponga buena pensaremos en eso; ahora pensemos en Dios.

—Ven, hija mia, apóyate en mí y en tu madre.

—Señora, si os puedo servir...

—Dios os lo premie, marqués. Dejadme que me despida de mis hermanas.

Doña Ana volvió á entrarse con paso lento, y su despedida fué un duelo general. Las monjas lloraban y la abrazaban con efusion.

Doña Ana de Castro dijo que se salia con ella, y no hubo quien la contuviera. Abrazada á doña Ana, sólo la dejó cuando ésta se abrazó á Francisca Cortés, y la dijo:

—¿Y tú, qué quieres, paloma mia?

—Nada; todo me resta en el mundo: queria vivir á tu lado ó morir contigo: no puedo salir porque he profesado, pero al separarme de tí, se separa mi alma de mi cuerpo.

Se nos habia olvidado decir, que Francisca Cortés habia profesado hacía un año, que fué lo que más deseos inspiró á doña Ana.

—Una hora estuvieron abrazadas ésta y la Cortés sin hablarse, ni más que mezclar sus lágrimas: los sollozos las ahogaban y los suspiros de las dos se confundian.

Al separarse, doña Ana cayó en brazos de su madre, y la Cortés en los de las otras monjas, diciendo entre gemidos:

—¡Ya no la veré jamas!

Salieron del convento llevando casi en brazos á doña Ana entre su madre y su tia, tardando media hora en los ochenta pasos que dista Madre de Dios del palacio de Sessa.

Entónces, como ahora, sólo mediaba entre los dos edificios la plazuela llamada hoy de las Monjas, que hasta entónces habia sido plaza de Armas.

No pasaron veinticuatro horas sin que mandase á preguntar al convento por el estado de su querida hermana Francisca. La contestacion fué que estaba con una fiebre devoradora que la llevaba al delirio, en que sólo pronunciaba los nombres de Dios y de Ana.

Esta sufrió horriblemente con la noticia, pero estaba tan débil, que apénas podia moverse.

La verdad es que la jóven habia caido en una profunda postracion, y que su madre, alarmada, se la llevó á su casa para ver si con sus

cuidados y esmero, y las caricias suyas y de su tia, podian contener los progresos del mal.

Cuando Ana se vió en su casa, su desaliento llegó á un término desesperado, y nada podia distraerla, siendo inútiles todos los consuelos de la familia y los remedios de la ciencia: su demacracion iba en aumento y estaba desconocido aquel «rostro que era una de las maravillas del mundo» como dice un autor (1).

Dos nuevas aflicciones destrozaron su corazon y acabaron de minar aquella existencia delicada. Al mismo tiempo que le dieron á firmar las capitulaciones para su matrimonio, recibió la noticia de haber fallecido en el convento la monja á quien adoraba, la Francisca Cortés, á cuya muerte contribuyó mucho el estado en que veia á su queridísima Ana.

Francisca Cortés, presa de unas calenturas malignas, causadas por el disgusto de la separacion de su querida hermana, en un momento de lucidez escribió á aquélla la siguiente carta:

«Queridísima Ana: acabo de recibir á Dios y me voy con Él; separada de tí, no me quedaba otro consuelo que buscar á mi esposo: reza por mí, tú que eres tan buena, que yo no te olvidaré;

(1) Gutierrez de Espejo.

te espero, que no tardes, adios, bendita mia, y hasta el cielo.—*Francisca.*»

Cuando doña Ana leyó esta carta, pidió ir á verla; pero la dijeron que dos horas despues habia dejado de existir; entónces exclamó:

—Ella me lo dijo: viviré á tu lado ó moriré cuando tú mueras. Ella ha muerto; yo debo morir.

—Calla, hija mia; tú debes vivir para tus padres y para Dios.

—Diré como el *Libro de Esdras*: «te pido, Señor, que me desates del lazo de este oprobio, ó por lo ménos me arrebates de sobre la tierra.»

—No, no, mi vida; y su madre la abrazó.

IV.

Cuando leyó la carta y comprendió su desgracia y la de aquella pobre niña, sintió una convulsion histérica en todo su cuerpo.

Un parasismo general se apoderó de ella, y cayó al suelo casi sin vida. Un grito general resonó en la casa, y por todas partes no habia más que lágrimas y sollozos; el pueblo, consternado, acudió á su palacio prorumpiendo en gemidos de dolor. Los doctores Alejo de Cárdenas y Muñoz, que la asistian, apuraron los recursos de la ciencia, y ya iban á dar el tremendo fallo,

cuando al tercer dia volvió en sí abrazada á un Crucifijo y repitiendo estos versos que ella habia compuesto poco ántes:

Dios mio, gracias te doy
Infinitas, gloria mia;
Tú eres mi norte, mi guia,
Espérame, que ya voy
A gozar tu compañía.
Hoy sin temor ni recelo
Podré levantar el vuelo,
Pues el alma alegre toma
Unas alas de paloma
Para volar hasta el cielo.
¡Dios mio, quién tal pensara
O quién jamás entendiera
Que por tan rara manera
Vuestra diestra conservara
Mi vírgen alma hoy entera!
Tengo por dichosa suerte,
Que estendais el brazo fuerte
Con tan eficaz remedio,
De querer que sea el medio
De mi entereza, mi muerte.

Abrazadas su madre y su tia á aquella bendita niña, no la dejaron continuar. Los besos de ambas ahogaron aquellas dulces palabras, y la debilidad de su estado casi suspendia su aliento, próximo á apagarse.

—Madre, dijo con resignacion, yo me voy; Francisca me llama.

—No, tú estás mejor, y Dios velará por tí.

—No podemos separarnos; ¿no leísteis su carta? Mirad, aquí lo dice: «Te espero, que no tardes.»

—Tú tardarás lo que Dios quiera.

—No, madre mia, esto se acaba.

—Mira, alíviate, ponte contenta; dentro de cuatro ó cinco dias viene tu padre, y quiero que te vea tan hermosa como tú eres; él no te ha visto tan hermosa ni ha disfrutado tus caricias.

—Madre, que no tarde si ha de verme.

—¿Vas á descansar?

—Sí, pero ántes quiero darte un beso á tí y otro á mi tia. ¡Os quiero tanto!

Su doncella Ana de Castro, que no se separaba de su cabecera, no hacía más que llorar: entónces la dijo ella:

—No llores, Ana: yo me voy con mi Esposo, voy á celebrar mis bodas, pero muy léjos, muy léjos... adios.

Y la niña se durmió miéntras Ana la besaba, regándola con sus lágrimas.

V.

Una de las cosas que más le molestaban á doña Ana, eran unas llagas de las piernas que le producian agudos dolores.

Los médicos trataron de ponérselas en curacion, pero ella dijo:

—No, no quiero; primero morir.

El pudor de la doncella se rebelaba contra el acto de enseñar nada de su cuerpo.

—Hija mia, por Dios, ten piedad de tu madre.

—Madre, déjame descansar, que pronto te dejaré yo.

—No quiero que te mueras; ¡te quiero tanto!

Y su madre besó aquella frente de azucena.

Los médicos se retiraron al ver su resistencia, desistiendo de curarle las llagas.

En aquellos momentos entró su confesor fray Juan Bautista.

—¿Me voy á morir ya? le preguntó con alegría.

—No os vais á morir, pero vengo á confesaros, porque sé teníais empeño en ello, y vengo á deciros que es preciso os dejeis curar.

—Padre, pero si me voy á morir, ¿para qué es martirizarme inútilmente? Por Dios lo haria,

que más padeció por nosotros; pero por mí ni por las gentes, no lo necesito.

El confesor no quiso molestarla más.

Confesóse con la mayor resignacion, y luégo que acabó, le dijo al afligido sacerdote:

—Ya veis el valor con que voy á presentarme ante Dios; nada me impone ni acobarda; estoy resignada á todo; es más: la muerte la recibiré con la mayor alegría por ser un don que me manda el Señor, y ya que no pude ser su esposa, quiero ser su esclava.

—Y bien, niña, ¿qué quereis?

—Que no me engañeis en este solemne acto; que me digais la verdad, á pesar de que la adivino en vuestro rostro, modelo de sinceridad y nobleza.

—Yo no sé mentir.

—Decidme cuándo me moriré; los médicos me han engañado y mi madre tambien; vos sé que me direis lo cierto.

—Bueno; segun creo, dentro de tres dias habreis dado cuenta á Dios de vuestro tránsito por la tierra.

Un rayo de alegría se dibujó en los ojos de la niña, y sus labios murmuraron un eco de gratitud para el virtuoso sacerdote que así le abria su corazon.

El confesor fijó sobre ella una mirada de

compasion, sintió su pecho oprimido como por una losa de plomo, y salió.

Ana demostró entónces un valor casi divino; su hermosa figura, aunque pálida y demacrada, tomó un aspecto imponente, porque sus ojos revelaban toda la grandeza de su alma.

—¿Quieres algo? le preguntó su madre, que entraba.

—Dame ese Crucifijo que está á la cabecera de la cama.

—Te vas á entristecer más.

—No, él me consolará: ¿no ves que tiene los brazos abiertos para recibirme en su seno?

—Tómalo, hija mia, y pídele con fervor te salve.

La niña lo estrechó contra su pecho despues de besarlo, y miéntras murmuraba una santa oracion.

Su madre, sentada á la cabecera, se enjugaba los ojos de vez en cuando, secundada por la doncella.

VI.

Al amanecer del dia siguiente salió del palacio de Sessa, triste y abatido, el confesor fray Juan Bautista.

Poco despues entraba *Su Majestad* en el pala-

cio con el rango y la pompa que nunca se habia visto.

Más de ochenta sacerdotes iban en aquella procesion, y sobre quinientas luces del pueblo que iba en masa.

Doña Ana de Córdoba acababa de confesar por segunda vez y estaba preparada para recibir el Santísimo Sacramento.

El palacio estaba lujosamente adornado: cortinajes, pabellones, lámparas, pebeteros, y sus galerías y escaleras cubiertas por alfombras y tiestos de flores.

Un altar, cubierto de brocado y alhajas de plata y oro, se destacaba al fondo de la habitacion de la enferma, iluminada por más de doscientas luces.

Antes de entrar la *Majestad* cogió el Crucifijo y le recitó la siguiente poesía que habia compuesto hacía pocos dias:

> Dulce esposo de mi alma,
> ¡Cómo se turba la calma
> Del alma á quien vos regís!
> ¿Cómo, Señor, permitís
> Que yo no alcance esta palma?
> ¿Cómo, Señor, no dais muestra
> Del celo que el pecho os mueve?
> ¿Quién habrá que el hecho apruebe,
> Si la esposa que ya es vuestra

Permitís que otro la lleve?
No entiendo yo que su pecho
Lugar le diera á tal hecho,
Esforzar de suerte el brazo
Que nadie os ponga embarazo
A lo que teneis derecho.
Mas, pues resistir no puedo
Por ser vuestra voluntad,
Bien sabeis vos la verdad,
Que sólo me rinde el miedo
De perder vuestra amistad.
Y es bien que así me corrija
Para que yo no me aflija,
Si en ocasion tan forzosa
Renunciare á ser esposa,
Por no dejar de ser hija.
Y si en esta soledad
La vírgen fuera casada,
Perdiendo la fé jurada
Por ser vuestra voluntad,
Tendré corona doblada.
Por ahora yo me allano,
Dejándolo en vuestra mano;
De vos me fio, mi Dios,
Y prenda tengo de vos
Que no ha de salvarme en vano (1).

Apenas concluyó de recitar esta poesía, reci-

(1) Todas estas poesías las trae Gutierrez de Espejo en su historia

bió con el mayor fervor los Santos Sacramentos, revelando siempre su cristiana resignacion.

La madre, angustiada, que no se separaba un instante de ella, así como su tia, la besaron con efusion.

—¿Qué quieres, hija mia, ahora? la dijeron.

—Quiero descansar.

Cuando las dos salieron, rezó sus santas oraciones, se abrazó al Crucifijo y se quedó dormida como si la muerte hubiese suspendido sus rigores; como si el alma hubiese entrado en el paraiso.

Tres horas despues, despertaba en medio de una agitacion convulsiva.

Sus ojos parecian, como dice un escritor, dos cristales empañados.

Su madre y su tia se alarmaron y mandaron por los médicos, que estaban en una habitacion contigua.

—¿Qué es esto, Muñoz?

—Señora, la agonía, dijo bajo.

La madre se desmayó, y la tia vaciló y cayó sin sentido.

La niña no se apercibió de nada, pero comprendiendo su estado, dijo:

—Francisca me lo escribió: «Somos dos almas gemelas que no pueden vivir la una sin la otra,» por eso van á juntarse ya.

VII.

Por la mañana amaneció mejor: los médicos opinaban como ántes.

—Te traigo una visita, le dijo su madre contenta.

—¿Quién es esa visita?

—Míralo, el marqués de Zahara.

—Tarde habeis llegado, marqués.

—Vengo á despedirme.

—Sí, nos vamos á despedir para siempre.

—Voy á la guerra.

—Y yo voy á la paz.

—Señora, Dios querrá...

—Que seais tan dichoso en ella como yo lo seré allí.

Y la niña señaló al cielo.

—Tomad, añadió, este rosario bendito, para que recordeis este trance postrero; él será un escudo que os libre de golpe enemigo en las batallas. Yo pediré á mi esposo por vos, y si os merezco algun recuerdo en la vida, no tengais resentimiento conmigo, os quiero mucho; pero mi felicidad no estaba en vuestro cariño: estaba en los brazos de mi Dios. Por él he llorado hasta la muerte, no lloreis vos por mí, sino alegraos de esta felicidad.

—Nunca os olvidaré: este rosario será un recuerdo perpétuo de gratitud; perdonadme si yo os pude ofender; érais muy hermosa, érais un ángel en la tierra y por eso os vais al cielo; perdonadme que pusiera los ojos en un ángel, cuando los ángeles son de Dios.

—¡Ay, marqués! no tengo de qué perdonaros: érais bueno, pero llegásteis tarde á mi corazon.

—¿A los quince años era tarde?

—Llegó Jesucristo ántes, y es un esposo que se apodera del alma; el cuerpo no sirve para nada: adios, y sed feliz en la tierra; yo lo seré al lado de mi esposo, donde están todas las felicidades reunidas.

—Adios, señora; la dicha no estaba para mí.

—Y el marqués se alejó con los ojos empañados por las lagrimas.

Aunque era jóven y valiente, su corazon se conmovió al ver por la última vez aquella ilusion de su vida que se desvanecia como el humo al soplo del viento: habia aprendido á llorar.

Al salir, besó el rosario y arrojó sobre la enferma una mirada de dolor más expresiva que un ¡ay! del alma.

La niña quedó con los ojos fijos en su Crucifijo, murmurando una oracion: quizás le pediria por el marqués.

VIII.

—Padre, esta confesion será la última de mi vida; mis fuerzas se acaban y mi espíritu se va: esto ya toca á su fin.

Doña Ana acababa de confesar por tercera vez en tres dias.

—¡Quién sabe, hija mia!

—Vos lo sabeis: me habeis dicho que tres dias, y se cumplen hoy.

—Sólo Dios es infalible.

—Tomad esta llave: es de un cofrecito de hierro que hay á la cabecera de mi cama. ¿Me prometeis no abrirlo hasta que yo muera?

—Sí, hija mia.

—Ese cofre, y lo que encierra, lo aprecio más que mis Estados de la tierra, que dejo sin pena ni sufrimiento.

—Se hará lo que querais.

—Mirad, padre, deseo que me entierren en el convento de la Madre de Dios á los piés de Francisca Cortés. Quiero dormir con ella el sueño de la muerte: ya que no pude ser religiosa en vida, quiero serlo en el sepulcro. Allí estaré con todas mis hermanas las monjas. Disponed tambien que me vistan con un hábito humilde de San Francisco.

—Respondo de que todo se hará como querais.

El sacerdote le echó la bendicion y salió diciendo:

—Los ángeles no paran en la tierra; mañana estará en su paraiso.

Ella se abrazó al Crucifijo exclamando:

Esposo del alma mia,
Mi estrella, mi norte y guía,
Espejo en que yo me miro,
Divino blanco á do tiro,
Y centro de mi alegría.
Al rayo de vuestra luz
A vos tiro en campo franco,
No quedará el brazo manco
Cuando tira, pues en cruz
Ya tengo clavado el blanco.
Que vuestra suma afliccion
Os dió tal disposicion,
Que con un solo suspiro
Hace el alma cierto el tiro
Con que os clava el corazon.
De vuestro vital aliento
Dadme una prenda sabrosa
Con esa boca amorosa,
Que este grande atrevimiento
Me dá ver que soy tu esposa.
Que en ese seno precioso,
Como en tálamo dichoso

Teneis abiertos los brazos
Para darme los abrazos
De amorosísimo esposo.
¡Oh boca, oh lábios divinos!
Mucho os pido y sin razon,
Perdonad á mi afliccion,
Que amorosos desatinos
Merecen algun perdon.
Siquiera divinos brazos
Echadme amorosos lazos
Porque ya á vosotros llegue,
Y así humildemente os ruegue
Me admitais estos abrazos.
Dadme vuestra bendicion
En este trance postrero,
Que aunque estais en el madero,
El dalla de corazon
No lo impide el clavo fiero.
Y de esa divina fuente
De vuestro costado ardiente,
Dadme un trago dulce y largo
Para endulzar el amargo
Con que la muerte se siente.
Mas yo, con vuestra licencia,
De estos piés lo tomaré
Y con él recibiré
El convite de paciencia,
Prenda y premio de mi fé.
Para con él, esforzado,
En este mortal estado.

Pues fenecen ya mis dias,
Llegue más presto que Elías
Al monte de Dios sagrado.

Un grito desgarrador siguió á estos versos. Su madre, su tia y las doncellas, entraron precipitadamente y la encontraron retorciéndodose en una convulsion histérica y nerviosa, mientras decia:

—Ahora amanece para mí: hasta hoy he vivido en un sueño profundo.

—¡Hija de mi corazon! gritó su madre, besándola con delirio.

Entonces sintió que un sudor frio corria por su frente.

—Besa, besa ese Santo Cristo y pídele tu salud; besa esa llaga de su costado.

—Madre, pronto lo besaré en el cielo; le pediré que te dé paciencia para arrostrar tantos males. No llores; alégrate mucho, que yo me voy á vivir con mi Esposo; allí te esperaré y le rogaré te bendiga.

Y su cuerpo temblaba convulsivamente, y su vista vagaba por los espacios como buscando otro mundo mejor.

—Madre, la mitad de mi dote repártelo entre los pobres y necesitados, porque Dios dice en el libro de Esther: «La limosna servirá de grande confianza delante del sumo Dios á los que al

hacen.» Madre, tia, oidme: os recomiendo estas doncellas con toda mi alma..... las he querido en vida mucho..... y no las olvido en mi muerte..... hazlas felices, que ellas se lo merecen.... tia, un beso..... el último, mi Esposo me llama á toda prisa.

Se incorporó convulsivamente como galvanizada... una lágrima brotó de sus ojos.... echó una mirada sobre las personas que la rodeaban, que dejó fija en su madre, y cayó, descompuesto el semblante como herida de un rayo, pero abrazada al Crucifijo, sobre el que sonó un beso.

Fué el último que dió en el mundo.

Su madre cayó sobre ella con una convulsion: un grito de dolor resonó en toda la casa. Entónces se oyó una voz que dijo:

—Llorad, llorad, señora, y desahogad ese corazon.

Era el confesor, que entraba, y añadió:

—Madre, alegraos de haber tenido una hija que nació para la bienaventuranza.

IX.

Una hora ántes de amanecer, un tropel de caballeros que llegaban á todo escape, paraban á la puerta del castillo.

A poco, un hombre subia á todo correr las

escaleras y se precipitaba en el cuarto de doña Ana.

Al penetrar en él, un grito de horror lanzó su corazon.

—¡Hija de mi alma, no te he podido ver!

Y arrojóse como un loco á besar y abrazar el cadáver de doña Ana.

La muerte no habia podido borrar las tintas de su hermosura.

Pero como dice un biógrafo, «sus ojos habian quedado como dos espejos empañados: sus lábios, ántes como coral purísimo, se habian tornado en morado amortiguado: sus dientes, que eran perlas, se habian convertido en un hielo mortal, y su espaciosa frente, ántes cristalina, parecia ahora escarchada por el rocío helado del último sudor, y su pecho, palpitante, estaba frio como el mármol del sepulcro.»

Estaba vestida, segun habia dispuesto, como la más humilde monja del convento, con un hábito viejo de San Francisco, y en sus manos, crispadas, conservaba el Crucifijo, á quien entregó su espíritu con el último beso.

Estrechándola entre sus brazos el marqués, su padre, la abrazó y besó con delirio. Doña Ana de Castro estaba desmayada, casi caida sobre el cadáver. El duelo de aquella casa sólo era comparable con el que habia en el pueblo.

El palacio estaba abierto de dia y de noche, y nunca se desocupaba: así es, que tuvieron que tenerla tres dias sin enterrar para que todos pudieran verla.

Despues que todos la vieron y la bendijeron, le cortaron el larguísimo pelo, que como hebras de purísimo oro aventajaba á los resplandores del sol cuando caia como dorada lluvia sobre su cuerpo.

El confesor, cumpliendo su voluntad, abrió el cofrecito que estaba á la cabecera de la cama, y encontró en él: dos cadenas y cilicios de aceradas puntas, dos disciplinas, las bulas del Papa para su profesion, y un hábito de monja dominicana. Encima habia un papel que decia: «Todo esto, que lo entierren conmigo.»

Fray Juan Bautista lo colocó todo dentro de la caja, y despues la cerró con llave.

Al pié del comulgatorio del convento de Madre de Dios, de Baena, está su sepultura.

Allí disfruta la paz de los justos.

EPÍLOGO.

Pocos dias despues, el marqués salió para la córte y desde allí volvió al gobierno de Orán, donde acabó sus dias medio loco y como desterrado.

La marquesa mandó tres de sus doncellas al convento de San Martin, de Cabra, y las otras tres las consagró al de Baena, costeándole á todas el dote y el ajuar. Ella repartió cuantas limosnas pudo entre los huérfanos y pobres, y se entró tambien monja en el convento de Baena, donde observó una vida ejemplar, mandándose enterrar, pocos años despues que falleció, al lado de su hija, de la que no quiso separarse ni en vida ni en muerte.

Doña Francisca, que habia estado dos dias insultada, sin poder desechar la pena de su sobrina y no queriendo separarse de ella, entró tambien en el mismo convento, si bien sucumbió á los tres meses, bajo el peso de sus sufrimientos.

En su lápida se lee: *Falleció el 9 de Junio de 1597* (1).

Aquel año, el padre fray Juan Bautista predicó un magnífico sermon fúnebre en los honores de la tia y la sobrina.

Despues..... el olvido se ha encargado de lo demás.

---

(1) Abad de Rute. *Historia de la Casa de Córdoba.*

MEDINA-AZZAHRÁ [1]

PARTE PRIMERA.

EL AMOR Y EL PARAISO.

Púsole por nombre á este palacio.
Azzahra, es decir, la flor ó la belleza,
por llamarse así su esclava favorita.
(A. BENAVIDES.)

I.

«Quizás más de ciento cincuenta años despues de la construccion de este magnífico templo, quiso perpetuar Abderrahman III el nombre de su favorita, y edificó á corta distancia de Córdoba aquel opulento alcázar y sin rival en el mundo, que sólo puede crear la imaginacion fantástica y calenturienta de un árabe enamorado.»

Esto hemos dicho en la historia de la Mezquita de Córdoba, y nada nos ha parecido tan

(1) *Ciudad Florida.* Esta leyenda está basada sobre la descripcion que hace el autor en su novela inédita *El Cristo del cautivo.*

á propósito para dar comienzo á esta descripcion, donde vamos á ver la justicia que asiste á las prcedentes líneas.

Un amor inmenso, inextinguible, abrasó el corazon de Abderrahman toda su vida, amor que sólo templaban los cariños y placeres de la hermosa Zahara (Flor).

El encantado monarca se sentia estremecer sólo ante las ardientes miradas de la seductora niña, que, por su parte, cifraba sus delicias entre los brazos del delirante califa.

—Quiero, dijo un dia la encantadora favorita, que edifiques una ciudad de mi nombre que sirva para morada mia y para retiro de nuestros amores (1).

Estas palabras, que Azzahrá pronunció para probar el cariño del monarca, al que á la vez queria con delirio, fueron un mandato para aquél, que estaba pendiente siempre de los lábios de aquella mujer seductora.

—Sí; yo haré un palacio, grande, inmenso, riquísimo como mi amor, que sirva para que gocemos en él todo el resto de nuestra vida.

—Y yo viviré por tí y para tí; yo seré tu escla-

(1) Dozy, *Historia de los musulmanes*, tomo III. *Al Maccary*; T. de Gayangos; tomo III, lib. 3.°, capítulo 3.°

va, y mi corazon, que apénas ha abierto á las sensaciones del mundo, no se separará jamás del tuyo, como dos flores que nacen y viven juntas en la soledad y se perfuman con su mismo aroma.

—Basta, dijo Abderrahman: tu cariño y el mio serán inseparables, no habrá entre los dos más que una voluntad, la tuya, y el dia que quieras que mis taifas inunden los reinos cristianos, iré al frente de ellos hasta los montes de Afranch.

—No, no quiero te separes de mí; ya has conquistado bastante: ¿para qué quieres más conquista que mi corazon? él sera tu prisionero.

—Y yo seré tu cautivo eternamente, y mi reino será el pedestal de tu hermosura.

Azzahrá le tendió una mano con ternura, en la cual grabó el enamorado califa sus lábios de fuego.

Ella le besó en la frente, y él, loco de contento, salió diciéndola:

—Alá te bendiga y te guarde.

II.

El monarca se lo prometió, cumpliéndolo con tal exactitud, que á los pocos dias de su promesa, á guisa de encantamiento, una maña-

na contemplaba la angelical Azzahrá las obras del alcázar y la ciudad desde los ajimeces de su aposento de Córdoba.

«En el mes de Noviembre del año 936, dice Dozy, hizo echar á una legua del Norte de Córdoba, los cimientos de una ciudad que habia de llevar el nombre de Azzahrá.

»Nada se perdonó para hacerla lo más magnífica posible.

»Durante veinticinco años, diez mil obreros, que disponian de mil quinientas bestias de carga, se habian ocupado en edificarla, y sin embargo, no estaba concluida á la muerte de su fundador» (1).

En efecto, cuando murió Abderrhaman en 961, no estaba concluida la ciudad que llegó á contener más de cuatrocientas casas-palacios; pero segun los historiadores, el alcázar se concluyó muchos años ántes.

En medio de aquella fastuosa poblacion se levantaba el régio alcázar, cuya prodigiosa fábrica no sabemos se haya imitado despues en ningun palacio del universo, por más que la España cristiana arrojara sobre su memoria la obra asombrosa de Juan de Herrera y Felipe II.

Los recursos que el califa agotó para su obra

(1) Tomo III; *Historia de los musulmanes.*

fueron inmensos, y puede decirse que fabulosos.

«Se empezó, dice Al-Maccari, en 18 de Noviembre de 936. Entraron en la obra 4.300 columnas: se gastaron diariamente 6.000 piedras labradas, sin la mampostería; trabajaron cada dia 10.000 operarios, 2.600 acemilas y 400 camellos. Cada tres dias entraban en la obra 1.400 cargas de yeso y cal, calculándose en 15.000 puertas las que contenia todo el edificio» (1).

La tierra, dice otro escritor orientalista, ofreció liberalmente su seno para la creacion de aquella maravilla, abriendo las canteras de sus montes á los innumerables artífices que acudieron á explotarlas. La antigua Tarragona y Almería (espejo de España), enviaron exquisitos mármoles y pórfidos blancos y con variedad de colores y matices: la comarca de Ragya y su cabeza, la fenicia Malaca, preciosos jaspes y mármoles salpicados de negro y blanco; Sifacus ó Sfax y la opulenta Tunez, ricos jaspes rosados y verdes. Los mares se cubrieron de bajeles que, zarpando de los puertos de Africa, Siria y áun de Italia y Grecia, acudian con los tributos y presentes de sus príncipes y gobernadores; los mares calmaban sus olas y los vientos so-

(1) T. de Gayangos. Idem, Simonet, *Medina-Azzahrá*; cap. 1.°

plaban apaciblemente para no turbar el vuelo de aquellas bandadas de pintadas aves. Especialmente de los puertos y marinas de Tunez y Mehedlia, se dieron á la vela para las costas de Andalucía naves cargadas de las magníficas columnas de mármol y jaspes y otras piezas de arquitectura arrancadas á las pintorescas ruinas de la iglesia cristiana de Sfax, y á las más soberbias de la antigua y potente Cartago, que enviaban al emir Almumenin sus walíes ó gobernadores de aquellas provincias (1).

Además de estas preciosidades que hizo traer de todos los ángulos del globo, reunió excelentes arquitectos y geógrafos de Bagdad, Damasco, Grecia y otras regiones, que dirigieron las obras. Estas, como hemos dicho, si bien no todas, se llevaron á cabo en poco tiempo, pareciendo milagroso, no sólo la rapidez, sino la prontitud con que los árboles y los jardines cubrieron aquellos deliciosos parajes.

A poco más de dos millas de Córdoba existe hoy una dehesa llamada *Córdoba la Vieja*, cuyo suelo está sembrado de fragmentos de jaspes, *mosáicos*, capiteles, columnas truncadas, restos de estátuas y otras rarezas y antigüedades, y donde apénas se inicia la más pequeña

(1) Simonet; *Medina-Azzahrá*; cap 1.°

escavacion, se descubren señales á cada momento de aquella portentosa ciudad, que ocupaba toda aquella llanura hasta las primeras colinas de la sierra (1).

Un camino alfombrado por flores de delicados perfumes y cubierto por gigantes árboles, que no dejaban paso á los rayos del sol, conducia desde Córdoba hasta la primera entrada del suntuoso palacio en tiempo de los califas, cuyo camino lo cubrian con un toldo de seda color de escarlata, los dias que iba Abderrahman á pasar por él (2).

III.

Algunos meses despues, Abderrahman llamó á su favorita y asomándola á uno de los ajimeces de su palacio, la dijo:

—Tiende la vista y mira tu ciudad,

Azzahrá volvió los ojos hácia el punto que la señalaba, y exclamó asombrada:

—¿Pero eso, lo ha hecho Alá ó los hombres?

---

(1) Maraver; *Historia de Córdoba*; M. S.; tomo III, apéndice I.

(2) Maraver.—Idem, id.

—Eso lo han hecho tu amor y el mio.

—Ahora comprendo la inmensidad de tu amor.

—Y del tuyo, que ha sabido inspirar el mio.

—¿Cómo puedo pagarte tanto sacrificio?

—Con ese cariño entrañable que me tienes; conservando en tu corazon el aliento que respiro, para que nada se escape sin ir á tí.

—Sí: yo seré el espíritu de tu sueño: el hada que te tienda sus alas; la virtud que se pose sobre tu frente; la estrella que alumbre tus ojos.

—Ven, ven hija mia, que deje en tus labios todas las ilusiones de mi alma: que vierta en ellos todas las esperanzas que he soñado.

—Y ¿para qué has empleado esos inmensos tesoros en una obra perecedera?

—Para que nadie tenga en la tierra un altar donde yo te adore, como ese:, yo queria un eden, un paraíso para tí, y esa es mi obra.

—¡Oh! yo viviré eternamente en ese paraíso, y en otro mejor, que serán tus brazos.

En aquel momento, un ruido de trompetas y añafiles interrumpió á los amantes.

Abderrahman se asomó á un ajimez, y vió á su escolta que estaba formada á la puerta de palacio.

—¿Qué pasa? preguntó Azzahrá.

En aquel momento se abrió la puerta de la

habitacion y entró el caudillo Almudafar, general del califato, que le dijo:

—Ven, Abderrahman.

—¿Qué ocurre?

—Una conspiracion horrible contra tu vida.

Abderrahman salió precipitadamente, sin acordarse de Azzahrá.

IV.

Esta quedó triste y pensativa, sin saber si entrar ó salir. Por último, resolvió asomarse á la ventana, cuando un jóven penetró en la estancia precipitadamente.

—Azzahrá, detente, óyeme.

—¿Qué quieres, Abdalá?

—¿No has recibido un papel?

—Sí: y te he contestado.

—Me amarás, ¿no es verdad? Tú, tan hermosa y tan pura, con esa frente de rosa, serás para mí con todos tus encantos.

—Jamás creyera que tú te atrevieras á eso.

—Yo vivo para tí: tú eres mi único consuelo, mi única salvacion: tu cariño he anhelado, he buscado como el peregrino busca la fuente, como la flor busca el rayo de sol que la vivifica.

—Aléjate, príncipe; no quieras hacer tu infelicidad y la mia; no atentes contra la tranquilidad y el reposo de tu padre.

—Yo no puedo vivir sin tí: tu corazon es la sávia del mio: el primer beso que estampe en tu frente, será el primer himno de felicidad.

—Será el primer himno de muerte.

—Todo cuanto tenga, todo cuanto valga, será para tí: tú serás el perfume de esta flor marchita, la perla de esta concha sin ventura, la ilusion de este alma destrozada, la gloria de este corazon ahogado en lágrimas.

—Yo no puedo ser de nadie: mi corazon es de otro y no puede ser más que de mi amor....

—Una palabra de consuelo.

—Será tu sentencia de muerte.

—Si necesitas un trono, le tendrás: yo seré califa, porque el reino de mi padre está minado, y volará su cetro en mil pedazos.

—¿Qué haces, hijo desnaturalizado?

—Necesito tu amor y el trono.

—Vete por Dios, y no comprometas tu suerte ni la mia.

—Imposible; necesito el rocío de tu amor, el aroma de tu cariño.

—Vete, Abdalá.

—Díme que me amas,

—Nunca. jamás.

--O tu amor y el trono, ó tu vida y la sangre de cuantos te quieran.

Y el príncipe sacó el puñal al tiempo que Azzahrá se desmayó.

En aquel momento entraron los guardias del rey llevando al frente á Almudafar.

V.

El palacio de Meruhan estaba á la otra orilla del rio Guadalquivir, rodeado de una alameda y jardines deliciosos. Lo tenía destinado Abderrahman á su hijo Abdalá, porque siendo éste muy instruido y dado al estudio, aquel paraje le brindaba á ello con su hermosura y soledad.

Concurrian á su palacio gran parte de la juventud brillante de aquella época, porque allí se trataba mucho de ciencia y literatura; se celebraban veladas literarias, se discutian cuestiones filosóficas, y era, en fin, un verdadero centro de instruccion y recreo.

Pero en tiempos difíciles, como aquellos, se despertaban muchas ambiciones y envidias que al fin daban al traste con los mejores propósitos.

Rodeado el príncipe Abdalá de ambiciosos

y aduladores, le hicieron creer que por su inteligencia y talento debia ser califa.

Su hermano Alhakem habia sido el dia ántes jurado heredero del trono, y esto sirvió de pretexto á aquellos aduladores para celebrar aquella noche una reunion, ó sea un acto de conspiracion, que no era el primero.

Allí estaban reunidos Abdilbar, la Rosa, el walí de Loja, el de Montilla, Aguilar, Lucena y otros.

Abdilbar, que era el más enconado contra el califa, tomó la palabra y le dijo:

—Tú no debías tolerar que tu hermano reciba tantos plácemes como ayer, ni se le hiciesen esas fiestas suntuosas, cuando vales más que él.

—Sí, sí, contestó Abdalá, yo necesito un trono para ponerlo á los piés de Azzahrá: esa mujer ha destrozado mi alma, y yo necesito respirar su aliento y aspirar su perfume.

—Para eso, no hay más que un remedio, contestó Abdilbar.

—¿Y cuál es?

—Echar á rodar todo lo existente.

—¿Y quién tiene fuerza para eso?

—Aquí tienes más de veinte walíes, y más de otros tantos están dispuestos á secundarte.

—Sí, todos estamos á tu disposicion, añadió el walí de Montilla.

—Todos, todos, exclamaron los de Aguilar, Lucena, Loja, Antequera, Cabra y otros.

—¿Y qué haremos de mi padre y mi hermano?

—Aquí traigo los estatutos que han de guiarnos, que pongo sobre la mesa, para que se vean y se aprueben.

La Rosa los leyó, y dijo:

—No estoy conforme con ellos: yo no quiero que la crueldad se lleve hasta ese extremo.

—Es preciso, añadió Abdilbar, porque en estas cosas, la contemplacion es la muerte.

—El walí de Lucena añadió á esto:

—Creo que debemos derribar lo existente, y luégo, el destino de las personas Dios dirá.

—Bien; yo necesito el trono y el corazon de Azzahrá, porque es mi vida; pero mi conciencia se opone á toda clase de crueldades.

—La política no tiene conciencia, añadió Abdilbar.

—Pero debe tener nobleza y abnegacion, dijo la Rosa.

—No quiero sangre ni exterminio; sólo anhelo ser rey para conquistar esa mujer que me ha robado hasta el alma.

—Cuenta con el trono y esa mujer.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Almudafar seguido de la guardia negra.

Aterrados, atónitos, inmóviles, se dejaron atar, escepto el príncipe, que se escapó por una puerta secreta.

VI.

Una vez concluida Medina-Azzahrá, hagamos su descripcion.

Un lindo pórtico de mármol blanco y encarnado rompia la pintoresca tapia que, imitando una elegante verja, encerraba el alcázar y los jardines. Esta puerta se llamaba de las *cúpulas.*

Por este pórtico se entraba á un extenso patio perfectamente cuadrado, cuyo pavimento, de jaspe de distintos colores, formaba los más caprichosos dibujos. En medio del patio habia una fuente de pórfido con una hidra de cuatro cabezas, que arrojaba agua por ojos, boca y narices.

En uno de los lados del patio habia otro hermoso pórtico que destacaba tres puertas ojivales. Sobre la del medio, que se llamaba de las *bóvedas*, «habia colocado Abderrahman, segun cuenta un excelente escritor, la estátua de su favorita; aunque se dice que algunos musulmanes profanos se gozaban de ver las esbeltas formas

de aquella imágen de la belleza, los más severos se indignaron al ver la impiedad del califa, que habia tenido la audacia de representar las formas humanas, contra el expreso precepto del Corán» (1). La estátua, hecha de un finísimo mármol de Carrara, era de un parecido sorprendente.

Esta puerta era la principal que daba entrada al palacio, cuyos corredores y galerías, sembrados de abigarradas columnas, se perdian en lontananza como los perfiles de una hermosa decoracion.

En la parte oriental del alcázar estaban las habitaciones de la favorita Zahara, que se distinguian por el gusto y el esplendor. En el centro de estas habitaciones habia un brillante aposento destinado á la doncella y al emir, por lo cual se nombraba *Megles almunes* (alcoba reservada ó del lecho nupcial). Este estaba construido en forma de cobba, ó sea una bóveda muy alta, adornada, así como tambien las paredes, con muchos relieves y mosáicos primorosamente dibujados sobre el fondo azul y oro, que iban á morir en lindos zócalos compuestos de franjas de diversos colores. Entre las hojas

---

(1) A. Benavides: *Medina-Azzahrá.*

de las flores y los arabescos se leian sentencias y versos sacados del Corán.

Los techos y bóvedas, prolijamente tallados, presentaban elegantes relieves, perfectamente dorados. En medio del aposento habia una fuente de pórfido, donde triscaban millares de peces de colores, y alrededor, en una cenefa de boj, divinamente recortada, se leia el nombre de la favorita, cuya estátua de oro estaba como sonriendo sobre la taza de la fuente.

Otro de los aposentos que más sobresalia por su mérito y su importancia, era el que se llamaba *Beitalmenam*, ó sea cuarto del sueño, porque en sus dos extremidades, bajo dos pabellones afiligranados, sostenidos por finas y esbeltas columnas de cristal de roca, se abrian las puertas de dos alcobas ocupadas por blandos y riquísimos lechos, destinados al califa y á la sultana. En medio de los pabellones habia otra fuente en forma de concha para el tocado de la favorita. Sin embargo, lo que más llamaba la atencion en el *Beitalmenam*, despues de sus elevadas techumbres de artesonados de cedro y alerce, sembrados de figuras talladas en plata y oro, era una fuente de jaspe verde, en la que resaltaban bellas labores y vistosos geroglíficos, sobre un fondo perfectamente dorado. Entre las pintorescas flores que formaban la labor, se veian in-

crustadas hermosas perlas, y en los doce lados aparecian doce figuras de animales distintos, de oro rojo cincelado y engastadas con riquísima pedrería. De la boca de cada animal brotaba un caño de agua que se derramaba en una pila de alabastro que descansaba sobre el pavimento de jaspe blanco y encarnado. Esta hermosa fuente fué regalada al califa por el emperador de Grecia, que la remitió por medio de sus obispos y embajadores Rebi y Junani. Las figuras de oro y plata fueron trabajadas en las *Dársenas* (talleres) de Córdoba, cuyas joyas, entónces como ahora, eran tenidas en gran estima por su mérito y su valía.

Entre el lujo y la magnificencia que por todas partes asombraba, haciendo creer que personas más que humanas habian contribuido á levantar aquel monumento del arte, llegaba á su colmo, sin embargo, por la pompa y el encanto, el pabellon central llamado *de los califas*, cuya descripcion dejaremos para más adelante.

Por lo demás, y para conocer la magnificencia y grandeza que en todas partes resplandecia, formando de aquella encantadora mansion un sueño del Paraiso, iremos señalando el orgullo y la ostentacion con que habian sido llevadas á cabo áun las cosas más pequeñas y minuciosas.

Despues de referir las vicisitudes de las obras, los tesoros consumidos y las preciosidades adquiridas, dice un historiador moderno: «Los toldos, alfombras y cortinas que adornaban los patios y estancias, eran de rico tejido de oro y seda, y multitud de dorados pebeteros perfumában el ambiente con los más suaves aromas, miéntras trescientas hermosas pilas de alabastro, llenas de aguas esenciales, ocupaban los parajes más amenos y deliciosos para las abluciones de la familia real.»

Para conocer las riquezas y suntuosidades que allí habia amontonado Abderrahman III, es preciso leer las siguientes frases de Dozy, elocuentes para el caso: «El palacio califal, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de colosal extension: basta decir que en el Haren habia seis mil mujeres» (1).

Nada nos parece tan acertado para contar á nuestros lectores lo que era el pabellon central, que copiar la exacta y severa descripcion que hace de él un inteligente escritor, persona de gran autoridad en la materia.

«Entre sus maravillas, dice, se distinguian el

---

(1) Tomo III; *Historia de los musulmanes.*

pabellon central, las fuentes y la mezquita. Estaba el mencionado pabellon sostenido en columnas de mármol de aguas taraceadas de rubíes y perlas con capiteles de oro; llevaba el nombre de *Salon de los califas* (Kasrud-l-Kholafa), porque en el advenimiento de estos al trono debia hacerse allí su jura y proclamacion. Sus paredes estaban cubiertas de oro y mármoles trasparentes de diversos colores, su techo de lo mismo, y pendia de su centro una perla de incomparable tamaño, que, entre otros preciosos dones, habia regalado á Ana-sir el emperador Constantino Porfirogénito. Las tejas de este pabellon eran de plata y oro, alternadas. Ocupaba el centro del mágico recinto un estanque de pórfido, lleno de purísimo azogue, que limitaba una arquería poligonal de ocho arcos de herradura, de ébano y marfil, incrustados de oro y piedras preciosas, sobre columnas de mármol pulido y cristal.

»Cuando penetraba el sol por ellos, sólo el reflejo que producian sus rayos en el techo y las paredes bastaba para cegar á cualquiera: así, cuando Ana-sir queria intimidar á algun personaje, de cuya lealtad no estaba seguro, con una seña que hiciese á uno de sus esclavos, al punto la masa de azogue empezaba á moverse, y sus vivos reflejos producian en todo el salon unas

luces como relámpagos deslumbradores» (1).

Debajo de este pabellon habia otro que no le cedia en riqueza, gusto y ostentacion. Era todo de mármoles exquisitos de diferentes colores, y la techumbre y capiteles de sus muchas y elegantes columnas, primorosamente dorados. En medio de este salon se destacaba una fuente de gran mérito y trabajo, que arrojaba sus ricas aguas por medio de un cisne de oro de inapreciable valor. Tènia dos grandes puertas de entrada, la una meridional, con una graciosa escalinata que daba paso á los deliciosos jardines de la Raudha, y la otra septentrional, que daba salida á la sierra, y era por donde los califas marchaban á sus monterías.

Iguales ó parecidos habia otros muchos salones, donde la plata, el oro y la pedrería hacian un juego tan encantador, que hoy, á pesar del desarrollo extraordinario de la industria y el lujo, nos parecen sueños de las calenturientas imaginaciones árabes. Renunciamos á su descripcion por no cansar á nuestros lectores.

Diremos, sin embargo, «que habia allí, además del régio alcázar, viviendas magníficas para

(1) Madrazo; *Recuerdos y bellezas de España*, página 411. Conde dice estaba el azogue en una concha; pág. 3.ª, cap. 79.

hospedaje de los altos funcionarios del Estado; allí, acueductos que mantenian con agua de la sierra en perpétuo verdor las huertas y vergeles; allí, jardines con toda clase de flores y boscajes de azahar, de mirto, de laurel; allí, sorprendentes juegos de aguas, fuentes, estanques y lagunas de todas formas; allí, cenadores y deliciosas umbrías donde guarecerse de los ardores del estío» (1).

Además de los jardines de la Raudha, donde se criaban plantas y flores traidas de la Arabia, de Persia, de Turquía, de Grecia, de Italia y de otras partes del globo, habia otras muchas huertas y paseos «con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes» (2).

Veinticinco años duró la obra de Medina-Azzahrá, como hemos dicho, á pesar de la actividad que reinaba y de la contínua presencia del califa en las obras, el cual, tanto empeño tenia en concluirlas, que con asombro de los

(1) Madrazo. Obra citada, pág. 410.

(2) Conde; *Historia de los árabes*, parte segunda, cap. 79.

creyentes faltó tres viernes á la oracion de la Aljama, por lo que fué reprendido públicamente por el Abjaqu-Mondzir.

Hasta el monte vecino, para complacer á la favorita, fué convertido en una risueña pradera sembrada de árboles y flores que derramaban sus perfumes sobre la altiva ciudad, todo lo cual evidencia la razon de haber gastado tantas rentas y tesoros en aquella obra, digna de mejor suerte, puesto que á los pocos años fué destruida.

No concluiremos sin dar una idea, siquiera sea sucinta, de la famosa mezquita que tambien se construyó al mismo tiempo, si no de la importancia, grandeza y suntuosidad de la de Córdoba, no de ménos lujo y acatamiento.

Esta preciosa mezquita, edificada con todos los primores del arte, media noventa y siete codos de longitud desde el Norte al Mediodía, sin contar la capilla ó sitio que ocupaba el *Mihrab*, y cincuenta y nueve de anchura. Constaba de cinco naves: la del medio, de trece codos de ancho, y las demás, de doce. Su patio, que tenía cuarenta y tres de longitud, y cuarenta y uno de anchura, estaba enlosado de mármol rojo, y en su centro vertia sus cristalinas aguas una magnífica fuente de alabastro. Su lindo alminar, de cuarenta codos de eleva-

cion, se distinguia por sus labores y ornamentos, ejecutados con todo el gusto del arte árabe en el estuco, señalándose por su esbeltez y su riqueza el hermoso Mimbar, que se destacaba en uno de los costados del edificio (1).

Las paredes de la mezquita mirábanse todas ricamente decoradas del *foisefesa* de Constantinopla, enlazado con caprichosos mosáicos en fondo de azul y oro, como jamás pudieron hacerlo los griegos, de quienes los árabes la tomaron.

Hasta las maderas empleadas en su construccion, raras y traidas de lejanas tierras, exhalaban tan excelentes perfumes, que á veces sobresalian á los que brotaban de los mismos pebeteros.

Además de la mezquita, se construyeron en los alrededores innumerables casas de recreo, pintorescas alquerías, soberbias almunias, deliciosas quintas, que, diseminadas en las faldas de Sierra Morena, daban un aspecto encantador y una animacion sobrenatural á aquellos mágicos lugares.

Para que nada faltase á aquella morada prodigiosa, se edificaron casas para fieras, fábrica

(1) *Simonet*. Gayangos idem, y Conde; parte segunda, cap. 79.

de moneda, grandes mercados, y se establecieron bulliciosas verbenas, de las que todavía quedan algunos recuerdos en Córdoba. Los poetas árabes cantaron á la nueva ciudad, y sus frescas y gratas inspiraciones han llegado hasta nosotros con toda la verdad y el sentimiento de aquellas ardientes fantasías (1).

VII.

Amaneció el dia claro y esplendoroso: la primavera lucia sus primorosas galas, y la brisa mecia los naranjos y las palmeras que cubrian los alrededores de Córdoba y poblaban sus pintorescos jardines.

Bandadas de blancas palomas cruzaban la atmósfera é iban á posarse sobre los gallardos alminares que se levantaban sobre los edificios de la ciudad.

Al apuntar el dia, un ruido de tambores, trompetas y añafiles se oia en todos sus ámbitos, y el vecindario en tropel corria ante aquella novedad, para cerciorarse del motivo de aquellos toques al amanecer.

¿Se preparaba alguna algara? ¿Iban las taifas á salir á campaña? ¿Habian osado acercarse los cristianos á Córdoba?

---

(1) Maraver; *Historia de Córdoba*; M.S., tomo III, apéndice primero.

El caso era que las tropas empezaban á formarse; que se hablaba de conspiraciones, de asesinatos y de prisiones, y que nadie sabía á qué atenerse por lo mucho que se abultaban y exageraban las cosas. Ello es, que algo grave ocurria en Córdoba, como tendremos lugar de ver.

PARTE SEGUNDA.

LA CONSPIRACION.

I.

Cuando Abderrahman supo que se conspiraba, y que los conspiradores iban á ser presos, su espíritu se conmovió, porque siendo hombre poco aficionado á hacer daño, esquivaba las ocasiones de hacerlo, propicio siempre á practicar el bien á que lo inclinaba su natural bondad. Eso sí, en los casos en que se trataba de humiliarle, revelaba una energía á toda prueba, así como en los campos de batalla. Dice un historiador, que era de buen ingenio, de mucha erudicion, muy prudente, afable y de graciosa conversacion.

El primero que le juró obediencia fué su tio Almudafar, y de ahí el cariño que los dos se tenian, que era como el de padre é hijo, y este

ilustre general fué el que le acompañó en sus grandes combates y en sus grandes victorias.

Para huir de las discordias y no escuchar los clamores de los unos y de los otros, ni oir las quejas que sus bellos sentimientos no podian sobrellevar, habia dispuesto trasladarse á Medina-Azzahrá con su favorita y su servidumbre, porque decia que en más de cincuenta años de reinado no habia gozado más que catorce dias de sincera felicidad.

Abderrahman empezó á reinar á los veintidos años, y murió de setenta y dos, siendo el califa que más tiempo ocupó el trono de todos los de su familia, sin que despues llegara alguno ni á la mitad de su reinado.

II.

Almudafar, como hemos dicho, era tio del califa y general en jefe del ejército del califato. Era hombre de escelente trato, finas maneras, gran sagacidad y de una lealtad inquebrantable, por lo que Abderrahman lo queria en extremo.

Debido á su actividad, fué el caso por el que descubrió la conspiracion, que si bien se dice fué á causa de una delacion de uno de los conspiradores, ello es que se dió tan buenas trazas,

que los cogió á todos, sorprendió todos los secretos y se apoderó hasta de los estatutos, cuyo artículo primero era el siguiente:

«Artículo 1.° En el momento de estallar la conspiracion, se prenderá fuego al palacio del califa sin permitir salir á nadie, hasta que el edificio, con todos los que están dentro, haya quedado reducido á cenizas.»

Como se vé, la primer medida daba una horrible idea de cómo serian las demás.

El califa, atónito, asombrado de tanta maldad, y sobre todo, de la perfidia de su hijo, resolvió, para no presenciar el sangriento espectáculo que se ofrecia, marcharse á Medina-Azzahrá. Habian concluido aquellos dias este palacio, y queria disfrutar con su favorita aquella deleitosa mansion.

Tambien se le ofrecia hacer un alarde de su poder, su fuerza y su opulencia; y optó por ello, á fin de imponer respeto á los conspiradores que hubiese ocultos.

Desde Córdoba hasta Medina-Azzahrá, se habian levantado miles de arcos de flores y follajes, y cubierto el camino con un toldo de seda color de rosa: á un lado y otro del mismo estaban formados los gentiles mancebos y slavos, con sus ricas armaduras y sus lucientes espadas y picas de hierro bruñido que reverbe-

raban á los rayos del sol. Los doce mil esclavos de su escolta real formaban á continuacion, y en los atrios, pórticos y jardines les esperaban, lujosamente ataviadas, las diez y seis mil mujeres de sus harenes. Por medio de este lujo y ostentacion pasaron Abderrahman y Azzahrá, que fueron vitoreados frenéticamente á su paso. Entraron en el alcázar por la puerta llamada *Beb Assudda*, quedando asombrada la favorita de tanta magnificencia y esplendor.

III.

Abderrahman habia dispuesto grandes fiestas para la inauguracion del soberbio palacio y para recibir dignamente á la favorita, cuyo amor absorbia su vida, por más que ella le pagase con el mismo delirio y la misma idolatría.

Antes de empezar las fiestas visitó Azzahrá todo el palacio, y al llegar á la habitacion de la fuente de azogues, á una seña del califa movió un slavo ésta, apareciendo la estancia iluminada como por contínuos relámpagos, que deslumbraron y casi trastornaron á la favorita, que se creyó víctima de un vértigo.

Los festejos que tuvieron lugar, fueron tan grandes como esplendorosos, los cuales duraron tres dias: hubo corridas de toros, en que

los moros principales lucieron sus habilidades; se corrieron cintas, hubo torneos; en todo lo cual Azzahrá mereció toda clase de obsequios, y fué colmada de atenciones.

Por las tardes se jugaron tambien cañas y sortijas; de noche, zambras, bailes y fuegos artificiales, al par que las fuentes y surtidores, fantásticamente iluminados, lucian primorosos juegos de aguas. Las barquillas, iluminadas y adornadas de banderolas, surcaban los estanques. Los alrededores de la ciudad estaban sembrados de tiendas de campaña y pabellones de los moros de Córdoba y pueblos comarcanos que habian acudido á las fiestas.

De noche ofrecia el alcázar el aspecto de un palacio encantado: las habitaciones parecian ascuas de oro, y los jardines, iluminados á la veneciana, como llamamos ahora, ostentaban un aspecto sorprendente: las fuentes y los arroyos murmuraban por todas partes, formando el iris á los rayos de los millones de luces de los jardines. Entre los bosques y vergeles dispuso el califa se ocultaran mancebos slavos y jóvenes doncellas, que tocasen instrumentos y cantasen himnos alusivos al objeto, á su paso y el de la favorita. Esta sorpresa fué para ella muy agradable, y los armoniosos acentos de los añafiles, alilíes, alaudes, guzlas y otros instru-

mentos, trajeron á su mente recuerdos felices de su pasado. Delante de ellos iban turbas de mancebos y doncellas bailando y danzando á la usanza mora. Los poetas escribieron muchos y bellísimos versos, que se leyeron aquellas noches delante del califa y la favorita, á los cuales adulaban en ellos, celebrando las victorias y grandeza de Abderrahman, y la belleza y gracia de Azzahrá.

Esta le dijo al ver esto:

—¿Y para qué has gastado tanto, cuando hay muchas necesidades en tu pueblo?

—Porque todo es tuyo y todo para tí, y como presente y regalo de mi cariño.

IV.

Mientras que el júbilo, el placer y el regocijo reinaba en Medina-Azzahrá y en aquellos lugares de ventura y de deleite, una escena triste y desconsoladora tenía lugar en el palacio de Córdoba. La sultana *Murchana*, esposa de Abderrahman, tenía un delirio por él y sufria con la resignacion de una santa aquel abandono y aquel desprecio. Ni una queja, ni un resentimiento brotaba de aquella alma herida y despedazada contra su esposo; así es, que los

moros la respetaban por su santidad y sus virtudes.

Aquella ilustre señora, triste y desventurada, sufria en silencio su largo y penoso infortunio, y velaba por su esposo como si gozase de toda su felicidad.

La noche en que empezaron los festejos en Medina-Azzahrá, Murchana miraba con dolor hácia la nueva ciudad desde una ventana de su aposento, acaso oyendo la algazara y el estrépito de aquellas gentes contentas. Cuando más embebecida estaba mirando hácia Medina-Azzahrá, acaso envidiando la suerte de la favorita, le pareció que una nube sangrienta se mecia sobre él y ocultaba los encantos de aquel palacio.

La sultana, aterrada ante aquella vision, llamó al anciano alfaquí y cadhí Mondair Ebn-Said y le consultó el caso, el cual la contestó:

—¡Ay noble señora! vuestro esposo el califa ha provocado la cólera y las iras de Alá, al emplear en la fundacion de su asilo de deleites y vanidades mundanas las sumas con que debiera redimir los cautivos que gimen en las mazmorras de Afranch.

Esa mujer le ha perdido y acabará con él.

Esta revelacion acobardó á la sultana, hasta el punto de que, temblando y llorosa, creyó que estaba ya encima de su esposo el castigo de

Alá. Entónces, á aquellas horas, se encaminó á la mezquita, y con lágrimas y sollozos, puesta de rodillas, imploró de Alá el perdon de su esposo y le rogó infiltrase la luz en su corazon, seducido por los halagos y groseros deseos que le brindaban mujeres engañadoras.

La infeliz sultana pasó la noche en la mezquita en constante oracion y rezos, miéntras Almudafar prendia á los conjuradores, como hemos visto, cumpliéndose en parte las profecías del alfaqui.

V.

Abderrahman III, fué sin disputa el califa más grande del reino árabe en España: él concluyó la guerra civil que devoraba al pueblo; creó academias, levantó soberbios edificios, hermoseó la catedral, cubrió de laureles sus banderas, y llevó sus victorias á Africa, Francia y Portugal. Él concluyó con los bandos y fracciones que se disputaban el reino; acabó con las matanzas que inundaban de sangre las calles de Córdoba; rechazó á los leoneses y africanos que estaban á punto de repartirse el reino cordobés.

Protegió las obras públicas, y no fueron pocos los monumentos que debieron á él la ostentacion y la grandeza con que las admiraban

las gentes. Muchos creen que empobreció el erario con sus despilfarros, y la verdad es, segun dice Dozy, que encontró el Tesoro público en un estado deplorable, y dejó á su muerte en él la enorme suma de veinte millones de monedas de oro; habiendo prosperado, á la vez que el Tesoro público, el comercio, la industria, la agricultura y las artes. La poblacion de Córdoba llegó entónces á medio millon de habitantes, con ciento trece mil casas, tres mil mezquitas, trescientos baños, y veintiocho arrabales.

La poesía llegó á su más alto grado de esplendor; los poetas, como Ben Ayub, Abu Becri, Ben Berd, Ismael y otros, entre ellos Abderrahman, que escribió, entre otros versos, aquellos que empiezan:

¿Cómo no ha de suspirar?
¿Cómo esperará bonanza,
si dura piedra acabó
el alma que me cuidaba?

Ya se comprende que tras una vida de tanto trabajo, tras una agitacion tan contínua, el califa debia estar cansado, y por más que Azzahrá dulcificase sus sueños, su felicidad no podia ser duradera, como él decia.

Por eso aquella conspiracion inesperada le

hizo tanto daño, y por eso se alejó de aquel horrible teatro, donde no podia ménos de representarse un drama sangriento que queria olvidar entre los placeres y las fiestas.

Conocia que los celos no perdonan, que Almudafar era inexorable, como pundonoroso militar, y que él no podia más que seguir la ley, como habia hecho toda su vida.

VI.

Abderrahman estaba sentado en un divan de seda acariciando el puño de su gumia damasquina.

Su frente estaba pálida, y su mano temblorosa.

Un sudor frio corria por sus mejillas, y de vez en cuando suspiraba dolorosamente.

Almudafar estaba en pié, sin hablar.

Por último, el califa rompió el silencio, y dijo:

—¿Y los presos?

—Esperan tus órdenes.

—Villanos, exclamó, mientras me desvelo por su bienestar, son más ingratos.

—Ya sabes que siempre pasa eso.

—¿Y cuántos son los culpables?

—Ya lo sabes: los jefes son Abdilbar y la

Rosa: además, hay otros muchos de ménos importancia.

—¿Y qué les he hecho yo?

—A ellos nada; pero hay aquí otro misterio oculto.

—Por Alá, dime lo que hay.

Almudafar temblaba sin hablar.

—Habla pronto.

—Tu hijo...

—¡Abdalá será! porque Alakem es muy bueno.

—Sí; Abdalá era el alma de la conspiracion; pero hay más todavía.

—¡Walá, habla, que se arde mi frente!

—Que en la conspiracion resulta complicada...

—¿Quién?

Y el califa se puso en pié como un cadáver galvanizado.

Almudafar dió un paso atrás.

—Habla, habla pronto.

—¡Azzahrá!

—Mientes.

—Es verdad, dijo Azzahrá, que entró en aquel momento, pálida como una azucena, hermosa como una rosa blanca de Mayo.

El califa y Almudafar, espantados, se quedaron mudos.

Azzahrá se sentó tranquila, y añadió:

—Vete, Almudafar.

El general obedeció, comprendiendo el dominio de aquella mujer, y lo inútil de entrar en lucha con ella.

El califa se sentó tambien, sin poder articular una palabra, porque el llanto ahogabá su voz.

Llora, padre desdichado, llora.

Y Azzahrá, enternecida, sintió tambien resbalar sus lágrimas, como resbala el rocío por el cáliz de las flores, como resbalan las perlas por el torneado cuello de una hermosa.

Azzahrá estaba bellísima: era un ángel á quien el dolor le plegaba las alas.

VII.

Ninguna ocasion más á propósito para hacer el retrato de Azzahrá, para lo cual nos vamos á valer de otro que hicimos de ella en nuestro libro titulado *Hojas de laurel*.

Hélo aquí:

«Linda la niña, pura y hermosa,
Era su cara la luz del dia,
Pálida y blanca como la rosa
Que entre la nieve sus hojas cria.

Negros sus ojos como la noche,
Hieren el alma con sus destellos,
Como el brillante que va de broche
Sobre las ondas de sus cabellos.
Boca de perlas, lábios de grana,
Frente tan pura como el rocío,
Tez como el astro de la mañana
Que arroja estrellas sobre el vacío.
Seno turgente que fanatiza,
Miéntras el alma roba y consume,
Que los sentidos aromatiza
Con los encantos de su perfume.
Frescas mejillas como el capullo,
Cual la azucena purificadas,
Canto divino como el arrullo
De las palomas enamoradas.
Exuberante su blanco pecho
Casi rebosa de su clausura,
Mas se disipa sobre el estrecho
Aro invisible de su cintura.
Piés que se pierden en la sandalia,
Cárcel de perlas, oro y topacios,
Talle que ondula, como la dalia
En los jardines de sus palacios.
Rojo bonete de argentería
Ciñe su frente, con alamares;
Túnica de oro con pedrería
Bajo las perlas de sus collares.
Esa es la bella, mágica esclava,
Flor la más linda de aquellas flores,

La que el califa siempre adoraba
Como la esencia de sus amores.»

Cuando el califa se encontró solo con ella, la dijo:

—¿Qué quieres, desdichada?

—Vengo á pedirte la vida de tu hijo Abdala.

—¡Infame! ¿y te atreves á eso: te atreves á enmendar una infamia con otra?

Azzahrá quedó un tanto desconcertada.

—Extraño ese lenguaje, le dijo.

—Es el lenguaje de la verdad: conspiras con él para arrojarme del trono y de tu corazon, y ahora pides por él. ¿Por qué no ha venido él á pedir por tí?

—Porque yo soy inocente; porque no necesito que nadie se interese por mí; porque mi frente está pura como el albor de la mañana, y mis lábios sin mancha como las hojas de ese azahar.

—¿Será posible? No, no; tú me engañas, y un rayo de contento se dibujó en la apenada frente del califa.

—Yo no tengo más que un corazon y una palabra, y ambas cosas las he dado.

—¡Oh! esa frialdad me espanta; esa indiferencia me hiela.

—Dudar de mí, es como dudar de la existencia del Profeta, como romper las hojas del Coran y arrojármelas á la cara.

—Tengo de tí sospechas: tú me haces traicion; tengo pruebas, estoy convencido.

—Miente el que tal haya asegurado: esos son aduladores de oficio y envidiosos que nos quieren separar.

—¡Ay Azzahrá, nuestro sol se nubla, nuestras ilusiones se van, nuestros amores están en el invierno de su vida! ¿Y para esto he hecho yo tantos sacrificios? He agotado mis tesoros y he arruinado mi reino. Mira Azzahrá, dijo tendiendo la mano hácia el horizonte, mira qué tumba tan hermosa he labrado para nuestro cariño, ¿no es verdad? Y ese es el nido que yo fabriqué para nuestros amores.

VIII.

Miéntras el califa hablaba, Azzahrá lloraba con desgarramiento; á pesar de que él dudaba de su infidelidad, queria probar los quilates de aquel alma para la que él vivia. Contemplando y señalando aquel suntuoso edificio, le decia:

—La obra de Medina-Azzahrá es una de esas maravillas que no se pueden mirar sin contemplar, sin admirar la grandeza del ingénio y los inmensos recursos de que puede disponer el hombre para dar cima á las más esmeradas

obras y á las más gigantescas concepciones (1).

Ahí tienes, le decia, toda la ornamentacion más bella y grandiosa que creó el Oriente y regularizó el género estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que figuran en las olas de la mar; los meandros ó grecas de historias que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los enlaces y entrelazados, combinacion preciosa de líneas rectas y curvas que imitan las trenzas del cabello; las palmeras en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro y otras hácia fuera, imitacion feliz del loto asirio y de las palmas fenicias y tebana; el acanto silvestre, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el tulipan y la flor del loto, graciosa importacion del arte de Lersepolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Ninive y Babilonia (2).

¿Qué más podia desear un califa de la talla de Abderrahman III, sino que convinieran los hombres en que los islamitas jamás habian construido un monumento de la majestad y grandeza de Medina-Azzahrá?

Los tesoros y las rentas que empleé en esa obra son incalculables, además de las cantida-

(1) Maraver. Apéndice I.

(2) Madrazo, idem.

des que tenía para la redencion de cautivos, y Azzahrá, tú me pediste las gastase en la construccion del alcázar, gasté cuantas riquezas adquirí en mis muchas y grandes victorias contra los cristianos y los enemigos de Africa, y cuanto produjeron las rentas públicas en muchos años.

Nada más soberbio, poético y grandioso que este riquísimo y pintoresco palacio, donde pienso establecer reuniones y certámenes literarios que tanto nombre dieron á algunos reinados y tanta celebridad á muchos poetas, que honraron con sus inspiraciones la época en que nacieron y al pueblo que meció su cuna. Hasta los mismos califas, como fué el gran Abderrahman I y otros, hicieron sentidas poesías que han llegado hasta nosotros.

Para concluir y darte una idea de la importancia del alcázar y la ciudad que le rodea, te bastará decir que en los serrallos de ésta hay 16.343 mujeres, y en la guardia de aquél 12.000 hombres, entre ellos 8.000 zenetas y andaluces de á caballo y 4.000 esclavos de á pié; además, se encuentran en el palacio 4.500 empleados ó dependientes de todas categorías, más 2.000 caballos constantemente encerrados en sus caballerizas y preparados para el servicio del califa y de su favorita.

Ahora bien, ¿para quién he levantado yo este grandioso monumento? ¿Quién era la reina de él? ¿A quién se adoraba por todos en su templo de amor? A tí; tú has merecido lo que ninguna mujer en el mundo, y pagas todo ese cariño con una ingratitud.

—Soy inocente, gritó Azzahrá, deshecha en lágrimas: mátame si la duda ha entrado en tu corazon. Por Alá te juro, que mi pureza no desmerece de la de las huríes del Eden.

—Levántate, no te arrodilles.

IX

—Que no esperen compasion, exclamó el califa al ver entrar á Almudafar.

—Ni la esperan, ni es posible tenerla.

—Han conspirado contra mi vida, contra el trono y contra mi tranquilidad.

—Su delito no tiene perdon.

—Esta noche espíen su culpa: que no pase de esta noche.

—Te traigo una carta de tu hijo.

—Infeliz. ¡Oh! sí, ¡más infeliz yo! ¿A qué he venido al mundo más que á presenciar desgracias? ¿Qué quiere este desdichado? Leamos. «Padre mio: no pido perdon para mí, porque no lo merezco: he atentado contra tu vida, el trono y

tus amores; y esto merece un castigo horrible; tampoco pido por Abdilbar, que es tan culpable como yo; pero te pido el perdon de la Rosa, que se opuso á la conspiracion, y te pido por Azzahrá, que es más pura que el capullo de las flores. Tu hijo, Abdalá.»

—No puedo con tanta pena; esto es horrible. ¿Por qué hay padres en la tierra?

—¿Qué deseas? le dijo á Alhakem, que entraba.

—Vengo á pedir por mi hermano: es un niño, y merece compasion.

—Imposible, Alhakem; la ley es igual para todos, y yo no falto á la ley. ¡Ojalá no tuviera corazon ni ojos!

— Alhakem alzó sus negros ojos al cielo, y dijo á su padre: si Alá lo quiere, yo lloraré á mi hermano y lloraré tu crueldad.

—No me mates, ni hagas pedazos mi afligido corazon; yo siento arder mi cabeza y que mi frente va á estallar.

—Toma esa carta de la Rosa, que me ha dado para tí.

—¡Y es letra de ella!

—El califa la abrió con avidez, y leyó:

«Abdalá: tus pretensiones son inútiles; ni yo soy capaz de conspirar contra tu padre, ni faltarle en su cariño; primero se secaria el mar ó

se romperia el cielo como un cristal. No vuelvas á escribirme, que no te contestaré y siempre condenaré tus insensatas pretensiones. *Azzahrá.*»

—¿Quién le ha dado esta carta á la Rosa?

—La recibió para Abdalá, y no se la pudo entregar.

—Bendito sea Alá: el me abre el cielo por un lado, y por otro el infierno. Hija de mi vida, alma de mi alma, purísima flor de mi paraiso, ven á mis brazos, ven que te estreche y junte el fuego de mis lágrimas con la blancura de tus perlas.

¡Cuánto placer y cuánto horror en un dia! ¡Cuantas espinas y flores juntas! (1).

X.

El califa estaba sentado en un cojin de damasco. Azzahrá, delante de él, de rodillas.

—Es imposible, la contestaba él.

—¿No me quieres tanto? ¿no levantas ciudades para mi recreo, no has vencido á tus enemigos con mi nombre, no rezas en la mezquita las oraciones y llenas con tus rezos el alma y

(1) Véase en esta conspiracion á Conde.

el corazon? Pues sé grande, perdona á tu hijo. ¿No te llaman *el Grande*? Pues sabe serlo.

—Ya sé el desinterés con que obras; dudé de tí por un error: perdona, dudé conociéndote: muchas lágrimas te ha costado, y á mí muchas penas. Alá lo ha querido así, y yo doblo mi cabeza ante su poder infinito.

—¿Le perdonarás?

—No le castigo yo, sino la ley.

—Pero tú la ejerces.

—Por eso no debo faltar á ella; pedidme que haga otra ciudad como ésta, y la haré; pedidme cien conquistas, y las haré ó moriré en ellas, pero eso es imposible.

—¿No me quieres, dí?

—Te quiero como el cansancio al sueño, como la flor á la primavera, como la madre al niño, como el sediento al agua, como el corazon la vida, como el desierto á la palmera, ¡oh! te quiero como tú no sabes ni yo tampoco.

—Abderrahman, si yo valgo para tí algo en el mundo; si hay en tu corazon ternura, sentimiento; si hay piedad; si hay compasion; si hay amor, escúchame. Azzahrá púsose de rodillas al tiempo que entró Alhakem y se arrodilló á su lado. El califa se inmutó, sintió bañado su rostro en un sudor frio, latir desesperado su corazon. un temblor convulsivo en su cuerpo, un

sacudimiento nervioso en sus miembros; quiso llorar y no pudo; sólo pudo decir: matadme entre los dos y enterradme con él.

—¡Padre!

—Abderrahman.

El califa temblaba como si el frio de la calentura agitase sus miembros.

—¡Oh! ¡la vida así es imposible! No la quiero... ¡Por Alá, matadme!

—¿Pero no sabes perdonar, Abderrahman? ¿Se han secado en tu alma la fuentes del sentimiento? ¿Has olvidado que la caridad es una flor del alma?

—No sé más, sino que todo el mundo espera un ejemplar castigo; que la vindicta pública está ultrajada; que hay un crímen de lesa nacion impune.

—¿Y no esperas que mañana te despierte el remordimiento y que en tus sueños te persiga su sombra ensangrentada?

—Yo moriré con él... sí; ya siento en mi corazon el hielo de la muerte, y en mi cerebro el fuego del infierno.

—¿No temes que te maldiga desde su tumba?

En aquel momento se abrió la puerta del salon y entró Almudafar, al cual le dijo:

—Cumple mis órdenes esta noche mism, ya

salió vacilando, y apretándose la frente como si temiese que estallase.

XI.

Al amanecer del siguiente dia, un entierro lujoso, como nunca se habia visto, pues iban en competencia la pompa y la vanidad, entraba en el cementerio llamado de la Ruzafa; en el largo y brillante cortejo fúnebre, iba toda la nobleza árabe de Córdoba; los príncipes, generales, vacires, alcaides, meruhanes, walíes, gente de guerra y el pueblo entero, que lloraba la muerte de aquel jóven de gran talento y relevantes prendas personales (1).

A la misma hora entraba otro entierro, pobre y casi sin acompañamiento, en el panteon del Arrabal; sólo los parientes y deudos de Abdilbar iban en aquel reducido cortejo (2).

Una mujer, desde las torres de Medina-Azzahrá, contemplaba aquella triste ceremonia, y cuando vió desfilar el fúnebre acompañamiento, cumplida aquella dolorosa mision, exclamó:

—Alá lo perdone, como lo perdono yo.

---

(1) Conde, párr. 11, cap. 83. Véase nuestro libro *Hojas de laurel*, sobre esta leyenda.

(2) Conde.—Idem, id.

Miéntras el entierro llegaba á la Ruzafa, una mujer, enlutada, entraba en la mezquita Mayor por la puerta llamada del Perdon y se arrodillaba en el Mihrab.

Aquella mujer pasó allí la noche orando.

Era la sultana, que pedia á Alá perdon para su hijo y misericordia para su esposo.

PARTE TERCERA.

DUELO, MUERTE Y GENEROSIDAD.

I.

La muerte de Abdalá fué muy sentida, porque era hombre ilustrado, de talento y de simpatías.

En su palacio de Meruhan reunia sus amigos en veladas literarias, de donde nacia la instruccion de aquella juventud que al fin fué su perdicion, porque le infundió una ambicion sin límites y una envidia lamentable, llegando á persuadirle que él merecia el trono más que su hermano.

Aquellos amigos y aduladores pasaron de las letras á la política, y el dia que su hermano fué jurado como príncipe heredero, alentaron su deseo de reinar, le presentaron el espinoso ca-

mino que tenía que recorrer, y se prestaron á ayudarle.

El juramento prestado á su hermano y la pasion que concibió por Azzahrá, fueron los móviles que le precipitaron, incitado, empujado y hasta obligado por sus amigos.

El califa sabía las reuniones de su hijo, y como hombre tan ilustrado participaba y alentaba aquella aficion. Lo que no sabía, era que las cañas se volvian lanzas, y que se minaba su trono, y hasta sus amores; pero el sagaz Almudafar, que velaba sobre todos, y á cuya vigilancia nada se escapaba, cogió el hilo y dió con la trama, pagando muchos con su cabeza aquel desacato al califa, en Córdoba y fuera de ella, pues muchos pueblos habia comprometidos.

Abdalá, pues, necesitaba á Azzahrá, y para esto le estorbaba su padre; necesitaba el trono, y para esto le estorbaban su padre y su hermano. En una palabra, que conspiraba por celos del uno y del otro.

Alhakem, generoso como su madre, pidió con ahinco por su hermano, y casi se indispuso con su padre por la negativa. La sultana escribió á su marido, y no le contestó siquiera.

A pesar de eso, sin las excitaciones de Abdilbar, la Rosa y los demás, Abdalá no hubiese

ido tan lejos en sus intenciones, porque tenía buen corazon, y sus inclinaciones nunca fueron perversas; acaso, fuera de este culpable estravío, era el mejor de los cuatro hermanos.

Acaso sin Azzahrá, hubiera sido un ángel.

II.

Al poco tiempo de los lamentables sucesos de que acabamos de hablar, que dieron por resultado las sangrientas escenas que hemos presenciado, el ejército árabe partió para Zamora en número de cien mil hombres, divididos en tres cuerpos: uno de cuarenta mil, al mando de Almudafar; Aben-Abed con otros cuarenta mil, y el walí de Valencia, Ben Gamri, con veinte mil.

El ejército de éste tenía cercada á Zamora, y acudiendo á socorrerla el rey Ramiro II, de Leon, trabóse la batalla entre ambos ejércitos, y al cabo de dos dias de pelea, en que unos y otros dieron muestras de verdadero y heróico valor, los moros fueron derrotados horriblemente, dejando en el campo cincuenta mil cadáveres. Los historiadores árabes dicen que la victoria quedó indecisa, por no confesar tan espantosa derrota, pero el caso es que uno de ellos exclama en su profundo dolor: ¡Quién

puede saber el número de los muertos! Dios lo sabe.

En esta batalla se perdió toda la caballería de Córdoba, que, segun el autor citado, era la flor de la caballería de España.

En Córdoba el llanto fué general; no habia madre que no hubiese perdido un hijo, ni esposa que no llorase á su esposo.

Los profetas salieron como siempre, en idénticos casos, diciendo que se habia eclipsado la estrella de Abderrahman, que era castigo de Alá por la sangre de su hijo y por el desprecio en que tenía á su mujer.

El califa se sintió estremecer, y ya creyó que la maldicion de Alá habia caido sobre él; estaba aterrado; Azzahrá lo consolaba, pero en balde; le recordaba sus victorias durante treinta años, y apénas se sonreia.

III.

Pocos dias despues del desastre de Alhandic, el califa cayó enfermo de gravedad; en medio de aquel decaido espíritu le atacaron unas calenturas malignas que pusieron en gran peligro su vida.

Los médicos desesperaban de su curacion, y la misma Azzahrá no hallaba consuelos para él

ni con sus palabras, ni con sus halagos. Constantemente á la cabecera del lecho, era su ángel de guarda.

Uníanselele al califa el cansancio de la vida, la muerte de su hijo, los castigos de los demás, la derrota de Alhandic, y el llanto de las madres y las esposas que le pedian sus hijos y sus maridos. El califa hasta lloraba, porque tenía un corazon sensible y bondadoso, y unos sentimientos nobles y generosos, heredados de su madre, que era cristiana (1).

Cuando en Córdoba se supo la gravedad del califa, el pueblo se alarmó, y la reina Murchana, su esposa legítima, se trasladó á Medina-Azzahrá, cuyos umbrales, tan funestos para ella, traspasaba por primera vez.

Al entrar en el aposento del califa, éste se sorprendió, pero le tendió la mano, que ella besó.

Él se enterneció, y la miró con la mayor dulzura, pero sin poder hablar, porque le ahogaba la sangre.

En aquel momento entró el médico y preparó los instrumentos, y le ligó el brazo para hacerle una sangría.

(1) Conde dice: «era cristiana, y se llamaba María;» párr. II, cap. 68.

La sultana veia la operacion, estremecida. Azzahrá cerraba sus ojos por no ver correr su sangre.

Sobre la mesa de alabastro y ébano, que estaba á la cabecera del lecho, habia una copa de oro para recoger la sangre del califa.

Antes de empezar la operacion, entró un mirlo por la ventana, y se posó sobre la copa.

Mientras todos lo miraban asombrados, el pájaro habló diciendo al médico:

—¡Oh, tú, que sangras al emir almumenin, sángrale con tiento y suavidad, que vas á cortar una vena de la que depende la vida de los mundos! (1)

El mirlo repitió estas palabras varias veces, con admiracion de todos y asombro del califa, que se holgó de la invencion sobremanera, empezando desde entonces á aliviarse; una vez mejor de su dolencia, preguntó quién era el inventor.

Entónces le dijeron que la sultana y madre de Alhakem, Murchana.

El califa se mostró agradecido á ella, y áun cuando no le devolvió el antiguo cariño, quedó altamente reconocido, le hizo riquísimos rega-

(1) Así lo dice Almaccari; tomo I.

los, la consoló en su desgracia, y la despidió dándole un beso en la frente.

La sultana, cuando lo vió curado de sus dolencias, salió para Córdoba, no volviendo á Medina-Azzahrá más que otra vez para recoger su último aliento.

Azzahrá, que despues de todo respetaba á la sultana, se arrodilló á sus piés y le besó el vestido.

La sultana la miró con ojos de compasion, y se fué sin hablarle una palabra.

Aquel alma sabía sufrir, pero no sabía ultrajar.

Pocos dias despues volvieron las zambras y las fiestas, y volvió el alcázar á su antigua animacion, que bien pronto se convirtió en luto, lágrimas y agonías.

IV.

Apénas Abderrahman recobró su salud y tomó las riendas del Estado, un espectáculo grandicso presenció Córdoba, como nunca se habia visto, y es que aquel califa, hasta en sus postrimerías supo ser grande. Habia sido destronado en Leon Don Sancho el Gordo, y reinaba en Navarra su madre Doña Tota, en nombre de su nieto, que era menor de edad. A fin de restable-

cer á su hijo en el trono, hizo alianza con Abderrahman por mediacion del judío Hazdai, poniéndose mútuamente las condiciones siguientes: que ella le entregaria diez plazas fuertes, y él le ayudaria con un ejército, y además enviaria un médico de Córdoba, donde estaban los más célebres de Europa, para que curase á Don Sancho la obesidad, que ya tocaba en ridículo.

No contento Abderrahman con esto, arregló por medio del judío que fuesen á Córdoba la reina Tota y los dos reyes, lo cual satisfaria su vanidad de dar á su pueblo el espectáculo, hasta entonces sin ejemplo, de que una reina y do· reyes cristianos fuesen á humillarse humildemente á sus piés. A pesar del orgullo proverbial de la reina de Navarra, el judío Hazdai, que era diestro como pocos, la convenció y salió victorioso de su empresa.

La reina accedió, por mirar por la suerte de su hijo y de su nieto, y despues de consultar al clero de Navarra, que se ofreció á acompañarla en la expedicion.

La reina, al emprender la jornada, dicen que dijo llorando:

—Sólo por mi hijo y mi nieto, sufro esta humillacion.

V.

Quince dias despues, la reina doña Tota llegaba á Córdoba acompañada de su nieto Don García, y de su hijo Don Sancho, éste tan grueso y enfermo, que iba apoyado en el judío Hazdai. Seguian á la reina todos los grandes del reino, é infinidad de sacerdotes que no quisieron abandonarla. El espectáculo que presenció entonces la España musulmana, dice un historiador, fué tan grandioso como singular (1). El califa los recibió en su palacio de Medina-Azzahrá, con una de esas ostentosas y esplendidas recepciones que asombraban á moros y cristianos, habiéndolos ántes alojado en su magnifico palacio *Almunzá*, que se alzaba extramuros de Medina por la parte de poniente.

Aquel dia Abderrahman estaba gozoso y satisfecho de ver humillado al hijo del rey Ramiro, que le habia derrotado á él en Alhandic, y á la soberbia reina de Navarra, que se ponia delante de sus tropas, y entraba la primera en las batallas. Firmado el tratado por ambas partes, á poco se vió libre de su obesidad el rey Don Sancho, gracias á la alta ciencia de los mé-

(1) Dozy; *Historia de los musulmanes.*

dicos de Córdoba, que le dejaron tan ágil como en sus primeros tiempos.

Algun tiempo despues, el ejército árabe, al que acompañaba Don Sancho, partió para Leon, logrando conquistar á Zamora, y á poco Leon, refugiándose Ordoño IV en Astúrias, con lo que Don Sancho recobró su reino y envió una embajada á Abderrahman para darle las gracias por su socorro.

Miéntras tanto los navarros entraron en Castilla, y en una sangrienta batalla cogieron prisionero al conde Fernan Gonzalez, con lo que perdió Ordoño toda esperanza. Entónces la reina Tota mandó otra embajada á Abderrahman en gratitud á lo mucho que habia hecho por su familia el ejército árabe. Cuando las embajadas llegaron á Córdoba, no pudieron ser recibidas por el califa; éste habia recaido de su pasada enfermedad, y los médicos empezaban á pronosticar mal. Los delirios sobre la muerte de su hijo, el abandono de su mujer, sus derrotas y sus amores con Azzahrá eran casi frecuentes, si bien tenía momentos lúcidos.

Las embajadas fueron recibidas por su hijo Alhaken, y se retiraron en medio de una dolorosa impresion.

El califa tendia á veces sus manos hácia el cielo, y decia:

—Desde allí me llama; es él, mi Abdalá: espera, ya voy.

Luégo hablaba tranquilamente con todos.

VI.

Cuando llegó á noticias de la sultana el estado desesperado de su esposo, se fué al instante á Medina-Azzahrá para, si era preciso, recoger su último aliento.

Cuando la vieron entrar en el alcázar, los negros doblaron la rodilla, y toda la servidumbre le dió las mayores pruebas de respeto.

En medio de su desgracia, la desventurada sultana se habia conquistado una aureola de virtud, que era la admiracion hasta de los aduladores de su esposo. La misma Azzahrá jamás se atrevió á alzar los ojos ante ella por temor de ofenderla.

Con la sultana iba su hijo Alhakem, el heredero del trono, á quien queria con delirio, y del cual no se separaba jamás. Alhakem, por su parte, la consideraba y compadecia en su desgracia.

—Ven, le dijo, hijo mio, que voy á apurar el cáliz de la amargura.

—Tus penas tendrán fin, madre; Alá no deja nada sin castigo.

—Ya has visto cómo despues de perder tu padre la batalla de Aljandic, donde los cristianos degollaron cincuenta mil muslimes, le ha atacado esa horrible enfermedad.

—Madre, no puede sobrevivir á tantos remordimientos.

—¡Mi hijo, infeliz Abdalá!... los moros que mueren en las mazmorras de Afranch... los que han sucumbido en los campos de Zamora... la deshonra y la humillacion por que le ha hecho pasar Ramiro II... su desordenada vida y el abandono de su esposa, todo eso tiene que amargar sus últimos instantes, y hacer que su conciencia se subleve.

—Madre, ya no tiene tiempo de llorar, pero morirá con el alma destrozada.

En esto llegaron á la habitacion del enfermo. Abderrahman era presa de un profundo delirio, su semblante estaba cárdeno y demacrado, sus ojos apagados, su vista errante.

Al ver la sultana aquel abatimiento y aquella demacracion, sintió angustiarse su alma; un temblor se apoderó de su cuerpo, y sus piés vacilaron desfallecidos.

Alhakem la sostuvo cariñosamente.

Al ver delirar á su esposo y levantarse ó incorporarse á impulso de la calentura; al ver aquellos ojos aterrados, como si lo persiguie-

sen horribles fantasmas, como si sueños espantosos turbasen su imaginacion, ella se acercó lentamente al lecho, le enjugó el sudor frio que resbalaba por su frente, y luégo se la besó.

El califa abrió sus ojos y se sonrió diciendo:

—Bendito ese soplo del aura fresca y bienhechora, que viene á endulzar mis últimos instantes. ¡Qué soplo tan benéfico y suave! ¡Qué boca tan dulce y halagadora! Ese aliento me vivifica; ¡qué ambiente tan consolador, es el rocío de la aurora, que viene á refrescar mi frente ántes que los jardines de mi palacio!— ¿Quién eres? añadió.

—Soy Murchana, tu esposa, tu angustiada mujer.

—Me parece que salgo del infierno para entrar en la gloria, en las deliciosas moradas del Eden; despues los suspiros y los sollozos, mezclados con sus copiosas lágrimas, revelaron su profundo dolor y su arrepentimiento; alzó los ojos al cielo, bendijo á Alá, y ahogado en un mar de lágrimas, besó la mano de su esposa y la de su hijo, lanzándoles una expresiva mirada de gratitud.

Murchana quiso hablarle y besarle de nuevo, pero un nuevo y frenético delirio se apoderó de él; sus ojos se inyectaron en sangre, y su mirada se tornó hosca y amenazadora.

Azzahrá estaba, cruzadas las manos sobre el pecho, llorando.

La sultana cayó desmayada en brazos de Alhakem.

Este la besó y se la llevó en brazos diciendo:

—¡Pobre madre, al fin te matará!

VII.

Dos dias despues, Abderrahman era devorado de una calentura horrible que le llevaba al sepulcro.

—Es el castigo de Alá, decia, ¡yo, asesino de mi hijo! ¡yo, apóstol de la crueldad...! ¡Oh! mi vida de placeres ha acabado; me queda una de tormentos y amarguras.

—¿No me tienes aquí? ¿Qué quieres tú? le decia Azzahrá.

—¡Ah, sí; tú eres mi consuelo, mi vida, mi esperanza, pero eres mi remordimiento!

—Soy tu amor, todo tu amor.

—Vuelvan las fiestas: ¡á gozar! vuelvan los placeres; no, no; oye, los cautivos moros me maldicen porque gasto el dinero en fiestas, y los abandono á su suerte. ¡Ay!

Un grito horrible salió del pecho de Abderrahman.

—¿Qué es eso, bien mio? Dame los brazos que te sostenga.

—Oye, la sombra de Abdalá pasó por mi frente y me escupió á la cara.

—Ilusion del sueño.

—Mira, y me maldice desde su tumba; bien decias; mira: los cautivos, como aves de rapiña, tienen clavados en mí sus hambrientos ojos. Sus esqueletos me insultan; sus cráneos bailan en mi alrededor; sus uñas, largas como saetas, se clavan en mis huesos.

—Oye, Abderrahman, que te llama tu Azzahrá; mira, tu primogénito Alhakem te defiende; no temas.

—Mira, Alhakem; cuando yo muera, repartes la mitad de mis bienes entre los pobres (1), y á tu madre Murchana treinta mil dinares de oro le entregarás.

—Lo haré como lo mandas.

—¿Y mis esclavas favoritas? No las veo.

—Sí, sí; están alrededor del lecho llorando. Aquí están Alozna, tu secretaria; Aixa, tu doncella; Safia, tu poetisa, y la graciosa Noiratedia.

—Me ahogo, estalla mi pecho, pierdo la vis-

(1) Histórico. Véase Maraver y Simonet.

ta; perdonadme, hijas mias, que ya diviso el paraiso... ¿No sentís su perfume?

—Ven alma mia, ¿no sabes que te quiero?

—Sí sí, Azzahrá; muero con ese consuelo. ¡Ay, para siempre! Me alejo de tí... Mira, ahí está Abdalá, líbrame de su fiereza. Mira, ahí está la sultana despreciada por mí, que me maldice. Perdóname, *Murchana* mia, que te haya abandonado por mi Azzahrá; ven, Azzahrá mia, ven...

—Espera, espera que te abrace.

—La fiebre me consume... mi espíritu se va... mi hijo me maldice, mi pueblo me ódia, ¿y tú?

Cuánto te quiero. Abrázame, Azzahrá... así, tu boca junto á la mia; ya espiro... cuánto te adoro... qué hermoso es el morir en brazos de la mujer amada... y al darla un beso en la boca quedóse muerto en sus brazos (1).

—¡Bendito seas! Alá te abra su paraiso, dijo Azzahrá, y lo repitieron todas.

Cuando el pueblo supo su muerte, iba gritando por las calles: Llorad, llorad, que ha muerto el padre de los pobres.

Porque Abderrahman era muy bueno y cari-

(1) Este delirio lo trae Simonet.—*Medina-Azzahrá.*

tativo: su madre era cristiana, como hemos dicho, y le infundió bellísimos sentimientos.

VIII.

Apenas espiró el califa, cuya generosidad, desprendimiento, piedad y grandes virtudes elogian los escritores árabes, tuvo lugar una escena tan sublime como extraordinaria.

Caliente aún aquel triste y cárdeno cadáver, Azzahrá comprendió que habia concluido el imperio de su favor, y que la sultana Murchana habia recobrado su autoridad; se hizo superior á su inmenso dolor, y se arrojó á los piés de aquélla, diciéndola:

—Señora, yo os he robado el cariño de vuestro esposo; yo he sido causa de su desvío para con vos; yo he sostenido su desprecio y su abandono; yo he sido culpable, pero sírvame de descargo que era entónces una niña de quince años, que no supe resistir sus halagos, que me deslumbró con su amor y su opulencia, y que todo esto me hizo concebir una pasion por él, más grande que mi alma: fué un cariño, un delirio que no pude dominar. Si esto merece alguna disculpa, yo espero me perdonareis... ¿Merezco vuestro perdon, señora?

Al concluir estas palabras, dió rienda suelta

á sus lágrimas, revelándose en su frente, surcada por el dolor, la pena y el arrepentimiento.

La sultana, que al principio reflejóse en sus ojos un rasgo de venganza, volvió en sí ante aquellas lágrimas espontáneas, y se mostró grande y generosa; reveló una vez más aquella alma justa é inofensiva, aquel espíritu levantado, y la dijo con dulzura:

—Obraste mal, hija mia; pero no soy vengativa ni abriga ódio mi corazon: no corran más tus lágrimas, ni te traspase el dolor: tú llevas por nombre *Flor*; pues bien, vivirás en estos jardines; estos alcázares se hicieron para tí, ellos te sirvan de sepultura, aquí derramarás los últimos perfumes, y ellos los guardarán con tus hojas cuando la flor se marchite.

Azzahrá la repitió: Yo os he hecho infeliz, pero no os he insultado, no os he faltado al respeto, yo he sido sierva de vos, impelida por una pasion dominadora.

—Tienes razon; has sido mala y buena, por eso te perdono, y te dejo para tu recreo y tu dolor este paraiso, que fué tus delicias.

—¡Oh, señora mia! ya flor marchita, sólo debo prestar mi desfallecido perfume al vergel de un sepulcro. Permitidme que me vaya á morir á la *Raudha* (cementerio) de los califas en el alcázar de Córdoba. Allí regaré con el rocío

de mis lágrimas la palmera que Anasser plantó en otro tiempo para que diese sombra á su tumba, que las azucenas pálidas y melancólicas, como yo, que crecen á su orilla (1).

—¡Pobre Azzahrá! exclamó la sultana, tus penas y tus lágrimas acrecientan las mias: la soledad del sepulcro, y el vivir al lado de las cenizas de mi esposo, me corresponde á mí, que soy su mujer, y este derecho no se lo cedo á nadie. Vive en este alcázar, donde tanto has gozado y tanto te queda que llorar.

—¡Ay! ¿me permitireis al ménos que acompañe su cadáver hasta el sepulcro, lo riegue con mis lágrimas, y lo despida para siempre?

—Sí, hija mia; cumpliremos juntas ese triste homenaje.

Una mirada de compasion arrojó sobre la favorita, y despues fué á unirse á la fúnebre comitiva.

IX.

El cadáver del califa fué colocado en un lujoso atahud, y en hombros de sus esclavos salió por la puerta del alcázar para ser conducido á Córdoba. Por otra de las puertas salió su hijo

(1) Simonet; *Medina-Azzahrá.*

Alhakem, que habia sido proclamado califa al morir su padre, acompañado de los príncipes sus hermanos, wacires, alcaides, meruhanes, toda la servidumbre, la escolta real, y, por último, las mujeres y los esclavos llorando: la pompa fúnebre imprimió un doloroso recuerdo en el pueblo de Córdoba, que iba diciendo, detrás del cuerpo del Emir: Alá tenga de él misericordia.

Los pobres repetian las mismas palabras que al morir:

—Llorad, llorad, que ha muerto nuestro padre.

Ya hemos visto que dejó á ellos la mitad de su fortuna (1).

Concluida la fúnebre ceremonia, la reina Murchana se retiró á su palacio de Córdoba, cerca del cuerpo de su esposo, donde vivió algunos años consagrándole sus oraciones y prodigando sus cariños á su hijo Alhakem, el nuevo califa.

Azzahrá se encerró en los alcázares de su nombre, despidió á los esclavos y toda la servidumbre, y en aquellas paredes solitarias se fué consumiendo en oracion por el inolvidable califa, si bien sólo le sobrevivió tres ó cuatro años.

---

(1) Así lo dice Maraver; *Historia de Córdoba.*

CONCLUSION.

Era el 16 de Mayo de 965: las flores de primavera lucian sus galas; el sol destellaba mágicos fulgores; las aves cantaban con dulce melodía al despuntar el alba, y el soplo de la brisa, perfumada por las rosas, jazmines y limoneros, embalsamaba los ámbitos de Medina Azzahrá.

El alcázar, á pesar de eso, estaba triste y silencioso; parecia que presagiaba su próxima ruina, ó que estaba impresionado por el último adios que le daba su hermosa dueña y señora.

Llegó la caida de la tarde, esa hora triste que imita la oracion y la soledad, y los pájaros parecia que gorgojeaban melancólicos trinos, y las auras gemian con dolorido acento; los árboles se mecian macilentos, silbando á veces el viento en sus ramas, como si se quejara.

En esa hora, una mujer atravesaba lentamente el pórtico del alcázar, vestida de blanco, que era el luto de la época, y se perdia en los salones. Poco despues se la veia acercarse á un lecho cubierto de flores, donde una mujer, que revelaba todavia los rasgos de una hermosura oriental, agonizaba.

Al verla en aquel estado la sultana, que era la mujer que llegaba, abrazó y beso á la mori-

bunda. Esta no pudo hablar, pero le expresó su agradecimiento con una mirada que era un poema, y su mano la apretó contra su corazon. Al sentir otra vez aquellos generosos lábios sobre los suyos, dió un suspiro y espiró.

La sultana la coronó de flores, sembró la habitacion de ellas, cubrió el ataud de guirnaldas, y mandó sembrar sobre su sepulcro, azucenas, siemprevivas y violetas.

Aquella mujer fué grande y sublime hasta aquel instante fatal.

Antes de separarse de aquel cadáver, hermoso todavía como una rosa marchita, como una magnolia tronchada por el viento, esclamó:

—Era una flor, y ha muerto entre las flores; ellas la trajeron, y ellas se la llevaron. Las flores viven un dia.

El 16 de Octubre de 961 falleció mi esposo; el 16 de Mayo de 965, ha sucumbido ella; el otoño y la primavera se han ido.

Que Alá tenga compasion de los dos. Y aquella mujer se alejó llorando de aquel alcázar de triste y amarga recordacion para ella, despues de besar otra vez aquella pálida frente que parecia un copo de nieve recien caido del cielo.

EPÍLOGO.

Despues de tantos y tan enormes dispendios, y despues de veinticinco años de trabajo, fué destruida Medina-Azzahrá á los cincuenta de su construccion, ó sea en el año de 1010, cuando los catalanes invadieron aquel territorio en alianza con el destronado Mahomad, que por este medio pudo vencer á Suleiman y recuperar el trono que éste le habia usurpado, si bien sus tropas indisciplinadas saquearon y destruyeron todos los palacios, llevándose sus riquezas y preciosidades y quemando lo que no pudieron llevarse.

El califa Mostacfi-Bila volvió á reedificarla por los años de 1025, si bien quedó destruida nuevamente á poco tiempo para siempre.

Hoy, de todo este lujo y grandeza, no quedan más que ruinas miserables, sepultadas en las entrañas de la tierra.

FIN DE LA OBRA.

INDICE.

